© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)
978-84-17450-94-6

Las heridas del mundo actual. Claves para comprenderlas

[1] Introducción: el mundo tras el fin de la Guerra fría

[2] Presupuestos filosóficos, mentales e ideológicos de la nueva era tras el fin de la Guerra Fría.

[3] La expansión del fundamentalismo islámico y la estrategia de la «guerra contra el terror».

[4] El debilitamiento del proyecto europeo y la rivalidad con Rusia.

[5] Las nuevas derivas de América Latina.

[6] La crisis financiera de 2008 y su evolución.

[7] El complejo tablero de Próximo y Medio Oriente.

[8] Crisis de las democracias y auge de los fascismos. Los movimientos de oposición global.

[9] Un mundo en crisis global. La lucha por la tierra, los alimentos y los recursos energéticos.

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)
978-84-17450-94-6

Tema 1. Introducción: el mundo tras el fin de la Guerra fría

En diciembre de 1991 se disolvía oficialmente la Unión Soviética. Este acto se realizaba tras un referéndum celebrado en ese mismo año en el que la mayoría de las repúblicas se habían pronunciado contrarias a la desintegración del país[1]. Poco antes o después, la mayoría de los países llamados del Este siguieron el mismo camino de abandono de los principios de organización socialista de su política y su economía. Sobrevenía el derrumbe del mundo socialista sin apenas violencia, sin apenas resistencia. Con este acto **terminaba una era**. El mundo dejaba de estar dividido en dos bloques irreconciliables: el socialista y el capitalista. Comenzaba una nueva etapa caracterizada por el triunfo aparentemente incontestable de la economía capitalista y del sistema político que se le consideraba asociado: la democracia parlamentaria. Con ello, la potencia ganadora de la Guerra Fría, Estados Unidos, se presentaba también como la potencia hegemónica a nivel mundial, sin que una Europa aún desunida políticamente ni ningún otro país del mundo pudieran hacerle sombra.

Las **causas del derrumbe del mundo socialista** son complejas y difíciles aún de establecer con seguridad. Aunque las economías socialistas llevaban algún tiempo pasando por dificultades, no parece que se tratara de problemas insolubles dentro del marco socialista, aparte del hecho de que durante algunas décadas su crecimiento económico había sido elevado (cercano a un 4% durante veinticinco años antes de la década de los setenta)[2]. Sí parece que la competencia establecida con Occidente, especialmente a través de la carrera armamentística, había agotado especialmente a la economía soviética; una circunstancia que al parecer había formado parte de la propia estrategia estadounidense durante la guerra fría para socavar a la URSS,[3] y que había endeudado también sobremanera a la economía estadounidense. Asimismo, se había establecido desde los años cincuenta un sistema de incentivos materiales para empresas y directivos que es muy posible que hubiera debilitado los fines teóricamente solidarios del socialismo, al introducir dinámicas individualistas y de competencia -y por tanto agrandando también diferencias sociales- en muchos de los países de la órbita socialista. Fue, al parecer, la pérdida de la fe en la superioridad de su propio sistema, aparte de los

[1] «En el referendo del 17 de marzo, que tuvo una participación del 80%, un 77% de los ciudadanos soviéticos se expresó a favor de conservar la URSS "en una federación renovada de repúblicas soberanas"». Cfr. FERRERO, Ángel (08/12/2016), «Algunas preguntas y respuestas sobre el fin de la URSS», *Diario Público*, Disponible en: http://www.publico.es/internacional/preguntas-respuestas-urss.html

[2] FONTANA, Josep (2011), *Por el bien del imperio*, Barcelona, Pasado&Presente, pp. 675-677.

[3] SHAW, G. K. (1974), *Introducción a la teoría de la política macroeconómica*, Madrid, ICE, p. 30.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

problemas derivados de la burocratización y la falta de participación, los que precipitaron la implosión.

Sin embargo, la **nueva andadura de los países que habían realizado la llamada «revolución de terciopelo»** no resultó en algunos casos ni democrática ni más próspera económicamente. Se produjo una auténtica venta a saldo de las empresas estatales, tanto en la nueva Rusia como en otros países ex-socialistas. El nuevo régimen de **Boris Yeltsin en Rusia** ha sido calificado como de 'mafiocracia' por haberse configurado en torno al poder de un conjunto de oligarcas enriquecidos rápidamente por la adquisición a bajo precio de los bienes estatales; unos oligarcas que a su vez tenían bajo su control al propio gobierno. Algo semejante a lo ocurrido en las repúblicas ex soviéticas del Cáucaso y Asia central (Armenia, Georgia, Azerbaiyán, Uzbekistán...), donde se instalaron regímenes autocráticos y personalistas. En Rusia, como en otros países del Este, se produjo un súbito empobrecimiento de la mayor parte de la población por la liberalización de los precios, el consiguiente aumento desorbitado de los mismos -que llegó al 2.520 por ciento en 1992- y la caída en picado de la producción. Se produjo la venta de la mayor parte de las empresas estatales a precios ridículos por efecto de la inflación y la corrupción, al tiempo que estas no pudieron retenerse en manos de pequeños propietarios accionistas, sino que su propiedad se concentró en un puñado de grandes fortunas, los ya nombrados «oligarcas». A finales de 1993 llegó a producirse un enfrentamiento directo entre el parlamento ruso -que se oponía a las políticas de choque del gobierno- y el presidente Yeltsin, que intentó imponerse a él y que se encontraba respaldado por un reciente referéndum. El enfrentamiento se saldó con el cerco y bombardeo con tanques a la Casa Blanca (el edificio parlamentario en Moscú) que acabó con la resistencia, arrojándose un resultado de varios centenares de muertos. Por otro lado, la situación empeoraría aún más para la población con la bancarrota del estado ruso en 1998, que sumió a buena parte de la misma en la miseria.

Por otra parte, con la desintegración del estado soviético vinieron a **estallar tensiones y conflictos entre las exrepúblicas**, que se lanzaron a la lucha por el control de territorios y recursos con la reconfiguración del nuevo mapa político en los años 90. Entre ellas, además, muchas de sus poblaciones se encontraban altamente repartidas. Algunos de tales conflictos fueron los de Osetia del Sur y Abjasia (territorios separatistas de Georgia), la lucha de Armenia y Azerbaiyán por el control del enclave del Alto Karabaj, el de Chechenia (que pugnó por desgajarse de Rusia), o Tayikistán (donde se desató una guerra civil entre el gobierno y guerrillas islámicas). Muchas de estas disputas se localizaron en zonas del Cáucaso y de Asia central, que eran de tradicional influencia

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

rusa, y el creciente radicalismo o fundamentalismo islámico constituyó un nuevo factor de peso en números casos.

Son los anteriores, además, de **lugares ricos en hidrocarburos**, especialmente petróleo y gas. Con la desaparición de la URSS se produce inmediatamente una gran penetración de capitales y empresas (como oleoductos y gaseoductos) tanto europeos como norteamericanos, ya que el descenso de las reservas petrolíferas a nivel mundial (especialmente las terrestres), y los mayores costes para su extracción por su difícil accesibilidad (como las marinas), unido a la conflictiva situación de Oriente Medio, convertían a este área en torno al Mar Caspio y Asia Central en un lugar estratégico para hacerse con grandes reservas de hidrocarburos. Además, Estados Unidos comenzaría asimismo una ocupación militar del territorio al emplearlo como puente para sus incursiones en Afganistán e Irak. De esta forma, se desataba una **lucha por la influencia en estos nuevos países entre Rusia, Europa y la potencia americana**, tratando de mantener gobiernos afines, así como controlando a la oposición y promoviendo su acceso al poder. Este fue el origen de las llamadas **"revoluciones de colores" del Este**, como la georgiana o la ucraniana, promovidas y financiadas por Occidente para lograr gobiernos anuentes a sus intereses.

A todo lo anterior se une **la entrada en escena de China** por sus enormes requerimientos energéticos, y que tiende a acercar políticas con Rusia. A ello ha respondido la **Organización de Cooperación de Shanghái**, cuyos orígenes se sitúan tras el colapso de la URSS, y en la cual se han integrado, tanto ambos países como algunos centroasiáticos y, a partir de 2017, India y Pakistán. «Encarnación de la preocupación de Moscú y de Pekín por estabilizar esa parte de Asia Central»,[4] se opone al bloque formado por Estados Unidos y la Unión Europea en la zona (en torno al GUAM y la OTAN). Más recientemente, ~~existe~~ se formó un proyecto de integración económica del espacio postsoviético en la **Unión Económica Euroasiática**, liderada por Rusia e instituida asimismo por Bielorrusia, Kazajistán, Armenia y Kirguistán. Se instituía como alternativa a lo que se consideraba una amenazante expansión de la Unión Europea cerca de sus fronteras, «tanto a nivel de competencia económica como de intromisión política». [5] Al mismo tiempo, pretende, sin mucho éxito, contener la expansión económica china en Asia Central.

[4] FACON, Isabelle (2018), «Pekín y Moscú: cómplices, pero no aliados», *Le Monde Diplomatique en español*, nº 274, agosto, pp. 18-19.
[5] FERNÁNDEZ RIQUELME, Sergio (30/07/2017), «La Unión Euroasiática. Identidad y soberanía en el mundo multipolar», *La Tribuna del País Vasco*. Disponible en:

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

No sería hasta la llegada a la presidencia de Rusia de **Vladimir Putin** en 2000, ganador de las elecciones presidenciales de ese año, cuando el jefe del Estado de ese país comienza a controlar a los oligarcas que lo dominaban, al tiempo que inicia unas reformas políticas y administrativas que logran ir proporcionándole estabilidad. Rusia, no obstante, continuaba en la década de 2000 con niveles económicos y de desarrollo humano muy inferiores a los de la etapa anterior. Durante su mandato tuvo lugar la segunda guerra de Chechenia (1999-2009), que se desarrolló tras el fracaso de Yeltsin en controlar el territorio checheno. La guerra logró sofocar el separatismo checheno y consiguió la restauración del control de la Federación Rusa sobre el territorio, pero se caracterizó por su gran ferocidad, por las violaciones de los derechos humanos cometidas por ambos bandos y su impunidad, y por la constatación de la extensión del fundamentalismo islamista en el Cáucaso.

Putin se ha caracterizado por **su voluntad de convertir de nuevo a Rusia en una gran potencia**. Para ello contó hasta 2014 con los elevados precios del gas y del petróleo, de los que el país es rico, y respecto a los cuales Europa es dependiente. No obstante, los efectos de la crisis económica de 2008, el brusco descenso de los precios de aquellas materias primas, unido a las sanciones económicas establecidas por Estados Unidos y la Unión Europea a raíz de la crisis de Ucrania, le han supuesto notables quebrantos económicos. Esta coyuntura desfavorable, unida a la incidencia de políticas neoliberales por parte del gobierno ruso, perjudica las políticas sociales y, con ello, a las capas populares y clases medias, al tiempo que favorece a las grandes fortunas. Ello viene erosionando de forma notable, desde hace años, los apoyos sociales a Putin y su partido Rusia unida, a pesar de sus éxitos en política exterior. En lo que se refiere a esta última, Rusia trata de superar su aislamiento internacional con una amplia política de alianzas y acuerdos, que van desde países opuestos frontalmente a Estados Unidos y sus aliados -como Irán, Siria o Venezuela- a otros alineados con estos, como Israel o India. Lo cierto es que su protagonismo internacional hace zozobrar la imagen, hasta hace poco incuestionada, del liderazgo estadounidense.

Tras la caída del bloque del Este, considerado su acérrimo enemigo y principal amenaza, **Estados Unidos comenzó a reorientar su política exterior conforme a la nueva situación**. Fue configurando lo que vino a denominarse como **'nuevo proyecto imperial'**, cuyo propósito no era otro que hacerse con el control estratégico

https://latribunadelpaisvasco.com/not/6952/la-union-euroasiatica-identidad-y-soberania-en-el-mundo-multipolar/

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

mundial evitando la aparición de nuevos enemigos y diseminando bases militares por el mayor número de territorios posible. Tales proyectos quedaron reflejados en el documento Defense Planning Guidance de la Secretaría de Defensa de 1992[6]. Asimismo, existió un propósito expreso de hacerse con el control de los recursos energéticos vitales del planeta, especialmente los petrolíferos, unos recursos cuyo pico máximo de extracción ya se veía cercano, y que el ritmo de consumo de la economía estadounidense aconsejaba asegurarse[7].

En estas circunstancias sobreviene **la crisis de Irak**, que supuso la destrucción del país en 1991 mediante bombardeos sistemáticos por parte de una coalición internacional, comandada por Estados Unidos. Como se explicará más adelante, la guerra se inició por la invasión por parte de Irak de su vecino Kuwait y la puesta en peligro de grandes recursos petrolíferos mundiales para Occidente. Pero lo importante a señalar aquí ahora es que **la Primera guerra de Irak marcaba un inequívoco precedente**. El llamado «equilibrio del terror» característico de la guerra fría, consistente en conflictos limitados (sobre todo en lo que se refiere a la implicación abierta de las superpotencias) por el peligro de una guerra nuclear con riesgo real de «destrucción mutua asegurada» (iniciales que forman el acrónimo MAD en inglés), había tocado a su fin. El primer conflicto de Irak -como ocurriría posteriormente con las guerras de Afganistán de 2001 e Irak de 2003- consistió en una demostración ejemplar de fuerza de Estados Unidos, y dejaba claro su poder incontestable en un mundo ya unipolar.

Por otra parte, la guerra de Irak, como primera gran conflagración tras el fin de la Guerra Fría, suponía también una novedad en otro sentido. Los conflictos de la era de la Guerra fría estaban marcados por una confrontación ideológica evidente; en ellos se contraponían dos visiones del mundo y del propio ser humano: la socialista, que priorizaba una concepción fundamentalmente colectiva del hombre, y que estaba teóricamente guiada por un fin utópico de sociedad solidaria (la sociedad comunista); y

[6] Documento publicado por el Secretario de Defensa que sirve como guía de fines, prioridades y objetivos de los departamentos militares y las agencias de defensa. La filtración hecha al *New York Times* se encuentra en http://www.nytimes.com/1992/03/08/world/us-strategy-plan-calls-for-insuring-no-rivals-develop.html

[7] Según algunos autores, resulta muy probable que el llamado «pico del petróleo» se haya alcanzado o se esté muy próximo a hacerse debido a la baja probabilidad de nuevos hallazgos abundantes y de relativamente fácil extracción. Cfr. ROBERTS, Paul (2010), *El fin del petróleo*, Público, p. 73 y ss.
Tal y como lo expresó el secretario de Defensa norteamericano, Donald Rumsfeld, en un discurso a las tripulaciones de un grupo de bombarderos en 2001: «Tenemos dos opciones. O cambiamos la forma en que vivimos o cambiamos la forma en que viven otros. Hemos escogido esta última opción. Y sois vosotros los que nos ayudaréis a alcanzar este objetivo.» (Citado por FONTANA, J., *Por el bien… cit.*, p. 13).

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

la capitalista, que ponía el foco en el ser individual y que creía en las capacidades de iniciativa de éste, aunque haciendo notable abstracción del sustrato social en el que ese ser individual se desenvuelve. Sin embargo, la disputa, llevada a cabo durante siete décadas acerca de tales principios, tocaba a su fin. **La lucha por las ideas y los principios** -por muy matizada que pudiera estar, y por muy mediatizada que se encontrara por otros intereses- **desaparecía como rasgo central de una época**.

Comenzaba, así, una era también de conflictos globales, pero donde la carrera por el control geoestratégico y de los recursos empezaba a quedar desnuda de otras consideraciones. Se trataba de una nueva fase en que los agentes en conflicto tendían a desintegrarse: los ejércitos informales, las agencias privadas, las mafias, los grupos delictivos (sufragados o no por los gobiernos), comienzan a tener papeles cada vez más destacados en ellos. Las guerras ~~comienzan a ser~~ se declararán oficialmente de forma cada vez más rara será característico, progresivamente con mayor claridad, un escenario de conflicto difuso, pero generalizado.[8] Pero al mismo tiempo, y supuestamente de la mano de este proceso de desintegración, se produce también un fenómeno llamativo y singular en este contexto: el **resurgimiento de los fundamentalismos**, tanto en Oriente como en Occidente. Un resurgimiento que en parte ha sido alentado por la propia política exterior norteamericana, que fortaleció el fundamentalismo islámico para combatir la influencia socialista al final de la Guerra fría (caso de Afganistán), así como para contrarrestar el panarabismo de tendencias socializantes o nacionalistas en Oriente Medio (por ejemplo, apoyo las monarquías del Golfo Pérsico, a Al-Qaeda y a los Hermanos Musulmanes en Egipto contra la política del presidente Nasser en los años cincuenta y sesenta).

En estas circunstancias de transición desde un mundo bipolar, **la ONU estaba a llamada a jugar un papel menor**. Si durante la Guerra fría había contado con un rol mediador, aunque ciertamente limitado, entre las dos grandes potencias, se convertía ahora en una institución más bien vacía de sentido. La capacidad de veto que los Estados Unidos continuaban poseyendo sobre el Consejo de Seguridad, unido a su poder sin igual en todos los ámbitos, convertían a las Naciones Unidas en un instrumento sin capacidad decisoria real, y por tanto destinado a servir de vehículo de legitimación de la política exterior norteamericana. Un hecho que se pondría claramente de manifiesto en el papel sancionador de la ONU en la formación de una coalición internacional de castigo a Irak

[8] La configuración de este escenario ya fue prevista por Mary KALDOR (2001) en su libro *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

en 2003 bajo mandato estadounidense, con el argumento, que posteriormente se demostraría falso, de la posesión por parte de este país de armas de destrucción masiva. Una de las primeras crisis acontecidas con el fin de la guerra fría estuvo marcada por una guerra en el mismo corazón de Europa, y que supuso la **destrucción de Yugoslavia**. Puede afirmarse que esta última tuvo como uno de sus objetivos la desarticulación del movimiento paneslavista en torno al nacionalismo serbio, tradicionalmente apoyado además por Rusia. A ello se unían los intereses de control de áreas de influencia por parte de distintas potencias implicadas, como Alemania, Estados Unidos y Rusia, a lo que había que unir las luchas de las élites nacionales yugoslavas por hacerse con los restos del Estado, para lo cual no dudaron en hacerse con la colaboración de grupos mafiosos. En todo caso, parecen quedar pocas dudas de que la desintegración de esta república federal, aun cuando contaba con indudables problemas internos, fue fomentada desde el exterior y por «manipuladores políticos» (Peter Maas) también desde el interior. «Eran momentos en que, desaparecida la URSS, los Estados Unidos habían perdido interés en el mantenimiento de la integridad del estado yugoslavo. Mientras Alemania, que fue la primera instigadora del proceso, Austria y Hungría -que proporcionó gran cantidad de armas a los croatas, pensando en favorecer indirectamente a la minoría magiar de Vojvodina- se esforzaban en su disolución. Incluso el Vaticano intervino, por su interés en apoyar a los católicos de Croacia»[9]. Con ello, las potencias de la Unión Europea y los propios Estados Unidos vulneraban los acuerdos del Tratado de París de 1990 según el cual debían respetarse las fronteras existentes.

El problema de Yugoslavia era que, integrada por seis repúblicas y dos regiones autónomas, contaba con una alta proporción de minorías étnicas en cada uno de tales territorios, con lo que, desatado el proceso secesionista, esas minorías querrían ver sus derechos reconocidos y respetados en el nuevo país (lo cual no siempre se aseguraba), cuando no se opusieron directamente a la escisión. Además, en el cuarteamiento del Estado yugoslavo se empleó abundantemente la exaltación nacionalista, a veces de carácter fascista o filofascista, muchas veces por parte de grupos paramilitares y delincuentes, que junto a ejércitos regulares se emplearon a fondo en la limpieza étnica de los diferentes territorios. Fue el caso, por ejemplo, de las fuerzas paramilitares serbias de Mladić u otras toleradas por el presidente Milošević, de los croatas del filonazi Franjo Tuđman o de algunos contingentes bosnios del presidente Izetbegović. A ello se sumó la intervención no imparcial de la OTAN, que en algunos casos actuaría sin la sanción de la ONU y, en contra de su definición inicial, contra un estado soberano sin que mediase la «amenaza soviética», como ocurrió con sus campañas de bombardeos sobre Belgrado,

[9] FONTANA, J., *Por el bien… cit.*, p 794.

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Novi Sad y Montenegro en la guerra de Kosovo. Una política que supuso ya un inicio de distanciamiento respecto a Rusia, aparte de las reticencias de los socios europeos.

Por otra parte, **¿cuál era la posición en la que quedaban los países del Tercer Mundo tras la desaparición del bloque soviético en 1991?** Hay que tener en cuenta que esta órbita de países se había encontrado dividida durante los años de la guerra fría en función de su adscripción a uno u otro bloque. No obstante, existía también un cúmulo de estados surgidos de la descolonización que declararon formalmente su no alineamiento, si bien es cierto que, entre algunos de ellos, especialmente entre los impulsores del movimiento, existían ciertas simpatías hacia el bloque socialista, como fue el caso de la Indonesia de Sukarno, de la India de Ghandi y Nehru o de la Yugoslavia de Tito (aunque esta última hubiera decidido su propia vía al socialismo respecto a la URSS). Además, los propios principios del Movimiento de los No Alineados -que experimenta una notable pujanza entre los años cincuenta y setenta, llegando a los 96 miembros en la conferencia de La Habana de 1979 (el presidente del Movimiento fue entonces el propio Fidel Castro)- le enfrentaban especialmente a los Estados Unidos. Se declaraban formalmente antiimperialistas y anticolonialistas, contrarios al racismo (lo cual supuso su condena al *apartheid* sudafricano o al sionismo), favorables al fortalecimiento de las atribuciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas y a la democratización de las relaciones internacionales, e impulsaron la elevación de la dignidad de los países subdesarrollados mediante la proclamación de sus aspiraciones de independencia política y económica, así como mediante la afirmación de sus propias identidades culturales.

El fin de la guerra fría y la desintegración del bloque soviético supusieron el debilitamiento del movimiento, que perdió unidad y presencia internacional. En algún caso, como el cubano, la desaparición de la URSS dejaba al país «huérfano» de apoyo político y económico. En efecto, durante los años de la guerra fría, la economía cubana, que sufría el bloqueo norteamericano desde 1960, se había visto aliviada por sus exportaciones azucareras a la URSS a cambio de petróleo.

En el caso de África, muchos experimentos socialistas (Argelia, Mali, Guinea, Tanzania, Mozambique, Angola, Etiopía…) habían ya fracasado a finales de los ochenta, en parte por la propia desestructuración social, la falta de recursos y la debilidad de esos estados, y, también, por la lucha establecida en ellos entre las potencias de la guerra fría, que acabó desuniéndolos y desangrándolos. Pero **el fin de la guerra fría trajo consigo**, sin embargo, **la interrupción de las ayudas y subsidios destinados a ganar**

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

aliados, con lo que el continente africano cayó en un abandono temporal. **En los años noventa, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial intervinieron en las economías africanas** con motivo de la crisis económica que les aquejaba; una crisis iniciada en los años setenta con el encarecimiento de los precios del petróleo y la caída de los de sus exportaciones. Estos organismos impusieron duras políticas de ajuste, de carácter neoliberal, que redujeron la capacidad recaudatoria de los estados y los gastos sociales, y que han contribuido en última instancia al aumento exponencial de la deuda exterior de estos países.

En las últimas décadas, los países de África en general han visto aumentar sus problemas de hambre, corrupción, luchas étnicas o deterioro ambiental. Así, «los efectos negativos de los planes de ajuste del FMI y del Banco Mundial sobre las economías africanas parecen ser generales» [10]. Sin embargo, estos resultados se producían en países que, en algunos casos, habían logrado perspectivas prometedoras de autosuficiencia y desarrollo industrial y económico en los años setenta, como fue el caso de Somalia. **En los últimos años el continente africano vuelve a encontrarse en el centro de los intereses de las grandes potencias** al haber aumentado su capacidad de producción petrolífera o haberse descubierto la importancia de algunos yacimientos de recursos minerales. Así, por ejemplo, ha crecido la demanda de petróleo de países como Nigeria, Angola, Sudán, Guinea Ecuatorial, Gabón o Camerún. A ello habría que añadir por ejemplo la demanda de uranio o coltán, minerales fundamentales para la fabricación de teléfonos móviles y ordenadores, y que ha sido motivo de numerosas guerras en el principal país productor, la República Democrática de Congo. Todo lo cual ha favorecido nuevos y continuados procesos de intervención política y económica en estos países, que son llevados a cabo por gobiernos occidentales, a los que se han unido en los últimos años nuevas potencias como India y China. Además, en ocasiones son directamente empresas e intereses privados extranjeros los que interfieren en la vida política de estos países, como ha sido el caso de la industria joyera internacional, que ha financiado las guerras civiles de Liberia y Sierra Leona en los años noventa, o las empresas electrónicas en las guerras del coltán en Congo.

Un caso reseñable en este sentido lo constituye la **partición de Sudán**, provocada por Estados Unidos e Israel, con la creación de **Sudán del Sur** en 2011. Con la independencia de este territorio se lograba el control de un país rico en petróleo, diamantes, oro y uranio, tratando, a la vez, de sustraerlo, tanto a él como al propio Sudán (país más extenso, al norte del anterior), de la influencia de China, que poseía contratos

[10] Ídem, p. 717.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

sustanciosos. La actual guerra civil en Sudán del Sur, con cientos de miles de víctimas y desplazados, esconde esta lucha por apartar a China del país, al tiempo que se impone desestabilizar asimismo al norte, con el fin de poder lograr la exportación del petróleo por sus oleoductos y su salida al mar.

En lo que respecta a la **geopolítica mundial de aproximadamente las últimas dos décadas**, pueden señalarse **algunas tendencias fundamentales**: por un lado, un declive, lento pero sostenido, de la capacidad de influencia y control de los propios Estados Unidos, así como de su propio poderío económico; el ascenso nuevamente de Rusia al estatus de potencia (aun con dificultades) y, asimismo, el acceso de China a la categoría de segunda potencia económica mundial. Sin embargo, la transición de un mundo unipolar a otro multipolar resulta lenta y ambigua, ya que, aunque el poderío militar norteamericano continúa siendo, con diferencia, el mayor del mundo, comienza a ser seguido cada vez más de cerca por el de países como China y Rusia (que incrementan sustancialmente sus partidas en este terreno). Por otra parte, otras potencias regionales, como India o Brasil, no solo no han logrado un despegue sólido que les haya permitido superar graves deficiencias estructurales y, sobre todo, abismales desigualdades sociales, sino que, incluso, han experimentado serios retrocesos o estancamiento en su desarrollo económico en los últimos años.

En lo que se refiere a **Estados Unidos**, estos se encuentran lastrados por un ingente volumen de deuda, tanto pública como privada, que resulta actualmente imposible de absorber,[11] y que proviene tanto de una política militarista desenfrenada ya desde los tiempos de la guerra fría, de los enormes volúmenes de gasto público destinados a sufragar las multimillonarias quiebras bancarias acaecidas especialmente a partir del crack del 2008, así como de un déficit comercial que se ha acelerado dramáticamente desde el fin del bloque socialista. Paradójicamente, este déficit comercial pone de manifiesto una dependencia creciente de este país respecto al resto del mundo, ya que su capacidad industrial se ha visto continuamente mermada, si bien, aunque «su potencial económico relativo ha retrocedido mucho, [...] han conseguido aumentar masivamente su capacidad de exacción sobre la economía mundial», lo cual se traduce en que «el abastecimiento de bienes diversos y de capitales se vuelve primordial: el objetivo

[11] La deuda pública de Estados Unidos superó en 2017, por primera vez en la historia, los 20 billones de dólares, superando con ello el 107% de su PIB. En 2019 sobrepasó los 22 billones. Actualmente constituye el país más endeudado del mundo.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

estratégico fundamental de Estados Unidos es ahora el control político de los recursos mundiales»[12].

En general, como se ha dicho, **el ascenso ruso se ha interpretado como un cuestionamiento del poder de Estados Unidos y la Unión Europea**, con quienes Rusia mantiene difíciles contenciosos en diversos frentes, como Siria o Ucrania. Ello se ha producido, no obstante, después de una inicial colaboración activa rusa en la política exterior norteamericana, como se puso de manifiesto en el apoyo de este país a la invasión estadounidense de Afganistán en 2001 (la cual no hubiera sido posible sin su colaboración), tras los atentados del 11-S.

Una de las causas del **enconamiento de las relaciones de las potencias occidentales con Rusia** vino de la mano de los intentos rusos de mantener áreas de influencia estratégicas en zonas de Europa del Este, Asia Central y Oriente Medio. Pero, sobre todo, vino motivado por una creciente desconfianza y oposición rusas a la política de unilateralidad norteamericana en el ámbito exterior, y que trajo consigo ya su oposición (junto con otros países, como China) a la invasión de Irak en 2003. Además, no cabe duda de que las suspicacias rusas se dispararon por causa de la **notable ampliación de la OTAN hacia el Este** que vino produciéndose después de la desaparición de la URSS y el resto de los países socialistas europeos. Asimismo, por la multiplicación de las bases y efectivos militares norteamericanos, muchos de ellos en una posición tal que constituyen, de hecho, un auténtico cerco a Rusia (en Europa, Medio y Extremo Oriente). Por otra parte, el hecho de que algunos de los acuerdos que Rusia ha venido estableciendo en los últimos años se hayan realizado con países que, como Irán (con quien ha colaborado en la guerra de Siria), ya venían cuestionando el papel director de Estados Unidos, ha hecho que los recelos mutuos suban de nivel.

Una de las grandes novedades del mundo posterior a 1991 fue la evolución de China. Aunque oficialmente se trata aún de un país socialista, con un régimen político de partido único -el Partido Comunista Chino-, desde las reformas de Deng Xiaoping iniciadas a finales de los setenta, el país ha avanzado por una senda inequívocamente capitalista, aunque a pesar de un proceso de privatización intenso ha conservado un sector empresarial público aún potente. Se ha creado una poderosa burguesía, opulenta en sus estratos más altos, y las diferencias sociales se han agrandado, especialmente entre las zonas rurales y urbanas. Por otro lado, sus altos porcentajes de

[12] TODD, Emmanuel (2012), *Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*, Madrid, Akal, pp. 18-23.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

crecimiento económico durante bastantes años (de hasta de más de un 10% en 2010) se basaron en un proceso de industrialización acelerada, con niveles muy elevados de explotación de la mano de obra y con salida hacia una elevada economía de exportación. En el contexto post-Guerra fría, China optaba, pues, por una salida de blindaje político, pero continuó con fuerza un proceso de desarrollo económico que llegó a colocar al país en la segunda posición de potencia económica mundial hacia 2010.

Aunque el crecimiento económico chino ha sido el más rápido en las últimas décadas, actualmente parece encontrarse en desaceleración. Así, el PIB del país creció en 2018 un 6,6%, algo menos que el año anterior, pero bastante lejos del 14,2% del 2007 o el 10,6% del 2010. En esta situación influye **la actual guerra comercial que mantiene con Estados Unidos**. Así, la senda proteccionista potenciada por Trump, motivada por el aumento del déficit comercial norteamericano, ha llevado a subir notablemente los aranceles a las importaciones de productos chinos. Pero pesan, naturalmente, otros factores. Así, **China ha impuesto cierto freno a una senda de industrialización acelerada**, volcada fundamentalmente a la exportación, para privilegiar progresivamente el aumento de su mercado interno. Pero, a su vez, la economía del país asiático debe hacer frente a graves desafíos, como el aumento de las burbujas (inmobiliaria y financiera) por el aumento del crédito, el grave deterioro ambiental y una conflictividad social latente. Al mismo tiempo, crece la influencia de China en el orden económico y político mundial, convirtiéndose su líder, Xi Jinping, en una especie de adalid de la globalización frente a las tendencias proteccionistas de Estados Unidos. Uno de los proyectos más ambiciosos de China es el de la llamada **'Nueva Ruta de la Seda'**, una amplísima red de infraestructuras, principalmente centrada en Asia, pero que afecta a los cinco continentes y a más de cien países, y que «abarca casi cualquier área: tiene componentes comerciales, financieros, de seguridad y culturales.»[13] Un proyecto que China considera una apuesta estratégica crucial y que está otorgando al país asiático una capacidad de influencia sin precedentes.

No obstante, las cosas se le han puesto difíciles a China en **Hong Kong**, una región administrativa especial al sureste del país. Hong Kong había sido colonia británica, y fue cedida por Londres a China en los años ochenta con la condición de que la zona mantuviera su «desenfrenado capitalismo». Han estallado, sin embargo, violentas protestas que intentan frenar la influencia del gobierno chino en la región, aunque estas

[13] VIDAL LIY, Macarena (3/12/2018), «La Nueva Ruta de la Seda, el gran plan estratégico de China», *El País*. Disponible en: https://elpais.com/economia/2018/11/30/actualidad/1543600537_893651.html

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

parecen también hallarse motivadas por su declive económico. Así, «el miedo al desclasamiento y las dificultades del día a día explican la movilización masiva, mucho más allá del bando "prodemocracia". Y aunque los Estados Unidos apoyan las protestas, también «Washington se encuentra dividido con respecto al nivel de apoyo que brindar al movimiento»[14].

Uno de los conflictos que se han agudizado en los últimos años, pero que están heredados de la era anterior, es el de **la tensión entre Corea del Norte y Estados Unidos**, que arranca al menos de la guerra sostenida entre ambos en los años 50. Los norcoreanos, deseosos de independencia tanto frente a Pekín como a Washington y a la antigua URSS, desarrollaron, con ayuda soviética, «un programa nuclear civil que más tarde orientaron clandestinamente hacia un uso militar.»[15] Sin embargo, con el fin de la guerra fría y el aumento de la unilateralidad estadounidense, los norcoreanos cifraron su supervivencia en el mantenimiento y modernización de su programa nuclear, mientras que los Estados Unidos desean acabar con el régimen mismo, todo lo cual ha conducido a situaciones de máxima tensión, no solo porque el armamento norcoreano parece ya capaz de llegar a suelo norteamericano, sino por el potencial riesgo de desestabilización de toda la zona.
La cumbre (que trajo consigo cierta distensión) celebrada entre el mandatario norteamericano, Donald Trump, y el norcoreano, Kim Jong-un, en junio de 2018, y que resultó inédita, parece haber tenido como fundamento, precisamente, la capacidad nuclear alcanzada por Pyongyang, considerada una auténtica amenaza. Aunque EEUU parece exigir la desnuclearización del país, a cambio de garantizar su supervivencia, no parece que Corea del Norte esté dispuesta a sacrificar su arsenal atómico.

Otra zona de tensión reseñable es **la región histórica de Cachemira**, dividida en varias regiones autónomas disputadas principalmente entre India y Pakistán, y situadas al norte de estos dos países. El contencioso, que tiene su origen en los intentos británicos de control de la zona tras la independencia de la India, y que ha causado ya varias guerras, ha tomado un nuevo cariz muy preocupante con la suspensión, por parte del presidente indio Modi, ultranacionalista hindú, de la autonomía de la Cachemira india en agosto de 2019.

Seguramente una de las características clave del mundo que se desarrolla tras el fin de la guerra fría es la de la **globalización capitalista**. Aunque no se trata de un fenómeno

[14] BULARD, Martine (2019), «Cólera en Hong Kong, polvorín geopolítico», *Le Monde Diplomatique en español*, nº 287, septiembre, pp. 1 y 7.
[15] PONS, Philippe (2017), «La racionalidad de Pyongyang», *Le Monde Diplomatique en español*, nº 259, mayo, p. 10.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

nuevo, sí puede decirse que entra en plena expansión a partir de entonces. El **capitalismo global o transnacional** no consiste simplemente en la internacionalización de las compañías o empresas capitalistas (esto es, en el hecho de que operen o tengan intereses en muchos lugares del globo a la vez), cosa que ya venía ocurriendo desde hacía al menos un siglo, sino en que su propia producción se haya segmentado y se encuentre repartida entre puntos muy distantes entre sí, aunque toda ella responda a un proceso necesariamente unitario. Ello es propio de las **compañías transnacionales**, que han cobrado una fuerza excepcional en el mundo de hoy, ya que la concentración por sectores es muy fuerte y las mismas empresas o grupos empresariales suelen controlar todo el proceso de producción, desde sus orígenes hasta su comercialización final. Asimismo, se trata de «un **sistema globalmente integrado de producción y finanzas**». Con ellas ha tomado forma asimismo lo que pudiéramos denominar una **clase capitalista transnacional**, que posee sus organizaciones y órganos de presión propios, así como sus intelectuales, universidades, fundaciones y medios de comunicación, que no solo son capaces de influir poderosamente en gobiernos y organizaciones de todo el mundo, sino que con frecuencia se encuentran imbricados directamente en ellos o incluso los sustituyen. Algunas de estas organizaciones son, entre otras, la Organización Mundial de Comercio (OMC), la Cámara de Comercio Internacional y, sobre todo, el Foro Económico Mundial[16].

Con todo ello emerge con fuerza asimismo un fenómeno que no es, tampoco, enteramente novedoso: el de la **superación o desbordamiento relativo de las estructuras propias del Estado-nación**, los cuales pierden autonomía y quedan absorbidos o subsumidos en estructuras globales que, en buena medida, los gobiernan o dirigen. No se trata de que dichos Estados-nación se encuentren (al menos por el momento) en trance de desaparecer, pero sí de que sus mecanismos e instituciones propios sirven en buena medida a las corporaciones globales o a determinadas ramas de ellas, mientras que determinados países que puedan mostrarse "díscolos" con las mismas pueden verse privados de inversiones y capitales vitales para su supervivencia o desarrollo. Además, en muchas zonas del planeta se vienen desarrollando **luchas entre las clases capitalistas "nacionales", de carácter más proteccionista, y las transnacionales**, partidarias de una liberalización total que les favorece. Es lo que reflejó, por ejemplo, la lucha electoral en Estados Unidos entre el candidato republicano Donald Trump y la candidata demócrata Hillary Clinton previa a las elecciones de noviembre de 2016 que dieron la victoria al primero, contra la mayoría de los

[16] Véase, para este tema, ROBINSON, William I. (2014), *Una teoría sobre el capitalismo global*, Madrid, Siglo XXI.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

pronósticos. Mientras que, con un discurso reaccionario, Trump aspiraba a convertirse en representante del sector de trabajadores blancos empobrecidos por el efecto de la deslocalización empresarial en suelo estadounidense, denunciando los acuerdos de libre comercio suscritos por su país, la candidata demócrata era apoyada, entre otros, por los más poderosos sectores económicos, financieros y los principales medios de comunicación del país y de buena parte del mundo.

Paradójicamente, esta superación parcial de las estructuras propias del Estado-nación (que dejan de ser, de hecho, los auténticos poderes decisorios, viendo así erosionada su legitimidad), se ve conjugada con un **auge de los nacionalismos**, muy visible desde finales del siglo XX. Un fenómeno que pudiera ser efecto, precisamente, de **esa crisis de legitimidad o credibilidad de los estados** (que da alas a los separatismos y, también, a reacciones defensivas de todo tipo -los llamados nacionalismos o ultranacionalismos estatales-), pero que también es resultado, en parte, del deterioro económico vivido a nivel global a partir de la crisis económico-financiera de 2008. Una crisis que sin duda ha coadyuvado a incrementar las tensiones sociales y territoriales y que, además, pone muy de manifiesto la subordinación de los diferentes gobiernos a los mandatos de las élites económicas y financieras globales, a pesar de haber sido ellas las causantes de la crisis (como con la quiebra de Lehman Brothers en Estados Unidos en ese mismo año de 2008).

La **trayectoria de desigualdad** que se va profundizando a partir de los años setenta del siglo XX (con el inicio de lo que ha sido denominado por el economista Paul Krugman «la gran divergencia») llega a cotas máximas con la andadura del nuevo siglo, producto en parte de la crisis de las políticas económicas keynesianas y el inicio de una nueva senda neoliberal. Sin embargo, este progresivo deterioro de la capacidad adquisitiva de clases medias y trabajadoras en todo el mundo, así como la formación o ampliación de las ya amplias bolsas de pobreza y marginación existentes, de excluidos permanentes de los circuitos de empleo, ha dado lugar, según autores como Robinson, anteriormente citado, a la **gestación de grandes crisis de sobreproducción**, ya que resulta imposible dar salida a los actuales volúmenes de producción mundial. A dicho modelo respondería la **crisis desatada en 2008**, que fue, precisamente, una crisis de deuda, ya que resultaban necesarias políticas de concesión de créditos de gran magnitud para mantener los niveles requeridos de consumo. Para evitar dichas situaciones de sobreproducción, se establecerían, según el mismo estudioso, diversos mecanismos, como el de entrar en ciclos de destrucción-reconstrucción (mediante guerras) para mantener y aumentar los beneficios de los grandes complejos militares-industriales y financieros; el control y

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

saqueo de los presupuestos públicos, imponiendo nuevas medidas de "austeridad" sobre las clases trabajadoras; y el aumento de la actividad financiera a nivel mundial, que permite la acumulación de pingües beneficios meramente especulativos.

No obstante, existen indicios de que **el proceso de globalización capitalista puede estar estancándose:** Las expectativas de crecimiento mundial para 2019 fueron menores de lo previsto (alrededor de un 2,6%). Según el Banco Mundial, mientras el crecimiento de los países desarrollados se estanca, el «de las economías emergentes y en desarrollo se ve limitado por el poco dinamismo de la inversión, y los riesgos se orientan a la desaceleración económica.» Algo en lo que influirían las «tensiones financieras y la incertidumbre política»[17].

[17] Banco Mundial (04/06/2019), «Comunicado de prensa. El crecimiento mundial se debilitará y llegará al 2,6 % en 2019; se observan riesgos considerables», *Banco Mundial*. Disponible en: https://www.bancomundial.org/es/news/press-release/2019/06/04/global-growth-to-weaken-to-26-in-2019-substantial-risks-seen

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Tema 2. Presupuestos filosóficos, mentales e ideológicos de la nueva era tras el fin de la Guerra Fría

La nueva era que se abre a partir de 1989 (caída del muro de Berlín) y 1991 (fin de la URSS) ya venía marcada por unos presupuestos ideológicos que se habían ido haciendo fuertes a lo largo del siglo XX. Sin embargo, dichos presupuestos ideológicos no eran nuevos, sino que poseían hondas raíces, puesto que se habían ido desarrollando, en algunos casos, durante siglos. Es por ello que, para poder comprender toda su dimensión justamente, es imprescindible que nos remontemos atrás en el tiempo.

En primer lugar, hay que decir que **el siglo XX era heredero de la idea de progreso ilustrada del siglo XVIII**, si bien sus raíces pueden hallarse a lo largo de todos los siglos de la modernidad. Según esta idea de progreso, **el ser humano debía confiarlo todo a su razón**, una razón que era entendida cada vez más como capacidad de comprensión y dominio de las relaciones mecánicas a las que se suponía estaba sujeta la naturaleza. Justamente, esta concepción constituye uno de los fundamentos (y, al mismo tiempo, también de las consecuencias) del gran desarrollo técnico-científico que había tenido lugar a partir del siglo XVII, y que se había concentrado especialmente en el norte de Europa (Países Bajos, Inglaterra, norte de Francia), si bien las raíces de este fenómeno pueden hallarse ya desde el Renacimiento.

Así pues, va emergiendo cada vez más un tipo de razón positiva en la ciencia (que debía estar guiada por la formulación de hipótesis, en contraste con la experiencia y la medición) que va pareja con **una concepción mecanicista del universo** cada vez más extendida entre científicos y filósofos. Esto es de suma importancia, porque implica la idea de que el universo está regido por relaciones exteriores entre las cosas, y no por una causa, sentido o finalidad última que lo trasciende, respecto a la cual todas las demás cosas podían ser entendidas, tal y como era defendido por la concepción cristiana todavía vigente. En otras palabras, se estaba extendiendo (lentamente, eso sí) la **descristianización del mundo occidental**. Tal y como lo ha expresado elocuentemente un historiador de la ciencia:

> «El jerárquico universo de Aristóteles [que se encontraba cristianizado] dio paso al mundo mecánico de Newton. [...].
>
> Esta sustitución era solamente un síntoma de **una nueva actitud hacia el conocimiento**. **Dejó de ser un medio de reconciliación del hombre con el mundo tal como se cree que es, era y será siempre hasta el Juicio Final, para pensar en él como un medio de dominar la Naturaleza por**

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

> **medio del conocimiento de sus eternas leyes**. Esta nueva actitud era en sí misma un producto de la nueva preocupación por la riqueza material [...][1]».

En otras palabras, **la nueva actitud hacia la ciencia, y también las propias concepciones filosóficas, eran en parte producto de la extensión del capitalismo** que estaba teniendo lugar desde el Renacimiento y del modelo humano que le era inherente, como veremos más adelante. La propia filosofía del siglo XVII, aunque formalmente, e incluso sinceramente creyente en la mayor parte de casos, va marginando progresivamente la idea de Dios, convirtiéndola en crecientemente irrelevante o, incluso, negándola implícitamente. Así, «Descartes es creyente [...]. Pese a todo, el Dios de su filosofía no tiene ya una realidad firme por relación a la razón humana. El Dios cartesiano solamente interviene en el *mecanismo racional* del mundo para mantener su existencia una vez que lo ha creado arbitrariamente. Como decía Pascal, su única función consiste en "dar un papirotazo para poner el mundo en movimiento", después de lo cual no hay nada que hacer[2]».

Si esto es lo que ocurría en el ámbito de la ciencia y, también, en ciertas ramas de la filosofía, al mismo tiempo, comenzaba a considerarse, especialmente a partir del siglo XVII, que **las relaciones sociales debían estar guiadas por lo que se entendía como la racionalidad del contrato** (modelo que finalmente se impone con el triunfo de las revoluciones burguesas entre finales del XVIII y el siglo XIX, como ocurre en Francia, con su revolución, en Estados Unidos, a raíz de su independencia, o incluso antes, en Inglaterra, con su revolución llamada 'Gloriosa', de 1688). Es decir, en lo que respecta a la sociedad se va perfilando un modelo que aspira a una mayor participación de las clases sociales en contratos (individuales y sociales) supuestamente racionales. Este fenómeno posee, asimismo, una importancia extraordinaria, pues, al igual que estaba ocurriendo en el campo de la ciencia, **erosionaba la idea tradicional de comunidad cristiana**, según la cual el fundamento de la convivencia entre los seres humanos se encontraba en su propia fraternidad (expresión de su condición común de hijos de Dios), lo cual, naturalmente, no significa que esto se estuviera realizando históricamente. Según la concepción (teórica) cristiana, pues, el hombre estaba dotado de una sociabilidad intrínseca, puesto que compartía origen y destino con el resto de sus semejantes. Por esa razón, la sociedad cristiana debía tener unas normas determinadas, que se consideraba respondían no solo al plan de Dios en el mundo, sino al propio sentido

[1] Bernal, J. D. (1973). *Historia social de la ciencia*. 1. *La ciencia en la historia*. Barcelona: Península, 285.
[2] Goldmann, L. (1968). *El hombre y lo absoluto*, I. *El dios oculto*. Barcelona: Planeta-Agostini, 43-44.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

moral que se presuponía en el hombre (en tanto que creado por Dios), y que era el fundamento de su capacidad para el logro o conquista de su libertad. Sin embargo, con la **aparición del hombre burgués**, producto del primer capitalismo a partir de los siglos XV y XVI, individualista y pragmático, la idea de comunidad cristiana se va fragmentando progresivamente, y va siendo sustituida por la de **sociedad como acuerdo interesado entre individuos para el logro de sus fines particulares**.

Es decir: la sociedad como contrato, esto es, como un ente artificial, que no posee su fundamento en las exigencias propias y legítimas de la naturaleza humana, sino que, por el contrario, el hombre mismo decide imponerse en aras a su seguridad, pero en buena medida en detrimento de su libertad. De hecho, **es este el mito burgués de la fundación de la sociedad: el contrato social**, tal y como fue teorizado por filósofos sociales de tanta relevancia como Hobbes, Locke o Rousseau. Y ello tendría su plasmación en el propio constitucionalismo que nace, justamente, en la era burguesa por excelencia, cuando esta clase social se hace, por fin, con el poder político, sobre todo a partir de finales del siglo XVIII. La sociedad, a partir de entonces, se encontraría, pues, cada vez más, desprovista de fines últimos que la trascendieran, de lo que se deduce una consecuencia de primer orden: **cada vez resultaría más difícil justificar la naturaleza (o normas) morales de la sociedad**, puesto que sus reglas se han vuelto crecientemente convencionales (esto es, que responden a circunstancias temporales concretas, a conveniencias o a determinados juegos de fuerzas, pero no a principios considerados inmutables). **Este vacío moral se denomina nihilismo**, y va a constituir el rasgo determinante de las sociedades occidentales a partir de entonces. No obstante, su paroxismo no se alcanzará hasta los siglos XX y XXI, como veremos.

Hay que decir que fenómenos como **el desarrollo técnico-científico entre los siglos XVII y XIX** habían generado un cierto optimismo según el cual dicho desarrollo material y la capacidad de comprensión humana de las leyes de la naturaleza constituían una vía que podría ir atemperando las miserias humanas, ya que hasta entonces el hombre se había sentido sometido al poder casi omnímodo de la naturaleza (alta mortalidad, catástrofes naturales, etc.). De esta forma, **la idea de progreso social iría quedando ligada, crecientemente, a la pretensión del dominio de las leyes naturales**. No deja de ser significativo que el marxismo, nacido en el siglo XIX, como heredero en este aspecto de la Ilustración, vinculara el advenimiento de una sociedad futura más justa (la sociedad comunista) al desarrollo de las «fuerzas productivas» que había traído consigo el capitalismo y que tras él debía continuar.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Ya hemos dicho que, con la modernidad y su lucha en pro de la abolición de la sociedad estamental y su forma política propia, la monarquía absoluta, advendría asimismo una nueva forma de entender las relaciones sociales. Con dicha nueva concepción, **la figura humana, entendida fundamentalmente como individuo, queda en principio revalorizada** (pero desvalorizada simultáneamente, como veremos). En efecto, se trata de desenraizarla de los lazos estamentales propios de la sociedad del Antiguo Régimen (gremios, aristocracia, estados territoriales...), lo que implica en un comienzo una valorización de la persona, del individuo. Una buena muestra de la nueva relevancia del individuo la constituye el fenómeno protestante. Con él, por ejemplo, por vez primera se propone una interpretación individual de las Sagradas Escrituras, lo cual concede una importancia extraordinaria a la conciencia personal. Otro ejemplo destacado viene de la mano de la revolución inglesa y del protagonismo del «pueblo» (la burguesía, que justamente era en su mayor parte protestante) en su lucha contra la aristocracia y el poder despótico del rey (poderes tradicionales), a quienes por primera vez se cuestiona en nombre de la libertad de conciencia individual (basada esta a su vez en las Escrituras).

Sin embargo, **aquí se encontrará también el germen de un nuevo nihilismo, todavía poco perceptible**. En efecto, este desenraizamiento respecto a los poderes y referentes tradicionales permite una eclosión de iniciativas particulares que posee una doble cara. Por un lado, la que conduce a un progreso técnico-económico y científico sin precedentes; pero por otro la que dirige al **desarraigo psicológico**: el individuo deja de pertenecer a un colectivo con el cual se sienta identificado. Esta novedosa situación de desarraigo intentará ser atemperada por la potenciación de estructuras o grupos humanos de inclusión mayor, como puede ser la **nueva idea liberal de patria**, ligada casi inextricablemente a la idea de imperio (de los cuales son modelo especialmente los de Inglaterra y Francia en el siglo XIX, pero también los que continúan en el XX). Al mismo tiempo, se configuran nuevas constituciones donde crecientemente se van reconociendo los derechos individuales. Y poco a poco, **el avance de las estructuras económicas capitalistas**, que no se circunscriben a unas fronteras nacionales, sino que por naturaleza buscan el desbordamiento de todas ellas, **va favoreciendo la extensión de este fenómeno de desarraigo**. Efectivamente, el proletariado (con su idea de internacionalismo) y el **lumpemproletariado** (con su apoliticismo), se van configurando como pruebas fehacientes de cómo el nuevo sistema no puede proporcionar un arraigo comunitario a ese individuo que ha tratado de emancipar[3].

[3] Unos procesos que estudia Hannah Arendt en su obra *Los orígenes del totalitarismo* (1951).

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

De esta forma, a lo largo de los siglos XIX y XX nos encontramos con un fenómeno clave que los recorre: **el individuo** -al contrario de lo que en un principio se pretendía con la superación de los regímenes absolutistas y estamentales propios del Antiguo Régimen- **va perdiendo sustancia**, debido al proceso de disolución de los referentes comunitarios en los que el ser humano había encontrado anclaje hasta el momento. **Este sentido de desarraigo es el caldo de cultivo del nihilismo moderno**, que fue vaticinado con claridad meridiana por Nietzsche a finales del siglo XIX.

Es en este nihilismo donde aparecerán ya teorizaciones plenamente conscientes sobre sí mismo (sobre el nihilismo como fenómeno), al tiempo que este se afirmará como consustancial a la propia condición humana. Es decir, lo que es relativo a un momento histórico determinado será considerado como propio del ser humano en cuanto tal; esto es, se pensará, como ocurre hasta el momento actual, que **el hombre no es nada en sí mismo**, que no posee una naturaleza propia, una sustancia. Pero si el ser humano no tiene una naturaleza, un ser que pueda considerar propio, la consecuencia es, nuevamente, la falta de fundamento de los valores y, por tanto, su inconsistencia. Es el llamado **relativismo**: esto es, se piensa que los valores no poseen un anclaje ontológico (en el Ser), por lo que dependen o *se hacen relativos* a factores o circunstancias históricas o coyunturales (esto es, dependen de un contexto o interpretación determinados). La consecuencia es que una determinada interpretación no posee mayor necesidad que otra (puesto que es coyuntural o histórica), por lo que todas ellas resultan ser, a la postre, equiparables.

Surge así, a mediados del XX, una corriente como el **existencialismo sartreano** (referido al filósofo francés Jean-Paul Sartre), según la cual el hombre es libertad. Sin embargo, **esta libertad está ya concebida como vacío**, no como ser o como realización plena de un ser existente previo: así, según esta concepción existencialista, podemos ser *cualquier cosa*, porque los proyectos que adoptamos a lo largo de nuestra vida no tienen anclaje ontológico (de ser auténtico) alguno. Es por ello que, según el existencialismo sartreano, ningún proyecto humano puede tener plena consistencia, como tampoco, en el fondo, puede existir un criterio objetivo según el cual podamos medir el valor de las actividades o actitudes humanas. Como viene a afirmar el propio Sartre al final de su obra más emblemática, *El ser y la nada*, «en el fondo, emborracharse en la soledad es lo mismo que conducir a los pueblos. Si una de estas actividades es superior a la otra no es a causa de su objetivo real, sino a causa de la conciencia que posee

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

de su objetivo ideal; y, en este sentido, el quietismo del borracho solitario es superior a la vana agitación del conductor de pueblos[4]».

Con ello surge la **angustia** -o conciencia del absurdo o de la libertad- propiamente existencialista, que ejemplifica muy bien el protagonista de la novela *La náusea*, también del mismo filósofo francés, cuando percibe agudamente el vacío o sin sentido de todas las cosas a través del propio exceso que comienzan a cobrar las mismas, que llega a hacerse insoportable. Se trata, justamente, de la consecuencia de la paradójica sentencia «lo esencial es la contingencia», que formula el autor en la misma obra[5].

Se desarrolla también a partir de mediados del XX **el estructuralismo** (con raíces en el propio marxismo). Con **Foucault**, por ejemplo, quiere romperse todo referente unitario en el hombre y la historia; toda línea de continuidad que dote de una identidad propia al ser humano (aun contando con toda su diversidad) a lo largo del tiempo. En este sentido, el también filósofo francés Foucault constituye un referente importante del nihilismo contemporáneo y podemos decir que un antecedente de la filosofía postmoderna, actualmente dominante. Así, afirma el propio autor:

> «Tales son, todavía, las nociones de "mentalidad" o de "espíritu", que permiten establecer entre los fenómenos simultáneos o sucesivos de una época dada una comunidad de sentido [...]. Es preciso revisar esas síntesis fabricadas, esos agrupamientos que se admiten de ordinario *antes de todo examen* [...]. Es preciso desalojar esas fuerzas y esas formas oscuras por las que se tiene costumbre de ligar entre sí los discursos de los hombres; hay que desalojarlas de la sombra en la que reinan. Y más que dejarlas valer espontáneamente, aceptar el no tener que ver, por un cuidado de método y en primera instancia, sino con una población de acontecimientos dispersos[6]».

De esta forma, negando toda comunidad universal de sentido, irrumpirá asimismo con fuerza **el postmodernismo**. De hecho, esta filosofía viene a postularse como una especie de canto de cisne de la filosofía misma, en cuanto que niega las categorías universales del pensar y el concepto del todo como uno (o negación del carácter unitario de la realidad) o como verdad (es la idea del filósofo alemán Theodor Adorno de la totalidad como «no-verdad»). En 1979 se publica *La condición postmoderna*, de **François Lyotard**, que ha quedado como un hito en la explicitación de los presupuestos de esta corriente filosófica. Esta obra quiere nuevamente sentenciar el fin de todos los metarrelatos, es decir, de todas las interpretaciones que pretenden ser

[4] Sartre, J. P. (1981). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada, 759.
[5] Sartre, J. P. (1947). *La náusea*. Buenos Aires: Losada, 149.
[6] Foucault, M. (1976). L*a arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI, 35.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

unitarias y coherentes del mundo, del hombre o de la existencia, como el cristianismo, los grandes sistemas racionales de la Modernidad o el marxismo. A todos ellos viene a considerarlos discursos «legitimadores», esto es, defensores en última instancia de las posiciones ostentadas por ciertos grupos de poder. El postmodernismo, como una de las corrientes dominantes desde los años setenta hasta hoy, **postula, pues, la invalidez de criterios sobre lo verdadero o lo falso, lo justo o lo injusto, y afirma la supremacía del criterio de operatividad o eficiencia** (adecuación óptima de unos medios para un fin determinado), la también llamada «razón tecnológica». Quedan en principio desautorizados los fines universales, los referentes comunes (reducidos a su mínima expresión), al tiempo que se afirma la disgregación permanente de fines, que inevitablemente entran en competencia entre sí en el 'mercado de ideas', y que al mismo tiempo quedan también implícita e indirectamente igualados (por la ausencia de jerarquías de necesidad entre ellos).

No obstante, en una parte del pensamiento postmoderno queda implícito un fin u objetivo general último: **la adecuación de todos esos proyectos particulares a la eficiencia general del sistema**. Y a falta de otro criterio de legitimación, se instaurará un consenso social según el cual **en última instancia el criterio de validación de un sistema habrá de ser económico**. Así, es válido si «funciona», es decir, si proporciona beneficios, «desarrollo» o «crecimiento» según los estándares externos habituales (esto es, no en función de lo que pueda considerarse como lo propio de la naturaleza humana, ya que la idea de tal naturaleza queda desechada). Otros, en cambio (la izquierda «postmoderna», al menos una parte de ella), sí postulan la salida del sistema, pero a diferencia del anterior proyecto utópico marxista renuncian a presentar un proyecto de sociedad alternativa.

Se puede decir, a partir de todo lo anterior, que con la era postmoderna se llega, en Occidente, **al paroxismo de sociedad instrumental**. Esto quiere decir que la sociedad se autorreferencia cada vez menos por valores propios (o valores-guía) -cuyo sentido reside, justamente, en su vivencia por sí mismos- y se apoya crecientemente en consideraciones de carácter instrumental, esto es, de carácter mediato (poseen su verdadero sentido fuera de ellas mismas, aunque ese sentido último suele difuminarse).

Como queda dicho, **el valor concedido a la eficiencia económica por sí misma** (independientemente de las consecuencias que pueda acarrear, como el deterioro ecológico o el propio deterioro moral) es seguramente uno de los más claros ejemplos de lo dicho, pues seguramente se coloca en la cúspide de las prioridades sociales

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

(independientemente también de las consecuencias que conlleva este hecho por sí mismo). Pero también **otros valores, en principio de carácter no instrumental, tienden a su progresiva instrumentalización**. Esto ocurre, por ejemplo, con la educación, que deja de entenderse como un bien que, por sí mismo, enriquece la personalidad del que la recibe, para pasar a considerarse crecientemente una inversión (cuyos réditos deberán recogerse más tarde) y, por ello mismo, un acopio de saberes que se conciben cada vez más como puramente instrumentales (técnico-científicos, lingüísticos, informáticos, etc.).

En otras palabras, nos hallamos en la era de la **entronización del medio por el medio**, perfectamente constatable en la categoría de 'sociedad tecnológica', donde apenas si se explicitan los fines del propio desarrollo tecnológico (y que suelen ser nuevamente de carácter instrumental), pero en la que cualquier innovación es contemplada acríticamente como positiva por sí misma. **La absoluta preeminencia concedida a la técnica y la tecnología** constituye un hecho contra el que advirtieron muy seriamente en el pasado, filósofos como Nietzsche, Husserl, Heidegger, Fromm o Marcuse, por las consecuencias de deshumanización que conlleva, y que ya tuvieron una primera muestra en las dos grandes conflagraciones mundiales del siglo XX. Por otra parte, visto en el largo plazo, se trata este de **un fenómeno asociado al propio desarrollo del capitalismo** desde los siglos de la era moderna, ya que el capitalismo es, precisamente, el sistema de la exaltación de lo que es medio por excelencia: el dinero. Hay que decir, no obstante, que el propio marxismo, desde su nacimiento, se "contagió" de parte de dicho instrumentalismo por el hecho de ser heredero de la ideología de progreso de la Ilustración, por la cual la felicidad de las sociedades humanas quedó vinculada a su progreso material.

Hay que decir, por otra parte, que **el discurso postmoderno suele vincularse a la defensa de la diversidad, la pluralidad y las minorías** (étnicas, raciales, culturales, de opciones sexuales, etcétera). Esto no quiere decir que dichas minorías, o elementos diferenciales, no hubieran sido defendidos o valorados previamente, sino que esta corriente ha tendido a la ponderación de lo plural y diverso por sí mismo (con independencia muchas veces de su contenido), sobre todo en cuanto que negador de la unidad, a la que mira siempre con sospecha por considerarla, por sí misma, «opresiva» o «unilateral». Este **reconocimiento de la diversidad** ha llegado a calar hondo en los Estados contemporáneos, pero también ha sabido ser aprovechado para dos aspectos fundamentales: por un lado, anulación de las posibilidades de unidad o conjunción entre colectivos que pudieran constituir una amenaza para el sistema por tener en común

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

reivindicaciones fundamentales; y, por otro, mantenimiento de la desigualdad estructural a cambio de un reconocimiento identitario muchas veces superficial. Así lo ha señalado, por ejemplo, el filósofo Sami Naïr para el caso de América Latina, donde afirma que a partir de los años ochenta se produjo un enorme auge de las reivindicaciones identitarias:

> «En ciertos Estados se da [...] un *trueque* neto entre el reconocimiento de las especificidades indígenas y la aceleración de la liberalización. Así, en Perú y México las medidas de reconocimiento del carácter multiétnico de la sociedad se adoptan al mismo tiempo que una serie de decisiones para reformar en un sentido liberal la propiedad colectiva. En Chile, estas modificaciones son paralelas a la privatización del agua. Evidentemente, esta nueva política indígena, reducida únicamente a la dimensión cultural, de inspiración liberal, favorece el surgimiento de nuevas formas de *apartheid* tanto más evidentes cuanto que no van acompañadas de ninguna mejora de las condiciones de vida de las poblaciones. E incluso tiende a provocar la radicalización de esos movimientos, como testimonian los levantamientos indígenas en Ecuador y en Bolivia, o la marcha zapatista sobre México DF en 2001. **Lo que demuestra que el Estado de derecho, en su versión liberal, está dispuesto a reconocer a todos los integrantes de la sociedad a condición de que permanezcan estáticos en sus desigualdades**[7]».

Como puede comprobarse, **todo este conjunto de presupuestos ideológicos** que se ha ido exponiendo **posee una incidencia directa en la configuración de las sociedades actuales**, a veces muy palpable. En primer lugar, **ha culminado un proceso de individualización muy acusada** que, como hemos adelantado, se venía produciendo durante al menos toda la Modernidad. El individuo se erige cada vez más como referente casi absoluto, y **es concebido de forma aislada**, esto es, como desvinculado o ajeno a los lazos sociales que, sin embargo, lo conforman, y sin los cuales no puede ser. Pero los seres aislados compiten, mientras que sus alianzas suelen resultar meramente tácticas y sus relaciones tienden a la convencionalidad. Se impone y generaliza, así, un **fuerte sentimiento de aislamiento subjetivo** que capta muy bien el arte (Edvard Munch, Francis Bacon, Edward Hopper...), y que resulta prácticamente inédito desde el punto de vista histórico. Un sentido de aislamiento que puede llevar a la idea de la propia **desintegración individual**, no solo desde el punto de vista filosófico (destrucción de la idea de Sujeto), sino desde el punto de vista individual y social (fenómenos como el gregarismo masivo y su contrapunto, la excentricidad exacerbada, la extensión de fenómenos como el suicidio y la depresión, o de otras vías de huida de la realidad, como las drogas u otras adicciones).

[7] Naïr, S. (2003). *El imperio frente a la diversidad del mundo*. Barcelona: Random House Mondadori, 160-161.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Francis Bacon, *El papa Inocencio X de Velázquez* (1961).

Además de ello, como se había adelantado, se instaura **un sistema de competencia general** entre fines individuales, considerados, cada vez más, como los únicos legítimos, y cuya regulación correspondería al Estado. Este último se encargaría, así, de vigilar que «la libertad de cada uno llegue hasta donde empieza la libertad de los otros» (esto es, las «libertades» entran en competencia y *limitan* unas con las de los otros). Esto, que era propio de las concepciones liberales que dan origen a las sociedades burguesas nacidas entre los siglos XVIII y XIX (Inglaterra, Estados Unidos y Francia en primer lugar), acaba convirtiéndose en una visión de la sociedad y del ser humano cada vez más general.

El marxismo nacería en el XIX como oposición a tal concepción, que se considera radicalmente antisocial (y de ahí la palabra 'socialismo' para marcar el contraste): según el *Manifiesto Comunista*, publicado por Marx y Engels en 1848, la libertad de cada uno es *condición* de la libertad de los otros, y viceversa. Es decir, según esta tesis, la libertad de los otros no limita, sino que afirma, la libertad de cada uno, puesto que cada ser humano necesitaría a los otros para conformar su identidad; la libertad, de esta forma, no entraría en conflicto consigo misma, pues sería supuestamente armonía, no lucha o competencia. No obstante, a pesar de tales orígenes, las llamadas sociedades del Este se verán crecientemente contagiadas del espíritu individualista, y puede decirse que fue esta una de las causas fundamentales de su fracaso.

Precisamente, **el sistema democrático de partidos** constituye una de las mejores muestras de este desarrollo propio de la mentalidad occidental que venimos describiendo. Su precedente inmediato, el sistema liberal, que florece especialmente en el siglo XIX, se basaba fuertemente en la idea de mérito individual como base del ejercicio de derechos políticos (expresados a través del voto y la representación, que por ello mismo eran limitados). Es decir, **el sistema liberal concebía la sociedad como una asociación de individuos** (realizada principalmente por utilidad, ya se ha dicho)

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

donde unos poseían más méritos que otros. Con la fuerza sobre todo de los movimientos obreros de los siglos XIX y XX, el sistema liberal debe abrirse en lo que respecta al ejercicio de los derechos políticos (se va transigiendo con el sufragio universal), pero **la concepción de la sociedad continúa prácticamente intacta**: asociación «libre» de individuos donde unos poseen más méritos que otros (lo que tiene una traducción económica casi inmediata), **no una comunidad social con un destino común** (una concepción que había sido la propia de las sociedades tradicionales, de fundamento religioso, y que tratará de ser retomada, posteriormente, por las sociedades socialistas y también por las fascistas, que reaccionan precisamente contra este individualismo exacerbado).

El sistema de partidos, que tiene su fundamento en el sistema de voto individual, pretende constituirse en una «solución» para solventar los problemas sociales **a través del acuerdo o del consenso** (donde, sin embargo, pesan decisivamente las diferencias de poder real en el seno mismo de la sociedad), **o de las mayorías, y no necesariamente a través de una razón o unos valores comunes o compartidos**. Es por ello que **el sistema democrático de partidos forma parte del proceso**, que venimos describiendo, **de convencionalización de los valores** propio de las sociedades occidentales de la era contemporánea. Las propias **constituciones**, ya desde el siglo XVIII, se conforman sobre todo como *marcos* de convivencia para el libre desarrollo de los proyectos individuales, pero no como definidoras de valores propios (salvo, justamente, los de la convivencia, que permitan, a su vez, el despliegue de las iniciativas particulares, las cuales se consideran la piedra angular de toda la arquitectura social).

Hay que decir, asimismo, que **esta concepción, propia del hombre occidental contemporáneo, contribuye actualmente,** por la propia posición dominante de las sociedades occidentales sobre todo a partir del siglo XIX, **a debilitar las cosmovisiones compartidas tradicionalmente en otras partes del mundo**. Así, las sociedades configuradas en torno a visiones finalistas (es decir, en las que existe un fin común compartido que configura la forma de ser de esa sociedad, como la consecución de determinados ideales morales, o principalmente un fin de salvación religiosa), ven considerablemente debilitados estos principios comunes. Sociedades construidas en torno a los principios del islamismo, el hinduismo o el budismo (como les ha ocurrido también a las sociedades que habían abrazado los ideales socialistas), por poner algunos ejemplos, contemplan cómo sus principios rectores tradicionales se van viendo sustituidos por reglas y normas que niegan la vigencia de cualquier principio que

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

trascienda a la propia sociedad y que le sirva de guía o criterio por encima del «juego» de intereses particulares de sus miembros. Incluso un documento como la **Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas de 1948**, que pretende erigirse como máximo referente moral en buena parte del mundo, no deja de ser un **conjunto de principios de carácter convencional**, esto es, cuya necesidad última no se afirma indubitablemente, sino que se justifica como fruto de un consenso social (y que por tanto, en principio, se reconoce que podría ser modificado en un futuro si se produce un cambio de circunstancias, aun cuando ello no resultara deseable)[8].

Ya vimos que el carácter convencional de los valores es, precisamente, una de las características esenciales de lo que, en palabras de Bauman, ha sido llamado 'modernidad líquida' o mentalidad postmoderna. Este consenso forjado en torno a la Declaración de 1948 habría sido en el fondo político, pues se trata de un acuerdo diseñado entre algunos de los estados vencedores de la II Guerra Mundial, liderados por los Estados Unidos, del cual se autoexcluyeron algunos países[9].
Ello explica, por ejemplo, el hecho de que dicha Declaración de Derechos Humanos no condene el colonialismo como una vulneración a la dignidad y la libertad de los pueblos (de hecho, la Declaración vuelve a tener su fundamento, casi exclusivamente, en el individuo), dado que buena parte de las potencias que habían salido vencedoras de la gran contienda eran, aún, potencias coloniales (como eran los casos de Gran Bretaña o Francia).

Como era de esperar, **las circunstancias descritas han conducido en numerosas ocasiones a reacciones de tipo defensivo** entre muchos grupos culturales y religiosos, que han tomado diferentes formas, pero que en todo caso se resisten a su disolución o banalización (esto es, a quedar como una opción más, igualada entre otras muchas). Una de tales reacciones es, desde luego, el **fanatismo religioso**. Es este precisamente un fenómeno que resulta acuciado en momentos de especial relativismo,

[8] Una contradicción que es puesta de manifiesto, entre otros muchos lugares, en el debate entablado entre S. Martini y U. Eco en *¿En qué creen los que no creen*?, Biblioteca de Pensamiento Crítico, Diario Público, s.l., 2009 (edición original de 1996). La visión del hombre nihilista está bien expresada en J. Monod, *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Tusquets, Barcelona, 1981 (edición original de 1970). El autor concluye su conocido libro con la siguiente sentencia: «La antigua alianza ya está rota; el hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del Universo de donde ha emergido por azar. Igual que su destino, su deber no está escrito en ninguna parte. Puede escoger entre el Reino y las tinieblas.»

[9] Un análisis del carácter convencional que representa la Declaración de Derechos Humanos de 1948, y su fundamentación en un tipo de hombre determinado (el individualista occidental), se encuentra en Almansa, R. Mª, «Evolución de las Declaraciones universales de derechos y relativización de las fuentes de la moral religiosa», en Miguel Rodríguez Blanco, Juan González Ayesta (dirs.), *Religión y Derecho Internacional*, Granada, UNIR-Comares, 2013, 87-125.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

como ocurre en la actualidad. Sin embargo, resulta al menos llamativo que **en muchos casos el extremismo religioso encuentre especial sintonía con el relativismo extremo**, llegándose en algunas ocasiones a una especie de simbiosis que pudiera pensarse que adultera el sentido del mensaje religioso original. Este ha sido el caso, por ejemplo, del wahabismo en la península arábiga, fiel instrumento de las economías de los petrodólares de la zona del Golfo y estrecho aliado de la política estadounidense en todo Oriente Medio. Una alianza, justamente, que ha sido motivo de decidido rechazo por parte de otras ramas del islam, como el chiismo, que consideran la injerencia occidental en la zona la vía principal de disolución de sus formas de identidad propia. Así, justamente, vacío extremo por una parte, y rigidez y anquilosamiento en el pasado, por otra, suelen ser fenómenos propios de nuestra época, que suelen además complementarse, enfrentándose unas veces con violencia y alcanzando otras alianzas de carácter instrumental.

También en **los propios Estados Unidos se ha producido un fenómeno que pudiéramos llamar de regresión hacia posturas defensivas de los valores que se consideran genuinamente propios**. Este movimiento resurge con fuerza a partir de finales de los años 70, y se materializa con el inicio de la presidencia de Ronald Reagan en 1981 (que se corresponde asimismo con el acceso al gobierno en 1979 de Margaret Thatcher en Gran Bretaña). Los movimientos izquierdistas de oposición a la guerra de Vietnam y la revolución cultural de los sesenta resultaron ser fuertes estímulos de esta denominada «reacción conservadora». **En la actualidad, la extrema derecha norteamericana se encuentra plenamente activa.** El **Tea Party**, una facción nacionalista, xenófoba, liberal en lo económico y conservadora en lo social del Partido Conservador, constituyó, especialmente a partir de la gran crisis de 2008, una fehaciente expresión de la actividad de esa extrema derecha.

Posteriormente, con la campaña electoral y el posterior triunfo, en noviembre de 2016, del magnate **Donald Trump** en las elecciones presidenciales del país, se pusieron de manifiesto otros fenómenos asimismo inquietantes. En primer lugar, el **resentimiento de buena parte de la clase trabajadora blanca**, víctima en buena medida de las consecuencias de la deslocalización industrial, frente a las élites políticas. Fue aquella la que respondió principalmente al mensaje populista de Trump, que prometió medidas antiinmigración y de nacionalismo económico y político que protegieran a la nación frente a los efectos desestabilizadores de la globalización. En segundo lugar, la existencia de una red ideológico-política aún bastante desestructurada, la llamada **Derecha alternativa** (*Alternative Right*), que proveyó de soporte a Trump durante su campaña,

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

y que trata de extender sus redes. Esta nueva derecha se caracteriza por un acusado mensaje anti igualitario. Aprovechando el sentir de una buena parte de esas clases trabajadoras blancas empobrecidas en los últimos lustros, afirma que, debido a las políticas 'igualitaristas' y de discriminación positiva a favor de colectivos supuestamente desfavorecidos (minorías étnicas, mujeres…), llevadas a cabo tanto por demócratas como por republicanos, la población norteamericana 'auténtica' se está viendo fuertemente perjudicada. De hecho, ven en peligro a la civilización occidental en su conjunto por efecto de la amplia extensión del fenómeno multicultural, dentro y fuera de Estados Unidos, ya que vinculan estrechamente raza y cultura. Se trata, en definitiva, de un fenómeno de fuerte afirmación identitaria de carácter excluyente que denuncia la supuesta extensión de los valores de la izquierda a toda la sociedad (igualitarismo, la que denomina "ideología de los derechos humanos", feminismo, multiculturalismo…). Es lo que llaman 'lo políticamente correcto' y lo que, como sedicentes defensores de la libertad de expresión, combaten acerbamente. Un fenómeno, sin embargo, que, con diferentes características, no es propio únicamente de los Estados Unidos, sino que se extiende asimismo en Europa, y que encuentra un firme respaldo en los partidos reacios al proyecto europeísta o 'euroescépticos'.

Así pues, ha sido la derecha o, más en general, los movimientos conservadores de todo tipo, los más afectados por estas reacciones defensivas. Estas han conducido, a una parte de los mismos, a tentativas de imposible regreso al pasado, o al menos de salvaguarda, con notable rigidez, de valores que consideran inalienables o de carácter fundante (esto es, puesto que la sociedad y el propio ser humano los tendrían supuestamente como fundamento, no constituirían opciones elegibles, sino obligadas, si no se quiere renunciar a lo que se es).

En el caso de la izquierda, la trayectoria ha sido, seguramente, de una mayor complejidad. Las **raíces de la crisis de la izquierda son muy profundas**, y puede decirse que constatables casi desde que esta se constituye como tal. Efectivamente, ya desde la propia Revolución Francesa surge una opción de igualdad radical (la «Conspiración de los Iguales» de Babeuf) que es rápidamente cercenada, y posteriormente, durante el siglo XIX, el movimiento obrero se divide en tres ramas principales, de hecho irreconciliables: la anarquista (de carácter preferentemente individualista), la marxista revolucionaria y la reformista. Mientras que la segunda preconiza una salida revolucionaria cuyo objetivo último es la abolición de las clases sociales, la opción reformista toma la vía de tratar de lograr mejoras paulatinas para la

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

clase obrera dentro del marco capitalista, posponiendo o incluso renunciando, de esta forma, a la meta de la superación de las clases.
Será la opción reformista la que se vea especialmente reforzada en las sociedades occidentales, que quedan al margen de la revolución socialista en la URSS y, posteriormente, de su órbita tras el fin de la II Guerra Mundial, tomando forma especialmente en las opciones socialdemócratas.

Son, pues, **tales corrientes reformistas, y también otras pretendidamente marxistas, las que acogerán muchos presupuestos de la filosofía postmoderna**, incluso en mayor medida que otros movimientos de centro y derecha. Su posicionamiento «anti dogmático», en contra de los derroteros ideológicos tomados por la URSS, pero sobre todo su distanciamiento en general respecto a la teoría marxista, y su aceptación de muchos de los principios de la sociedad liberal, les conducen por esta senda. Esto explica, por ejemplo, **el sentido de movimientos como los del 68**, donde no se aspira realmente sino a ciertas reformas dentro del propio sistema, y donde los objetivos que se imponen son preferentemente de carácter individualista. Se puede decir que se pone entonces de manifiesto la **desarticulación y pérdida de fuerza del movimiento obrero y estudiantil**, que no hará sino transigir, especialmente en Europa y Estados Unidos, con todas las reformas de carácter neoliberal que progresivamente se irán imponiendo. En América Latina y Asia, el proceso, si bien en algunos casos bastante más retardado, terminará tomando similares derroteros.

Tras el fin de los experimentos socialistas del siglo XX, **las opciones revolucionarias son definitivamente rechazadas** por la mayoría de los movimientos de izquierda; unos movimientos que se habían incorporado, en casi todos los casos, a los mecanismos propios del sistema democrático de partidos como una opción más. De esta forma, si en el siglo XIX, y en buena parte del XX, los pensamientos socialista, marxista y anarquista, se habían postulado como la única vía posible para la liberación de la humanidad («socialismo o barbarie», había predicho la socialista revolucionaria alemana Rosa Luxemburgo), por sus valores en torno a la justicia, la igualdad o la fraternidad, a finales de dicho siglo, y a comienzos del XXI, el socialismo socialdemócrata se postula como una opción más ventajosa para ciertos sectores sociales, pero igualmente legítima que otras en el «juego» democrático. La izquierda, pues, como le había ocurrido también incluso a las propias religiones, había penetrado plenamente en el camino de su propia relativización.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Tema 3. La expansión del fundamentalismo islámico y la estrategia de la «guerra contra el terror»

Ya se ha planteado cómo, con el fin de la Guerra fría, se creaba una situación nueva en la geopolítica mundial. Durante la presidencia de **Ronald Reagan** en los Estados Unidos (1981-1989), precisamente la última antes del descalabro del bloque del Este, se había impuesto una «línea dura» en lo que respecta a las relaciones con el mismo. Con la presidencia, entre 2001 y 2009, de **George W. Bush**, hijo de un presidente anterior (G. H. W. Bush, que había protagonizado la primera guerra de Irak), se impondrá una serie de políticos llamados «neocons», que pretenderán, tras la etapa demócrata de W. Clinton, **una formulación más dura del papel de la potencia norteamericana en el mundo**. Ya se ha hablado (Tema 1) del *Defense Planning Guidance* de 1992, cuya redacción causó tal escándalo que tuvo que ser suavizada. Pero otros documentos semejantes irán apareciendo en años sucesivos. Uno de ellos es el estudio desarrollado en 2000 por la organización *Project for the New American Century*, financiada por varias fundaciones conservadoras, en el que volvía a afirmarse la necesidad de la supremacía norteamericana en el mundo[1]. En este contexto, **Oriente Próximo se revelaba nuevamente como una zona cuyo control resultaba vital**, no solo por sus enormes recursos petrolíferos, sino por considerarse clave la posición de Israel en relación a los países árabes vecinos. Este aliado crucial en la zona encontraba amplio soporte en el poderoso *lobby* judío estadounidense, a su vez en estrechas relaciones con los «neocons».

Resulta importante resaltar el papel clave que ha tomado un país pequeño como Israel en la zona de Oriente Medio al menos desde los años cincuenta, cuando se enfrentó con el Egipto del presidente Nasser para tratar de evitar (esta vez sin éxito) que el Estado egipcio se hiciera con el control del estratégico canal de Suez. A partir de entonces, su importancia ha ido creciendo, **ya que sus actuaciones han sido fundamentales para impedir el desarrollo de iniciativas panarabistas (o de unión de pueblos árabes) en la región**, entre otras cosas por su exitosa política de ocupación de territorios árabes, tanto palestinos (impidiendo que crearan un Estado propio y haciendo disminuir crecientemente sus territorios respecto al plan inicial de partición de la ONU en 1947), como de otros países, como Siria, Egipto o Líbano.

[1] *Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources for a New Century*. Disponible en: http://cryptome.org/rad.htm

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

A partir de la revolución islamista chií de Irán en 1979, que tomó un fuerte sesgo anti norteamericano, la política israelí -en estrecha colaboración con la de Estados Unidos- ha ido dirigida a **aislar a Irán y a sus aliados** (Siria, la guerrilla de Hezbolá en el Líbano, Hamás en Palestina), cosa que ha ido logrando con notable éxito. Actualmente, Israel constituye el país que ha recibido los mayores contingentes de ayuda económica estadounidense de la historia, y posee el ejército más poderoso de la región, siendo además el único pertrechado con armas nucleares.

Mientras tanto, **la situación en los países árabes del norte de África y de Oriente Próximo ha continuado resultando, desde los años noventa, muy delicada**. En buena parte de ellos, las desigualdades sociales, el alto paro juvenil y la pervivencia de dictaduras férreas, causaban tales frustraciones y descontento que alentaban el crecimiento de los movimientos islamistas. En estas circunstancias, el predicamento alcanzado por un islamismo de vocación social entre los elementos populares, con miras revolucionarias, trataría de ser neutralizado por la **difusión a gran escala de una versión conservadora del islam, procedente especialmente de Arabia Saudí.** Así,

> «El apoyo masivo de Arabia Saudí –monarquía 'reaccionaria' donde las haya- y de Estados Unidos para la expansión del movimiento islamista no tenían el objetivo de llevar al poder a la juventud urbana pobre que asimilaba la aplicación de la *shari'a* [ley islámica] con la revolución social. A quien apoyaban era a la burguesía piadosa que, tanto en Riyad como en Washington, se consideraba sería capaz de neutralizar a estas clases peligrosas con palabras y símbolos religiosos, algo que no podían hacer las elites nacionalistas cuya legitimidad estaba desgastada y cuyas principales armas eran la coerción y la represión[2]».

Por otra parte, parece posible que **la frustración de un proyecto republicano laico** en algunos de estos países **tenga que ver con el crecimiento de las opciones islamistas**; un fracaso que cabe relacionar en parte con las propias presiones occidentales para mantener el control sobre los recursos de estos países, o para evitar que cayeran bajo la órbita de influencia del bloque soviético. El caso del **Egipto del presidente Nasser** entre los años cincuenta y sesenta y la lucha sostenida en torno al control del canal de Suez -que le hizo enfrentarse a Gran Bretaña, Francia e Israel en la guerra del Canal de Suez en 1956- resulta paradigmática al respecto. Finalmente, su sucesor, Anwar el-Sadat, regresaría a la senda de las buenas relaciones tanto con Occidente como con Israel, pero el presidente egipcio fue asesinado en 1981 a manos, precisamente, de los Hermanos Musulmanes. Sin embargo, en el país no llegó a triunfar

[2] Kepel, G. (2001). *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*. Barcelona: Península, p. 112.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

la imposición de un régimen islamista, como tampoco lo haría en Siria, a pesar de las revueltas vividas por el país entre 1980-1982 contra el mandatario sirio Hafez al-Asad. Por su parte, **Argelia se vio envuelta en una sangrienta guerra civil** entre 1992 y 2001, motivada por el agotamiento y corrupción del régimen laico y socialista del Frente de Liberación Nacional (FLN) y el ascenso en consecuencia de los islamistas del FIS (Frente Islámico de Salvación), cuya victoria en las urnas en las elecciones legislativas de diciembre de 1991 fue abortada por el ejército.

Sin embargo, en **Irán sí que llegaría a triunfar una revolución islamista de carácter chií en 1979**, motivada por el mantenimiento en el poder del régimen corrupto del Sha, y que lograría deponer el Ayatolá Jomeini gracias a su capacidad de concentración de una amplia mayoría social de oposición al régimen anterior. A partir de ese momento se instauraría en el país un régimen teocrático fuertemente antioccidental que condicionará hasta hoy la estrategia no solo en Oriente Próximo, sino en toda la geopolítica mundial. Entre otras cosas por su apoyo a fuerzas fuera de sus fronteras, como Hamas en Palestina o Hezbolá en Líbano; y más recientemente por la posibilidad de que Irán desarrolle un arsenal nuclear, con lo que arrebataría a Israel el monopolio nuclear en la zona.

Como ha quedado apuntado, **la influencia política occidental** resultaba fundamental en la situación y evolución política y económica de estos países. En algunos casos, tal presencia se tradujo en el **apoyo a dictaduras** que pudieran frenar el descontento popular y la propagación de ideas de corte socializante o del nacionalismo árabe. Fue el caso del sostenimiento de la larga dictadura egipcia de Mubarak (1981-2011) o de la de Ben Ali de Túnez (1989-2011), a pesar de las apariencias democráticas que se pretendió dar a ambas, o la del monarca Sha Reza Pahlevi en Irán (1941-1979). **Los Estados Unidos también combatieron a los regímenes nacionalistas laicos de Libia**, a su vez panarabista (a la que atacó directamente en 1986, oficialmente como respuesta a un ataque terrorista en Berlín), **y Siria.** En otros casos se **alentaría a los propios movimientos islamistas para desgastar a regímenes que presentaran resistencias a los intereses occidentales en la zona**, como fue el caso, ya citado, de los Hermanos Musulmanes en Egipto frente al régimen del nacionalista Nasser, o, incluso, el del propio **Irak** de Sadam Hussein a partir de cierto momento. En este país, la segunda guerra del Golfo, desarrollada a partir de 2003, destruyó los fundamentos del baazismo (el partido laico gubernamental) y llevaría al enfrentamiento sectario permanente entre las distintas confesiones islamistas, al tiempo

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

que, en el proceso de transición dirigida por la potencia ocupante, se admitía que «el islam sería la religión oficial y una fuente de derecho[3]».

Egipto constituyó un país fundamental en lo que se refiere a la difusión de las ideas islamistas modernas. En él resultó de gran peso la obra y la influencia de **Sayyid Qutb,** intelectual ligado a los Hermanos Musulmanes, que denunció lo que consideraba la decadencia de Occidente por su individualismo, al tiempo que alertaba del peligro que corrían las sociedades islámicas por el influjo occidental. Aunque fue condenado a muerte por Nasser, sus ideas se extendieron por otros países, entre ellos Arabia Saudí, donde un hermano de Sayyid, Muhammad, fue profesor de Osama Bin Laden.

Afganistán se reveló pronto como otro país clave en este proceso de resurgimiento del fundamentalismo islámico. Ya vimos cómo la lucha contra los soviéticos, que habían invadido el país en apoyo al régimen socialista establecido tras una revolución en el mismo en 1978, había hecho fuertes a las fuerzas muyahidines (o combatientes de la yihad), que constituían extremistas islámicos. Una de sus numerosas facciones estaba constituida por los talibanes[4]. **Dichas fuerzas, fuertemente financiadas y asesoradas por la CIA, Pakistán, Arabia Saudí, Francia e Israel, combatían al régimen marxista de Kabul, tratando de forzar así una intervención de la URSS** -vecina en su frontera norte- para desgastarla con su propio 'Vietnam'.

Dicha ayuda norteamericana, pues, comenzó con anterioridad a la propia invasión soviética del país asiático[5]. Afganistán, pues, constituyó otro de los escenarios donde se resolvía la Guerra fría, y una vez producida la retirada de las tropas soviéticas en 1989 y derrocado el régimen afín, que se mantendría hasta 1992, se instauraría a partir de 1996 -tras cuatro años de una sangrienta anarquía en los que las distintas facciones islamistas se disputaron el poder- **un régimen talibán**, caracterizado por la dureza, intransigencia y literalidad con que aplicaba los principios islámicos. Muchos de los islamistas que habían luchado en esta guerra contra los soviéticos (hasta 35.000 yihadistas internacionales) regresaron a sus países de origen, como Bosnia o Chechenia, con una sensación de euforia, donde continuarían el combate por el islam.

---

[3] Fontana, J. (2011). *Por el bien del imperio*. Barcelona: Pasado&Presente, p. 859.
[4] Los talibanes eran «estudiantes de una escuela religiosa, en particular estudiantes afganos procedentes de las madrasas deobandis de Pakistán» (Kepel, Gilles, La yihad… cit., p. 625).
[5] Así lo admitió el propio Zbigniew Brzezinski, que fue asesor de Seguridad Nacional con el presidente Carter. Cfr. Armanian, Nazanin (20/08/2017), «El asesor de seguridad del presidente Jimmy Carter: ¡Yo creé el terrorismo yihadista y no me arrepiento!», Público. Disponible en: https://blogs.publico.es/puntoyseguido/4143/el-asesor-de-seguridad-del-presidente-jimmy-carter-yo-cree-el-terrorismo-yihadista-y-no-me-arrepiento/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

El entonces presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, se refirió a dichos muyahidines como «combatientes por la libertad» y pretendió que fuese este su nombre oficial. Uno de ellos fue el propio **Osama Bin Laden**, un saudí perteneciente a una acaudalada familia que entabló negocios en los Estados Unidos con la familia Bush. En 1988 funda al-Qaeda, «una organización internacional descentralizada y de organización muy laxa [...] que tenía por objeto la lucha por el islam, dentro de un proyecto global de establecer un califato mundial[6]».

A partir de la primera guerra del Golfo (o primera guerra de Irak) se distancia de los gobernantes saudíes por la aceptación de estos de la ayuda norteamericana para combatir a Irak. De hecho, se fue acentuando en él y en otros muchos un repudio cada vez mayor por la presencia de bases norteamericanas en dos ciudades saudíes consideradas santas para el islam: La Meca y Medina. Finalmente, **acabaría considerando a los propios Estados Unidos el mayor peligro contra el islam**, por lo que en 1996 les declararía la guerra santa o yihad, una vez instalado de nuevo en Afganistán[7]. En todo caso, **quedan ya pocas dudas de que el fenómeno fundamentalista posee sus raíces en el apoyo expreso que este recibió por parte de servicios secretos de diversos países** (al parecer, especialmente la CIA norteamericana, el M16 británico, el ISI pakistaní y el Mukhabarat saudí) para combatir a los soviéticos presentes en Afganistán en los años ochenta del siglo pasado, una estrategia que continuaría posteriormente con el fin de desestabilizar otros regímenes socializantes y panarabistas[8].

La primera guerra del Golfo o primera guerra de Irak, que tuvo lugar en 1991, fue el primer gran conflicto tras el fin de la Guerra fría. En el país existía un régimen

[6] Fontana, J. *Por el bien...*, *cit.*, p. 808.
[7] Que se trataba en realidad, como se ha dicho, de muyahidines "prefabricados", se mostraría por el hecho de que «los creadores de Bin Laden, un civil, ignoraban que los únicos que pueden lanzar una fatwâ [o fatua: pronunciamiento legal en el islam], en este caso de yihâd, deben pertenecer al estamento clerical. Cualquier musulmán se daría cuenta de esta imposibilidad, pero los fabricantes de enemigos saben que los votantes a los que se deben son los primeros en no tener información sobre estos temas.» Cfr. Armanian, Nazanin; Zein, Martha, El islam sin velo, Barcelona, Bronce, Planeta, 2009, pp. 200-201.
[8] Algunas referencias en este sentido son: Nazanín Armanian, «23 verdades incómodas sobre el Estado Islámico», Público.es, 27/10/2014: http://blogs.publico.es/puntoyseguido/2177/23-verdades-incomodas-sobre-el-estado-islamico/ ; «Reflexiones sobre el Estado Islámico con el Coronel Pedro Baños Bajo», La Tribuna del País Vasco, 03/08/2015: http://latribunadelpaisvasco.com/not/3297/reflexiones-sobre-el-estado-islamico-con-el-coronel-pedro-banos-bajo/; «En Claves: ¿Quién financia al Estado Islámico?», 21/08/2014: http://www.telesurtv.net/news/Quien-financia-al-Estado-Islamico-20140821-0026.html; Daniel Estulín, Fuera de control, Planeta, 2015.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

laico, comandado por Sadam Hussein y su partido Baaz, que venía siendo protegido por Estados Unidos para evitar la expansión regional del régimen chií de Irán. Era este último muy hostil hacia los intereses norteamericanos y la preeminencia de Israel en Oriente Medio, protegida esta última sistemáticamente desde Washington como valladar frente al desarrollo de un sentimiento panarabista en el entorno. Sin embargo, Estados Unidos había estado armando secretamente a Irán (junto a la ayuda expresa a Irak) en la guerra que sostuvieron mutuamente durante ocho años (1980-1988) para propiciar su desgaste mutuo y evitar la supremacía de cualquiera de ellos en una zona vital por sus riquísimos recursos petrolíferos[9].

En 1990, Irak se hallaba agotado por la guerra y sin salida al mar debido al estado-tapón artificial de Kuwait creado por Gran Bretaña. Sus pretensiones de subir el precio del petróleo para recuperar su economía fueron desoídas por la OPEP, y calculando mal la capacidad disuasoria de una URSS en plena descomposición, **Sadam Hussein invadió Kuwait para hacerse con sus pozos petrolíferos** (y forzar así la bajada de los precios) y lograr la ansiada salida al mar. Esta acción desató todas las alarmas entre las potencias occidentales, que inmediatamente consideraron la agresión iraquí una amenaza gravísima a sus intereses en la zona y conformaron una coalición, comandada por Estados Unidos, para forzar la retirada iraquí de Kuwait. Sin embargo, cuando Hussein quiso rectificar ya no hubo vuelta a atrás. La guerra era inevitable.

La **primera guerra de Irak** fue llevada a cabo durante el mandato de G.H.W. Bush y **tuvo como objetivo destruir Irak.** Los bombardeos, llevados a cabo sobre todo el país, fueron sistemáticos, pero no se llegó a consumar una ocupación de su territorio. Aunque no se logró el objetivo de derrocar a Sadam, que pudo mantenerse en el poder, Irak fue sometido a durísimas sanciones económicas que causaron estragos entre la población civil (se calculan unas 5.000 muertes al mes de niños menores de cinco años que hubieran podido evitarse con una atención médica adecuada, vetada por el bloqueo).

Fue también en esta década de los noventa, con los atentados al World Trade Center de Nueva York (1993) y a las embajadas norteamericanas en Kenia y Tanzania

[9] Fue la llamada operación Irán-Contra, por la cual la CIA financiaba la ayuda a la «contra» nicaragüense con los beneficios obtenidos de la venta de armas a Irán (con intermediación israelí), pretendiendo evitar con ello que recibiera ayuda soviética; una operación que se producía aun cuando Reagan había pedido a todos sus aliados que no vendieran armas al país shií, al que se consideraba que daba apoyo al terrorismo. Por su parte, la «Contra» era un ejército irregular que actuaba desde Honduras para derrocar al gobierno sandinista (de carácter izquierdista y antiimperialista), que había accedido al poder con el derrocamiento de la dictadura de Anastasio Somoza en Nicaragua.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

(1998), **cuando los norteamericanos empezaron a perseguir el terrorismo islámico** y a su viejo aliado en Afganistán, Osama Bin Laden. Este último y su organización al-Qaeda consideraban a los Estados Unidos un país impío y erosionador de la identidad islámica, aparte de que se encontraban convencidos de que su posicionamiento prosionista pondría en peligro a los países árabes de todo Oriente Medio. Por su parte, los Estados Unidos empiezan a considerarlo un grupo terrorista que amenaza la seguridad del país y de todo Occidente, así como la estabilidad de los países árabes aliados. Es entonces cuando **comienza también la retórica de la «guerra contra el terror»**, que va tomando un sentido preferentemente religioso. Y efectivamente se produce en estos años, como queda dicho, un resurgimiento de la violencia de signo religioso, si bien desgraciadamente dicho discurso fue también alentado desde el momento en que convenía para cubrir el vacío producido tras la disolución de la Unión Soviética y justificar el nuevo liderazgo mundial norteamericano. Planteamientos como el de Samuel Huntington y su *Choque de civilizaciones* (1993), que presentaba como inevitable la confrontación entre las mismas en la nueva era, contribuyeron eficazmente a ello.

A pesar de los informes, tanto del FBI como de la CIA y otros organismos, acerca del riesgo de un ataque terrorista contra los Estados Unidos, parece que la administración Bush no prestó demasiada atención a tales indicios. Así pues, **la mañana del 11 de septiembre de 2001 tuvo lugar el ataque**. Cuatro equipos de al-Qaeda secuestraron sendos aviones, dos de los cuales los hicieron estrellarse contra las torres gemelas del *World Trade Center* de Nueva York, causando cerca de tres mil muertos, mientras que un tercero lo hizo contra el edificio del Pentágono en Washington. El cuarto avión no logró su objetivo (al parecer, el Capitolio, situado asimismo en Washington) gracias a la resistencia ofrecida por los pasajeros.

Según el historiador G. Kepel, **un ataque terrorista de tamaña envergadura tenía como objetivo provocar una gran movilización social en el mundo islámico** contra las potencias occidentales en pro de la defensa del islam. Según él, previendo la reacción represiva del gobierno norteamericano ante los atentados, especialmente sobre la población de Afganistán, los islamistas de al-Qaeda esperarían que la misma provocara una ola de solidaridad por la causa de la defensa y expansión del islam en todo el mundo. El recurso al terrorismo, según el mismo autor, constituía una estrategia que respondía al hecho de que los movimientos islamistas sufrían un proceso de división y decadencia en todo el mundo durante los años noventa que trataba de esta forma de ser superado.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

En algunos países de fuerte base musulmana (Egipto, Argelia…), las distintas fuerzas islamistas no habían logrado hacerse con el poder, al contrario de lo esperado, mientras que, en otros, como era el caso de Irán, el poder islamista se ponía en entredicho por una oposición que adoptaba argumentos y demandas que sintonizaban con los de Occidente. Junto a ello, resulta evidente que el apoyo incondicional de los Estados Unidos al régimen de Israel hacía que se hubiera estado incubando el resentimiento árabe durante décadas. En efecto, el permanente acoso del poder israelí hacia la población palestina, sometida a una constante mengua de su territorio y a continuas violaciones de sus derechos humanos, se mantenía impune pese a las numerosas condenas de las Naciones Unidas, vehiculadas sobre todo a través de su Asamblea General, puesto que estas resultaban vetadas sistemáticamente por el Consejo de Seguridad.

De todas formas, cabe decir aquí, aunque sea muy brevemente, que **la dinámica de enfrentamiento islam - «occidente»** obedece a unas causas complejas y profundas a las que ya se aludió en el tema anterior. En el fondo, se trata de la contradicción, que parece difícilmente superable, entre una concepción del mundo cuyos valores se fundamentan en sí mismos (puesto que su origen se entiende revelado) y otra cuya tendencia es a considerar, cada vez más, a los suyos propios como fruto del consenso. Tomados como modelos puros, se presentarían, en última instancia, como modelos de civilización inconciliables, pues el triunfo de las concepciones de una de ellas implica inevitablemente la anulación de los presupuestos de la contraria[10].

Los hechos de los atentados del 11 de septiembre de 2001 tuvieron una enorme trascendencia tanto en el ámbito interno como externo a Estados Unidos. Por vez primera desde Pearl Harbor -y esta vez con una contundencia y espectacularidad mucho mayores por afectar al corazón financiero y político-militar del país y por implicar una matanza de civiles- la potencia norteamericana se presentaba como vulnerable. En un principio, pudo considerarse como una victoria propagandística para la causa fundamentalista islámica, tanto por el impacto visual de los ataques -que alcanzó rápidamente, por la omnipresencia televisiva, todos los rincones del mundo- como por la demostración de su capacidad logística al haber podido penetrar y burlar puntos tan sensibles de la seguridad y el poder norteamericanos. Tales hechos evidentes no solo provocaron una reacción de enorme dureza en el gobierno, sino que dieron lugar a una nueva política que, sin embargo, se encontraba en parte prediseñada, aunque a partir de

[10] Puede verse el tratamiento de esta problemática más en extenso en Almansa, R. M. (2015). «Esencia de lo social y conflicto de identidades en las sociedades contemporáneas», en Cano Ruiz, Isabel (ed.), *Identidad religiosa y relaciones de trabajo. Un estudio de la jurisprudencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos*. Granada: Comares.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

este momento pretendería haber encontrado plena legitimidad. Así pues, en el ámbito interno los atentados favorecieron un claro reforzamiento del poder presidencial y de las facultades del gobierno, permitiéndole vulnerar incluso la esfera privada y el habeas corpus (especialmente a través de la Patriot Act de octubre de 2001, renovada por Obama en mayo de 2011). El clima de terror creado se empleó para justificar métodos para la lucha contraterrorista que infligían claramente los derechos humanos, como vino a suceder en la cárcel de Guantánamo, en la de Abu Grahib y en otras cárceles secretas esparcidas por todo el mundo[11]. Por otra parte, la inexistencia de un enemigo claramente identificable vino a reforzar la estrategia de extensión del poder norteamericano a escala global. Fue la llamada «guerra contra el terror» de G. W. Bush. Al mismo tiempo, la escalada de atentados continuó. Así, en 2004 tiene lugar un atentado terrorista en Madrid (con 191 muertos), el mayor de su historia, mientras que Londres sufre otro ataque al año siguiente.

El conocimiento de que los atentados del 11 de septiembre habían sido organizados desde Afganistán (aunque al parecer no hubo afganos implicados), trajo consigo que los esfuerzos de la CIA se centraran en tratar de capturar a Bin Laden. Aunque este no llegó nunca a reivindicar la autoría personal de los atentados, en unas declaraciones televisadas en octubre se congratulaba de que «Alá hubiera bendecido a un grupo de musulmanes de vanguardia, privilegiados del islam, para destruir América». Puesto que no resultaba factible una invasión a corto plazo del país afgano, **se organizó una breve campaña (denominada «Libertad duradera») a finales de ese mismo año** (octubre-diciembre de 2001), que contó con el apoyo de los señores de la guerra del norte (principalmente uzbecos y tadjicos), grandes operaciones de bombardeo y el apoyo de unidades de tropas especiales. La invasión fue llevada a cabo a través de una coalición internacional comandada por los Estados Unidos. A esta coalición se unirían fuerzas internacionales del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, de las que pronto tomaría el control la OTAN.

Se trató de un modelo de guerra de aparente éxito que trató de aplicarse posteriormente en Irak. Sin embargo, y aunque parecía haberse logrado la retirada de los talibanes, muchos de ellos lograron refugiarse en las regiones montañosas, mientras que un considerable número logró escapar hacia Pakistán. Mientras que el dictador pakistaní,

[11] Unos métodos de «guerra sucia» practicados por la CIA que han sido reconocidos oficialmente por el Senado norteamericano, si bien el informe niega que estos extremos fueran conocidos por el presidente Bush y otros altos cargos del gobierno. Cfr. el diario *El País*, 10 de diciembre de 2014.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Musharraf, prometía colaboración a los norteamericanos, lo cierto es que le resultaba difícil variar su tradicional política de apoyo a los talibanes afganos.

Una vez concluida la operación, se formó un gobierno provisional escasamente representativo a cuyo frente se situó un personaje de la etnia pashtun escogido por los norteamericanos, **Hamid Karzai**. Un gobierno sostenido por los señores de la guerra, muchos de los cuales no dejaban de ser fundamentalistas, y que hicieron de Afganistán el mayor productor de opio del mundo. Aunque muchos talibanes pretendieron integrarse en el nuevo proceso político, desmarcándose de al-Qaeda, su iniciativa encontró escasa acogida, de manera que **a partir de 2003 volvieron a ocupar el territorio**, financiándose con el dinero de la droga y siendo ayudados secretamente por los pakistaníes. **La insurgencia talibán ha continuado desde entonces**, manteniéndose el país en una elevada inestabilidad, al tiempo que permanecen en su suelo contingentes de los Estados Unidos y la OTAN para el asesoramiento de las tropas afganas. Según un estudio de la BBC de la segunda mitad de 2017, los talibanes controlaban entonces en Afganistán aproximadamente el 70% del país, lo que pone de manifiesto la debilidad del gobierno y el ejército. Resulta altamente improbable, por otra parte, que la OTAN decida retirarse de Afganistán, ya que «Afganistán se ubica en el corazón de Asia, es vecino de China, comparte frontera con el antiguo espacio soviético, con Irán y con India. No existe un país más estratégico para la OTAN. Si Estados Unidos mantiene la ocupación de Afganistán podrá controlar a superpotencias actuales como Rusia y China, o a las "emergentes" como India e Irán»[12].

Por otra parte, hay que decir que **Osama Bin Laden fue supuestamente ejecutado por soldados de élite norteamericanos** en mayo de 2011 en Pakistán en una operación que resultó muy polémica, pues al parecer pudo habérsele capturado vivo, ya que según algunas hipótesis se hallaba desarmado. Por otra parte, su cuerpo fue arrojado al mar y no se le practicó autopsia alguna, algo que fue criticado por los aliados de Estados Unidos[13].

Tras la operación afgana, el siguiente objetivo se concentró en Irak, aunque al parecer el objetivo iraquí existía con anterioridad a los atentados del 11 de

[12] S.A. (2016), «Un caos controlado. Entrevista a Nazanin Armanian», *El Viejo Topo*, nº 339, abril Disponible en: http://www.elviejotopo.com/articulo/un-caos-controlado-entrevista-a-nazanin-armanian/

[13] Algunas de las interpretaciones y reacciones ante los hechos en Chomsky, N. (2011). *La era Obama*. Barcelona: Pasado & Presente, p. 219 y ss.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

septiembre[14]. No obstante, la **segunda guerra de Irak**, que se desarrolló entre 2003 y 2011, pretendió en parte justificarse por las **supuestas relaciones entre el dirigente iraquí y el terrorismo internacional**, concretamente el de al-Qaeda, que no se han demostrado. Pero la principal de las razones aducidas oficialmente, la de la presencia de armas de destrucción masiva por parte del régimen de Sadam Hussein, resultó falsa.

Así pues, las causas de la segunda guerra de Irak, que esta vez estuvo acompañada de la invasión y ocupación de su territorio, resultan complejas. Lo que sí parece cierto es que Irak formaba parte del nuevo rumbo tomado por la política exterior norteamericana, formulada especialmente con la presidencia de Bush hijo, quien vino a expresar su propósito de combatir a una serie de países que formaban parte del llamado «eje del mal», concretamente Irak, Irán y Corea del Norte. Lo que asimismo parece alumbrarse es que los norteamericanos contaban con una concepción excesivamente simplista del complejo tablero de Oriente Medio, al pensar que una intervención rápida en Irak que derrocara el régimen autocrático de Hussein lograría transformar políticamente la región, fomentando los estados moderados y favorables a Israel, siguiendo el modelo egipcio, y permitiendo a las tropas norteamericanas retirarse de Arabia Saudí, donde su permanencia traía consigo brotes de antiamericanismo. Por otro lado, aunque no fue expresado en público, es muy probable que la riqueza petrolífera iraquí constituyera un factor de peso para la intervención.

La guerra de Irak, pues, responde a la nueva concepción del intervencionismo americano, gestada ya con Bush padre y con Clinton, para evitar la «vietnamización» de los conflictos. Pretendía, por tanto, una intervención rápida, preferentemente con medios aéreos y de alta tecnología, y que contase con el máximo apoyo internacional posible, cosa que se logró. Sin embargo, no se previó la capacidad de resistencia ulterior, tanto en Irak como en Afganistán, lo que condujo en última instancia al fracaso de las operaciones y a no lograr los objetivos previstos.

Así pues, **se inició la invasión el 20 de marzo de 2003** por parte de una coalición de treinta y cuatro países (muchos con colaboraciones puramente simbólicas) liderada por los Estados Unidos. El avance, apoyado por misiles y aviones de combate, se logró sin apenas resistencia, provocándose la casi inmediata caída del régimen de Hussein y produciéndose en Bagdad un inmenso expolio de obras arqueológicas y de arte.

[14] Fontana, J. *Por el bien…*, *cit*., p. 849.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Fue entonces cuando puede decirse que **se inicia una auténtica guerra contra el invasor**, al tiempo que una guerra civil entre suníes, chiíes y kurdos en el interior del país, que vive un completo caos. Son frecuentes los actos de terrorismo que se atribuyen a «radicales islamistas, miembros de al-Qaeda, baasistas marginados y toda clase de descontentos con la ocupación norteamericana[15]». En este clima de desorden y violencia se formaría un gobierno provisional bajo control norteamericano (que ejecutó al expresidente Sadam Hussein) y se convocarían elecciones, pese a lo cual la normalidad distó mucho de alcanzarse. Los nuevos gobiernos estarían dominados por chiíes y kurdos (con lo cual los suníes se sentían desplazados), mientras la ocupación norteamericana continuó, la corrupción y la arbitrariedad eran rampantes, la actividad de la insurgencia muy alta y fue va imponiendo, cada vez con mayor dureza, la ley islámica.

El **balance de la guerra resulta francamente desastroso** y de amplias y sombrías consecuencias. El ejército norteamericano sufrió unas 5.700 bajas, lo que favoreció la contratación de personal mercenario, al margen de toda jurisdicción, por lo que sus brutalidades y crímenes resultaron muchas veces impunes. Se calculan unos 660.000 muertos iraquíes, a los que habría que añadir los desplazamientos de población, que afectaron a unos cuatro millones.

En cuanto al **coste económico de la guerra para los Estados Unidos**, se han llegado a calcular hasta unos tres billones de dólares, lo que ayuda a comprender por qué las guerras de Irak y también de Afganistán contribuyeron a elevar extraordinariamente el volumen de deuda pública en aquel país. Unos gastos que, además, se relacionan estrechamente con los intereses de las empresas privadas de armamento, muchas veces vinculados a políticos de primera línea.

La desestabilización tanto de Irak como de Afganistán trajo consigo un nuevo fortalecimiento de las opciones fundamentalistas en el interior de estos países, previamente alimentadas para debilitar a los regímenes anteriormente existentes. Al mismo tiempo, dichas opciones fundamentalistas se han extendido por todo el mundo. La propia al-Qaeda ha encontrado un eco considerable en países como Pakistán, Indonesia, Arabia Saudí o Nigeria, apoyándose en circunstancias que la favorecerían, como persistentes guerras civiles, pobreza, atraso e ignorancia de buena parte de la población, condiciones sociales de gran injusticia (como el mantenimiento de la esclavitud), una fuerte misoginia, etc.

[15] Fontana, J. *Por el bien…*, *cit.*, p. 858.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Con el objetivo de hacer frente a la invasión norteamericana de Irak en 2003 surgió el que posteriormente fue denominado **Estado Islámico de Irak**. Se trataba de una organización paralela o próxima a al-Qaeda, también suní, de la cual se desgajará a partir de 2013. Apoyándose en el caos iraquí, fue extendiendo los territorios bajo su control (por el centro y norte del país) enfrentándose con las fuerzas regulares, respaldadas a su vez militarmente por Estados Unidos. A pesar de varios reveses, la organización logró fortalecerse extraordinariamente con el estallido de la guerra civil siria a partir de 2011. A partir de ese momento se constituye como **Estado Islámico de Irak y del Levante (ISIS)** y extenderá ampliamente los territorios bajo su control en ambos países. Esta nueva denominación respondía a que su objetivo consistía en unificar bajo un solo califato todas las tierras de Irak y el Levante mediterráneo. De hecho, en Irak llegará a controlar o tener influencia en buena parte del norte del país y algunas ciudades estratégicas del centro, como Faluya, próxima a Bagdad. **En Siria** llegó a ser la organización con mayor extensión de territorios bajo su control. En este último país **constituyó desde el comienzo de la guerra una de las principales fuerzas de oposición al régimen de Bashar al-Asad, al que intentó derrocar**. Al mismo tiempo, combatió también a algunas fuerzas de la oposición siria, tanto islamistas como no islamistas. En 2014 la organización pasará a denominarse solo **Estado Islámico (EI)**, en alusión a su voluntad de expansión mundial.

A partir de este momento, la situación resulta enormemente equívoca y controvertida, ya que **la guerra siria se ha constituido como una especie de guerra civil internacional**, con numerosos actores implicados. Así, **Estados Unidos y sus aliados combatían al Estado Islámico en Irak, pero sus objetivos coincidían en parte con este último en el caso de Siria**, ya que una de las grandes aspiraciones de los gobiernos norteamericanos durante mucho tiempo ha sido el de desgastar y derrocar a su régimen laico. El gobierno sirio de al-Asad era, efectivamente, el principal aliado de Irán y también de Rusia en la región. Y, tal y como resulta explícito en la política exterior norteamericana desde hace décadas, el control de Irán (por su riqueza en hidrocarburos, peso poblacional y extensión territorial) constituye seguramente su principal objetivo en Oriente Medio. Rusia e Irán, a su vez, han combatido como aliados en la guerra de Siria contra el Estado Islámico, si bien, en este caso, se han mostrado favorables al régimen de Asad. **También en el caso de Libia**, donde actuó una coalición internacional en 2011 para acabar con el régimen de Gadafi, esta se apoyó asimismo en una oposición de carácter fundamentalista, vinculada en algunos casos a al-Qaeda. Es por ello que algunos autores y analistas internacionales han acusado a Estados Unidos y a sus aliados (como las monarquías del Golfo) de connivencia o tolerancia, al

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

menos parcial, con el Estado Islámico o con al-Qaeda en Siria[16], una tesis que apoya también la propia Rusia. Por su parte, **tanto Israel como Arabia Saudí tienen el máximo interés en disminuir la influencia de Irán en la zona**, máxime cuando la segunda está viendo debilitada su influencia por un Irak que ha resultado ser, a la postre, chií, por una política de precios bajos del petróleo que, aunque proyectada contra Irán, le pasa factura a ella misma, y por una política de intervencionismo activo (en Siria, en Yemen y en otros escenarios) que le supone crecientemente un lastre.

Más allá de todas las discutidas hipótesis apuntadas anteriormente, no deja de resultar sorprendente que **una organización militar como la OTAN**, la más poderosa del mundo, **no haya podido destruir totalmente a una organización como el Estado Islámico**, relativamente reducida, que no cuenta con aviación, ni helicópteros, tanques o misiles, habiendo destruido en poco tiempo, en cambio, estados mucho más organizados y pertrechados, como fue el caso de Irak o Libia. El propio presidente Obama anunció en su momento que la guerra contra el Estado Islámico podría durar treinta años. Semejante paradoja ha llevado a algunos autores a abrazar la **teoría del "caos controlado"**, creada por Steven Mann, experto en política exterior de los Estados Unidos y él mismo colaborador durante años del Departamento de Estado. Según esta teoría, la desestabilización permanente constituiría un arma política que supuestamente podría estar siendo empleada por ese país para la defensa de sus intereses nacionales y para salvaguardar, en última instancia, su propia seguridad. De esta forma, se trataría de promover guerras permanentes e inacabables, fragmentación territorial o alentar movimientos de oposición que desgastarían a enemigos potenciales o reales, y que convertirían a estados antes organizados en Estados "fallidos". Esta desestabilización, fragmentación territorial o, incluso, reducción al caos, han tenido lugar en Afganistán, Irak, Libia, Siria, Somalia, Mali o Sudán del Sur, entre otros, o, incluso, en algunos países del Este europeo o de Asia central, como ocurrió con Yugoslavia, y también, en parte, Ucrania o Georgia. No obstante, no puede olvidarse que este tipo de situaciones también perjudican a la potencia norteamericana y a sus aliados, desde el momento en que ha

[16] Como señalaba una analista, «El "Yihadismo" es una criatura del Pentágono, Israel y el Reino Unido, como confirma el exempleado de la NSA Edward Snowden o *The New York Times* (del 24 de marzo de 2013), que revelaba que la CIA había enviado toneladas de equipos militares a los rebeldes vía países árabes y Turquía.» Cfr. ARMANIAN, Nazanin (26/12/2018), «Nueve hipótesis sobre la (no) salida del ejército de EEUU de Siria», *Público*. Disponible en: https://blogs.publico.es/puntoyseguido/5376/nueve-hipotesis-sobre-la-no-salida-del-ejercito-de-eeuu-de-siria/. El artículo aludido es el de CHIVERS, C. J.; SCHMITT, Eric (24/03/2013), «Arms Airlift to Syria Rebels Expands, With Aid From C.I.A.», *New York Times*. Disponible en: https://www.nytimes.com/2013/03/25/world/middleeast/arms-airlift-to-syrian-rebels-expands-with-cia-aid.html

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

aumentado exponencialmente la inseguridad -y, con ello, el coste- en las actividades económicas, hasta el punto de llegar a hacerse inviables en algunos casos.

Por otro lado, el fenómeno del yihadismo global y del terrorismo asociado resulta enormemente controvertido por otros aspectos. En efecto, el fundamentalismo del Estado Islámico (como el de otras organizaciones similares o afines) es de carácter wahabita (corriente sunita oficial en Arabia Saudí), y, de hecho, se sospecha que la propia Arabia Saudí haya podido estar detrás de algunos atentados llevados a cabo tanto en suelo europeo (como el de Londres en 2005 o el de Volvogrado en 2013) como detrás del gran atentado del 11-S en Estados Unidos, según la propia CIA.[17] Uno de los objetivos de semejante política pudiera ser el de presionar a diversos estados para yugular definitivamente a Irán, o, en el caso de Rusia, forzarle a romper su alianza con el presidente sirio y con el mismo Irán. De hecho, el estado saudita se ha convertido en el segundo gran importador de armas del planeta, al tiempo que ha presionado eficazmente a Trump para romper el acuerdo nuclear con Teherán.

Por otro lado, **conviene subrayar el impacto que el fenómeno del terrorismo está teniendo a nivel internacional**. Por un lado, se argumenta en ocasiones que las políticas antiterroristas son aprovechadas para aumentar el control social, y que los atentados son instrumentalizados políticamente para tratar de crear unidad en sociedades cada vez más fracturadas y sometidas a crecientes crisis de legitimidad. No obstante, parece claro que **la inestabilidad de todo Oriente Próximo y Medio está trayendo consigo serias consecuencias a las sociedades occidentales**, como es el caso de la ola de refugiados que llega a Europa, o el aumento del reclutamiento de yihadistas entre los colectivos musulmanes deficientemente integrados. No cabe duda de que estas circunstancias están siendo aprovechadas por movimientos reactivos ante las consecuencias indeseadas de la globalización para dar lugar a políticas de reforzamiento nacionalista o identitario de carácter excluyente. Se trata, pues, de fenómenos que traen consigo **secuelas de inestabilidad política y social**, pues no cabe duda de que guardan una inevitable relación con procesos de tanta trascendencia como las tendencias

[17] Véase, por ejemplo, ERICE, Manuel (11/09/2016), «Proceso a Arabia Saudí, el último sospechoso del 11-S», *ABC*. Disponible en: https://www.abc.es/internacional/abci-proceso-arabia-saudi-ultimo-sospechoso-11-s-201609111117_noticia.html. Y también: COLÁS, Xavier (29/12/2013), «Ataque islamista contra los Juegos Olímpicos de Sochi», El Mundo. Disponible en: https://www.elmundo.es/internacional/2013/12/29/52bfef6d268e3e18628b456d.html. Y: ARMANIAN, Nazanin (07/09/2017), «¿Por qué Arabia Saudi utiliza el terrorismo "yihadista" en Europa?», *Público*. Disponible en: https://blogs.publico.es/puntoyseguido/4162/por-que-arabia-saudi-utiliza-el-terrorismo-yihadista-en-europa/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

centrífugas de la Unión Europea, o la crisis de legitimidad de las instituciones a muchos niveles.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Tema 4. El debilitamiento del proyecto europeo y la rivalidad con Rusia

Aunque antiguo, **el proyecto de unidad europea** resurge con fuerza con el final de la II Guerra Mundial y los inicios de la guerra fría. Efectivamente, el proyecto europeo nacía con dos pretensiones fundamentales. Por un lado, evitar o minimizar los riesgos de una nueva confrontación europea tras los devastadores efectos de la reciente contienda mundial, que se había iniciado en buena medida por rivalidades entre países europeos. De hecho, en los primeros años, se creó **un eje franco-alemán** (estos dos países habían sido clave en las rivalidades del continente) que fue el que sustentó el proceso de construcción europea durante más de dos décadas.

Pero, por otra parte, la construcción del proyecto europeo se explica en el contexto de la **política de contención a una Unión Soviética** vencedora en la Segunda Guerra Mundial. Aunque la URSS había quedado devastada por la guerra, su área de influencia era extensa a raíz de la participación decisiva del Ejército Rojo en la liberación de territorios europeos del fascismo, que llegó, hacia el oeste, hasta Berlín. Por otro lado, por su actuación decisiva en la guerra, su grado de prestigio se encontraba alto, incluso en la Europa occidental, donde la fortaleza de los partidos comunistas era notable. Es por ello (y por la propia devastación de Europa, que la hacía potencialmente susceptible a las ideas socialistas) que **desde Estados Unidos** (que, por el contrario, salía muy fortalecido de la guerra) **se consideró crucial la construcción de una Europa occidental fuerte y próspera** que pudiera~~n~~ contener la influencia de la URSS y de toda su órbita de países socialistas. De ahí **el inicial apoyo norteamericano al proceso de construcción europea**.

Así pues, resulta claro que **el proceso de construcción europea se fundamentó en buena medida en función del nuevo juego de fuerzas creado por la guerra fría** tras la gran contienda mundial. Era de esperar que, con la finalización de la propia guerra fría (a inicios de los años 90), el proyecto europeo pudiera entrar en crisis, como efectivamente ha ocurrido.

Naturalmente, aquel ha distado mucho de ser homogéneo y ha contado con grandes dificultades, pero puede afirmarse que tales escollos se hicieron mayores con **la desaparición del ciclo económico de prosperidad** que había tenido lugar durante las dos décadas que siguieron a la segunda guerra mundial. Así, a partir de comienzos de los años setenta (coincidiendo con las graves dificultades económicas sobrevenidas con la crisis del dólar y del petróleo), «**los EEUU se retiraron a una posición más vigilante cuando Nixon y Kissinger se dieron cuenta de que la Europa**

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

occidental podía llegar a convertirse en una gran potencia rival[1]». Por otra parte, pesar de su integración en la entonces Comunidad Económica Europea en 1973, Gran Bretaña continuó jugando un papel ambivalente, cuando no abiertamente reacio, al proceso de construcción europea. En los **años ochenta**, con la conservadora Margaret Thatcher en el poder y el cambio de signo económico, la posición «euroescéptica» de Gran Bretaña ganó peso. Al mismo tiempo, existió una tendencia general a partir de entonces a la adopción de **políticas económicas neoliberales** que no hicieron sino fortalecerse desde ese momento, y que trataban de dar respuesta a las limitaciones de las propias políticas económicas keynesianas, predominantes desde el fin de la guerra.

Los años noventa constituyen un giro radical en la geopolítica mundial por ponerse fin a la era de la guerra fría. En octubre de 1990 se logra la reunificación alemana, integrándose la antigua Alemania Oriental en la Comunidad Europea, y en 1992 se firma el **Tratado de Maastricht o de la Unión Europea**. Con él se avanzaba en el proceso de construcción política, al aparecer por primera vez los conceptos de política exterior y de defensa común. Asimismo, se ponían las bases de la consecución de la Unión Económica y Monetaria (UEM), que culminaría con la introducción del euro como moneda única en 2002. Sin embargo, en ello habría excepciones importantes. Quedaron fuera Gran Bretaña, Dinamarca y Suecia, a los que se añadirán algunos estados de las últimas ampliaciones, llevadas a cabo en 2004, 2007 y 2013[2]. La UEM suponía inevitablemente la pérdida de la capacidad, por parte de los gobiernos de los estados nacionales, de la gestión de la propia política monetaria, que quedaba supeditada al Banco Central Europeo. **La política económica en realidad quedaba fuera del control del poder político, conforme a los principios del neoliberalismo económico**, a lo que se unía el hecho de la inexistencia de una autoridad gubernativa única. De hecho, «la independencia de los bancos centrales respecto del gobierno y del parlamento es uno de los dogmas del neoliberalismo[3]».

Con el **Tratado de Niza**, que entró en vigor en 2003, se gestionó la ampliación a ocho estados del Este más Chipre y Malta. Una **extensión al Este** que era consecuencia de

[1] Anderson, Perry (2012). *El Nuevo Viejo Mundo,* Madrid: Akal, p. 36.
[2] En 1995 se habían integrado a la Unión Austria, Suecia y Finlandia. En 2004 se produjo una gran ampliación por medio de la incorporación de diez estados: Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta, Polonia, República Checa y Chipre. Era la Europa de los veinticinco. En 2007 se incorporan Rumanía y Bulgaria, y en 2013 Croacia, dando lugar a la actual Unión de veintiocho estados.
[3] Estévez Araújo, José A. (25/3/2013). «La Unión Europea en perspectiva», *Mientras Tanto*, Disponible en http://www.mientrastanto.org/boletin-112/ensayo/la-union-europea-en-perspectiva#sthash.LLnQJ4ku.dpuf

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

la desaparición de la URSS, y por tanto también de lo que había sido su zona de influencia.

> «Sin duda alguna **el gran triunfador de Niza fue Alemania**, quien, al ser el estado más poblado, se convertía en el elemento principal de la Unión Europea gracias a la introducción del criterio del número de habitantes en las decisiones por mayoría cualificada, hecho del que a su vez se deriva la obtención del máximo número de votos en el Consejo de Ministros así como el mayor número de diputados en el Parlamento Europeo[4]».

Así pues, **a partir de los años noventa la supremacía de una Alemania reunificada en la Unión se va haciendo incontestable**. Por un lado, se derrumbaba todo el bloque del Este, abriéndose así para ella un campo inmenso de influencia. La enorme **ampliación al Este de la Unión Europea**, efectuada en un tiempo récord, suponía un desafío a las instituciones comunitarias, capaces a duras penas de asimilar la coordinación y gestión de la ampliación. Desde el punto de vista económico favoreció la deslocalización de empresas alemanas, muchas de las cuales se trasladaron al Este, donde contaban con mano de obra cualificada, pero con bajos salarios, lo cual benefició en última instancia a la economía germana, si bien a costa de una contención de salarios en el interior. Según Perry Anderson, este proceso acabaría redundando en una pérdida de competitividad de las economías periféricas de la Eurozona[5]. Por otro lado, **el proceso de unión económica y monetaria tampoco resultó equitativo**, puesto que en la práctica benefició a las economías más fuertes frente a las débiles, y convirtió al Bundesbank (banco central alemán) en director de la política monetaria europea.

El aumento de la influencia alemana en Europa resultó bien visible con el **estallido de la crisis yugoslava en los años noventa**. Aunque el estado yugoslavo presentaba tensiones y problemas internos a principios de esa década, el proceso separatista fue alentado con el rápido reconocimiento de las independencias de Eslovenia y Croacia en diciembre de 1991 por Alemania, a lo que se unirían otra serie de reconocimientos (como el de Bosnia-Herzegovina en 1992) que trajeron consigo el paroxismo nacionalista de uno y otro signo, sustentado en muchas ocasiones por grupos paramilitares. Aunque las fuerzas de las Naciones Unidas intervinieron en el conflicto, con poco éxito, serían finalmente las fuerzas de la OTAN las que intervendrían militarmente para poner fin a la guerra y establecer las nuevas reglas de la paz.

---

[4] Gavín, V. (2004). «Europa: de Solidarnosc a la Constitución Europea», en *Fin de siglo. Las claves del siglo XXI*, en «Historia Universal», 20, Madrid, Salvat, El País, p. 242.
[5] Anderson, Perry (2012). «A posteriori», *New Left review*, nº 73, p. 49.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Por otro lado, hay que decir que la **ampliación al Este europeo de la Unión**, efectuada sobre todo a partir de 2004, supuso, como se ha dicho, no solo problemas de funcionamiento institucional interno, sino también de reparto de los fondos estructurales y otras ayudas previstas para los países con menores niveles de renta en su seno. El hecho de que cincuenta y dos de las cincuenta y seis regiones que ingresaban dispusieran de un PIB *per cápita* inferior al 75% de la media comunitaria, y que el resto de países no estuviera dispuesto a aumentar sus contribuciones, hizo que, al bajar media comunitaria de nivel por la ampliación (el llamado «efecto estadístico»), regiones que antes percibían esas ayudas superaran ahora esa media, y por tanto se vieran privadas de las mismas. Esto, unido a las dificultades económicas de muchos países y al aumento o mantenimiento de las diferencias relativas entre regiones, ha contribuido asimismo a "enfriar" el sentimiento europeísta.

En octubre de 2004 tuvo lugar la firma de un **proyecto de Constitución Europea** por parte de los Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea. Dicho proyecto era importante porque suponía la afirmación de unos principios comunes generales tanto a nivel de identidad común como políticos y económicos. Sin embargo, la crisis del proyecto europeo se manifiesta abiertamente a partir de que **tanto Francia como Holanda rechazaran en referéndum en 2005 el proyecto constitucional**. Como intento de compensación a este escollo, se firma en diciembre de 2007 el **Tratado de Lisboa**, pero éste es **rechazado por Irlanda** en referéndum en 2008. El tratado había sido aprobado por los parlamentos de otros dieciocho estados miembros, pero era obligatoria la ratificación por referéndum en el caso irlandés. Esta situación bloqueó peligrosamente el proceso de unificación política, que quedaba nuevamente inacabado y con graves incertidumbres sobre su futuro.

A partir de ese año de 2008 se desató en Estados Unidos una virulenta crisis financiera que se trasladó rápidamente a Europa. La crisis afecta gravemente a esta última, que había creado a su vez sus propias burbujas financieras, y da lugar a graves tensiones en su seno, las cuales no resultaron gestionadas unitariamente, puesto que **la Unión se encontraba dividida en intereses nacionales contrapuestos**. El resultado será nuevamente la agudización de los desequilibrios internos. En 2010 se introdujo el **Mecanismo Europeo de Estabilización** que preveía el otorgamiento de préstamos a los países con dificultades. Sin embargo, la concesión de estos préstamos estaba condicionada a la adopción de **duras políticas de ajuste** dictadas en última instancia desde Berlín y que estaban también apoyadas por el Fondo Monetario Internacional. Estos planes de ajuste han afectado especialmente a los países de la periferia europea, como Grecia, Irlanda, Portugal y España, y han traído consigo tanto

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

reformas constitucionales impuestas desde Bruselas para fijar el equilibrio presupuestario, como cambios de gobierno.

> «En Italia, la erosión interna y la intervención externa se han combinado para reemplazar un gobierno parlamentario por otro tecnocrático, sin recurrir a las urnas [el gobierno de Mario Monti]. En Grecia, un régimen impuesto por Berlín, París y Bruselas ha reducido al país a una condición que recuerda a Austria en 1922, cuando la Entente (...) envió a Viena un alto comisionado encargado de dirigir la economía a su satisfacción. De manera prácticamente universal, las prescripciones para restablecer la fe de los mercados financieros en la fiabilidad de las intendencias locales incluyen recortes en el gasto social, liberalización de los mercados, privatizaciones de propiedades públicas: el repertorio neoliberal estándar, mezclado con un aumento de la presión fiscal[6]».

Se trata, pues, de unas circunstancias que no han hecho sino alimentar un **euroescepticismo creciente**, y que llegaron a amenazar en Grecia con la salida del euro.

Una de las manifestaciones más graves y evidentes de la crisis del proyecto europeo vino constituida por el **inesperado triunfo del *brexit*** en el referéndum británico de junio de 2016 acerca de la salida del país de la Unión. Este nuevo escenario ha introducido una fuerte incertidumbre tanto en el propio futuro del proyecto europeo como también en la propia economía británica. El resultado respondió en parte al miedo a la inmigración desarrollado en el país, pero también al deterioro en el nivel de vida de las clases medias y populares y a la propia desaceleración económica de la zona euro. En palabras del escritor y periodista Paul Mason, se trataba de «una falsa rebelión de los marginados contra los valores de una elite socialmente liberal y su proyecto de siempre: la pertenencia a la Unión Europea[7]». Es por ello que las grandes ciudades y las regiones más desarrolladas, amén de la *City* londinense, votaron a favor de la permanencia en la UE mientras las ciudades y los pueblos pobres optaron por la salida. Unas circunstancias de empobrecimiento, marginación o desempleo de una parte de la población que el mencionado autor atribuye al fracaso de las recetas neoliberales que empezaron a aplicarse con Margaret Thatcher en los ochenta y que han continuado hasta hoy, y que han recortado los salarios, los empleos productivos y la inversión pública. Por otro lado, hay que contar con que, desde la apertura de la Unión Europea a los países del Este a partir de 2004, «se empezó a recurrir a una mano de obra europea peor remunerada y que conoce sus derechos en menor medida», hasta el punto de que tres millones de oriundos de la Unión viven actualmente en el Reino Unido, a lo que habría que añadir la

[6] *Íbidem* p. 50.
[7] Mason, Paul (2016), «"Brexit", las razones de la cólera», *Le Monde diplomatique en español*, nº 250, agosto, p. 14.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

población inmigrante no europea. Todo ello ha provocado «la irrupción de [la] [...] xenofobia, durante mucho tiempo subyacente en regiones laboristas empobrecidas y [...] su fusión con el nacionalismo conservador tradicional en los suburbios y en las zonas rurales».

Un fenómeno que no solo se repite, aun con variantes, como veremos más adelante, en otros países europeos, sino que constituye, esencialmente, lo mismo que lo ocurrido en Estados Unidos, y que dio lugar al triunfo electoral de Donald Trump. No obstante, no puede olvidarse que **dichas políticas favorables a la inmigración fueron diseñadas, en el caso europeo, por las propias elites comunitarias** y su persecución de un férreo pragmatismo (como ya había preconizado la propia Thatcher para sus relaciones con Europa):

> «Uno de los logros -compartidos con Alemania- de esta estrategia [de pragmatismo] fue la ampliación, en 2004 y después en 2007, a los Estados de Europa central y del Este, que aumentó significativamente las posibilidades de *dumping* [especie de competencia desleal] social intracomunitario, en particular a través de la utilización de "trabajadores desplazados"[8]».

No obstante, **el proceso de separación de Gran Bretaña** está resultando muy complejo y abrupto, y parece estar dividiendo profundamente a la sociedad británica, además de provocar fuertes tensiones económicas en el conjunto de países afectados, debido al «elevado nivel de imbricación de las economías nacionales en el seno de la UE.» Por lo pronto, ya ha provocado una fuerte crisis en el seno del Partido Conservador británico, con la dimisión de la primera ministra Theresa May y el ascenso de Boris Johnson, paladín de los euroescépticos (y personaje altamente excéntrico e irreverente). El principal escollo para negociar la salida es el futuro de Irlanda del Norte: con el *brexit,* se restablecería una frontera física entre dos entidades estatales pertenecientes ambas hasta ahora al mercado único europeo: en el Sur, la República de Irlanda; en el Norte, una de las cuatro provincias del Reino Unido»[9]. Esta situación reabriría viejas heridas respecto a la pertenencia de esta disputada zona a uno u otro país. El panorama que se abre es crítico, pues al límite de la segunda prórroga establecida por Bruselas, el 31 de octubre de 2019, parecía imponerse la opción de una salida sin acuerdo, algo que el propio Johnson ha propiciado con sus posturas "fuertes" de afirmación frente a Bruselas. En todo caso, una de las consecuencias de la crisis (iniciada por el primer ministro

[8] Cassen, Bernard (2016), «El legado británico para Europa», *Le Monde diplomatique en español*, nº 249, julio p. 3. Y añade: «Peter Sutherland, verdadero oligarca de la mundialización liberal [...] sabe de qué habla cuando escribe: "Una de las ironías más desoladoras con respecto a un posible brexit es que Londres ha cosechado un éxito muy grande al construir una Unión Europea librecambista a su imagen y semejanza"».

[9] CASSEN, Bernard (2018), «Las primeras lecciones del "brexit"», *Le Monde Diplomatique en español*, n.º 271, noviembre, p. 29.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

conservador David Cameron por cuestiones partidistas), aparte de lo que se augura como fuertes pérdidas económicas para Reino Unido, es un desgaste aún mayor de la credibilidad de las instituciones y de sus mecanismos, que parecen cada vez más débiles y cuestionables.

El euroescepticismo, sin embargo, no es una opción ampliamente presente solo en el Reino Unido. Por el contrario, **el sentimiento antieuropeísta continúa creciendo entre los países de la UE**. Un ejemplo claro de ello es **Francia** y su partido Frente Nacional, que quedó en segundo lugar en las elecciones presidenciales de 2017, lo que demuestra la popularidad de la ideología ultranacionalista en un país central en el proceso de construcción europea. Por otra parte, la extrema derecha representada por Alternativa por Alemania, también de carácter islamófobo y anti inmigración, ha entrado por primera vez, desde 1945, en el parlamento del país (como tercera fuerza política), a raíz de las elecciones generales celebradas en septiembre de 2017. Otros ejemplos de partidos euroescépticos -esto es, que pretenden la salida de sus respectivos países de la UE e, incluso, la disolución de ésta, por considerarla un ente opresor y disolvente de las legítimas identidades nacionales- son el Partido por la Independencia del Reino Unido o UKIP (que fue, precisamente, el que lideró la campaña a favor del *brexit* en el país), el Movimiento 5 Estrellas o la Liga Norte italianos (después solo Liga), el Partido por la Libertad de Holanda, Demócratas de Suecia, el Partido Libertad de Austria, u Orden y Justicia, de Lituania, algunos de ellos con representación en el Parlamento europeo.

Las **razones de este fortalecimiento de la postura euroescéptica** son varias. Una de ellas es la de los efectos de la crisis económica desatada desde 2008, que ha hecho que se cuestionen las contribuciones de solidaridad o compensación entre regiones y países. Otra es la de las duras políticas de intervención y ajuste dictadas desde Bruselas, que no solo han supuesto una eliminación de facto de los principios de la soberanía nacional en determinados países que se han visto intervenidos (aun cuando no existe una soberanía política europea plena), sino que además en buena medida han respondido a las exigencias de los poderes financieros u otros grandes grupos de poder económico, a determinados intereses nacionales (especialmente alemanes) o, incluso, de otros provenientes de la potencia del otro lado del Atlántico. Por último, la gran crisis de refugiados creada con la desestabilización de numerosos países de Oriente Medio, y especialmente con la guerra de Siria, ha estimulado la oposición de muchos gobiernos -especialmente del Este europeo, los más afectados- a las cuotas de acogida que se negocian en Bruselas para tratar de paliar el problema.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

El **caso italiano** es uno de los más paradigmáticos, hasta el punto de que se llegó a hablar de una «revuelta antieuropea» protagonizada por el gobierno conformado por la pintoresca coalición entre la ultraderechista Liga y el Movimiento Cinco Estrellas (M5S), el cual pretendía, en una supuesta línea "antipolítica", situarse "más allá de la derecha y la izquierda". Por un lado, ha destacado la agresiva política xenófoba de su ministro del Interior, Matteo Salvini, que se ha negado en varias ocasiones a la recogida de refugiados a la deriva en sus costas; por otra, unas medidas de pretendido carácter social que, por la elevación que suponía en los presupuestos, les enfrentó a Bruselas. Sin embargo, cabe afirmar que, a pesar de todo, «el posible espacio de compromiso entre el M5S y la Liga se [ha situado] [...]dentro de la trayectoria neoliberal que Italia sigue desde los años de 1990.»[10] Un experimento político, en todo caso, de corta duración (algo más de catorce meses), hasta agosto de 2019, que pone de manifiesto las ambiciones contrapuestas y, sobre todo, la falta de coherencia ideológica y política en su interior. Así, entre otras cosas, el gobierno se habría caracterizado «por una política internacional de cercanía a la Administración de Donald Trump, de una apertura y apoyo sin precedentes a la Rusia de Vladímir Putin y de tensión con Bruselas, que expedientó a Italia por el exceso de deuda y ha visto con malos ojos su entrada en la Nueva Ruta de la Seda que impulsa y financia Pekín. A ello se han sumado conflictos con socios como Francia y España»[11].

La ola de distanciamiento hacia el proyecto de unidad europea atraviesa también a la **Europa del Este**, a pesar de su reciente incorporación a la Unión. Un caso paradigmático es el de **Hungría**, donde el partido ultraconservador **Fidesz**, liderado por **Viktor Orbán**, continúa arrasando en las elecciones. Las políticas liberales de este gobierno encontraron en su momento aliento tanto en la Unión Europea como por parte de Estados Unidos, ya que acababan de liquidar el modelo socialista (o semisocialista, dadas las desigualdades sociales ya existentes) anterior. Sin embargo, el país se ha visto embargado, tanto por parte del propio partido en el poder como por el de otros movimientos, como el partido Jobbik, por una ola ultranacionalista que podríamos considerar muy próxima a los planteamientos fascistas clásicos. Así, combina elementos tales como el anticomunismo, el elitismo social justificado sobre factores "naturales" –incluyendo la segregación de los elementos "no adaptados"-, el autoritarismo, el antisemitismo o el antiliberalismo o "iliberalismo" (entendiendo por él la lucha contra las imposiciones de «las multinacionales, las instituciones financieras y el "capitalismo financiero"»). Lo cual no quiere decir que no haya favorecido ampliamente al capital

[10] PALOMBARINI, Stefano (2018), «¿Una revuelta antieuropea en Italia?», *Le Monde Diplomatique en español*, nº 277, noviembre, pp. 1, 19.
[11] PACHO, Lorena (10/08/2019), «Fin del experimento populista en Italia», *El País*. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2019/08/09/actualidad/1565378560_611933.html

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

privado en su país. Se ha destacado, además, por su gran beligerancia en sus posturas antiinmigración, y en todo ello se ha venido enfrentado con el gobierno de la Unión Europea en Bruselas. Un conjunto de desencuentros que ha favorecido, en cambio, el **acercamiento de Hungría a la Rusia de Vladimir Putin**, y que acoge acuerdos económicos (suministro de petróleo ruso) como, incluso, de seguridad, algo que ha causado escándalo en el seno de la UE, del que el país magiar es miembro desde 2004.

Unas circunstancias hasta cierto punto parecidas se están dando en **Polonia**, uno de los países más influyentes en la Europa del Este y del Grupo de Visegrado. En este país, sobre todo de la mano del partido gobernante desde 2015, Ley y Justicia, se ha ido desarrollando un **ultranacionalismo de rasgos muy conservadores** -y también autoritarios- que se vuelve con animadversión hacia Bruselas, y que ha encontrado afinidades con la política de Viktor Orbán en Hungría. De hecho, el Parlamento europeo ya aprobó la congelación de fondos presupuestarios para países que vulneren el Estado de derecho en la Unión. Y, en el caso concreto polaco, la Comisión Europea, a través del Tribunal Superior de la Unión, obligó al gobierno a dar marcha atrás en su proyectada reforma de la justicia por ser contraria a la independencia judicial. No obstante, no es probable que en Polonia se lleve a cabo un giro hacia Rusia, dada la tradicional animadversión de este país hacia su gigante vecino.

En general, en el **este europeo** encontramos situaciones muy difíciles por «el caos que tuvo lugar [...] tras la caída del Muro de Berlín, con una explosión de las desigualdades, de la pobreza y de la mortalidad. Aunque las "terapias de choque" dictadas por los expertos financieros occidentales no han acabado con el enfermo, lo han hecho anémico y muy dependiente del carburante económico del Oeste. [Además,] La disminución de la natalidad y el éxodo conducen a un duro balance demográfico: veinticuatro millones de habitantes menos desde 1989 en los antiguos países del Este, a excepción de Rusia[12]». Se puede afirmar, así, que buena parte del tejido industrial del este europeo se ha convertido, desde el fin del periodo socialista, en una especie de «plataforma de subcontratación» para las empresas alemanas, esto es, en una zona regida por los «intercambios económicos desiguales» gracias al bajo coste de la mano de obra[13]. Todo lo cual ha generado resentimiento en tales países hacia Alemania, como, en general, hacia el entramado de la Unión Europea, lo que se ha traducido, en ocasiones, en movimientos de acercamiento hacia Rusia. Algo similar ha ocurrido en países del este o del sur no

[12] AA.VV. (2018), «Cambio demográfico en Europa», *Le Monde Diplomatique en español*, nº 272, junio, p. 1.
[13] Rimbert, Pierre (2018), «El Sacro Imperio económico alemán», *Le Monde diplomatique en español*, febrero, n.º 268, pp. 14-15.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

integrados en la Unión, azotados por la corrupción, el control de fuertes oligarquías económico-políticas de los recursos nacionales, un alto desempleo y la emigración, todo lo cual azuza, además, las tensiones separatistas, como ocurre, por ejemplo, en Moldavia o Macedonia.

Si la Unión Europea hace tiempo que da señales de crisis, en nuestro país, **el acrecentamiento de las tensiones separatistas en Cataluña** ha introducido un nuevo escenario de gravedad. En el conflicto catalán confluyen diferentes factores. Por una parte, el hecho del deterioro de la situación económica (que ha afectado especialmente a clases medias y trabajadoras) tras el crack de 2008, y que ya ha traído consecuencias políticas en otros países. Esta situación, unida a la extensión de los casos de corrupción (dentro y fuera de Cataluña), ha fortalecido las opciones políticas de izquierda en la región, y especialmente las nacionalistas, lo que ha contribuido a radicalizar asimismo las posturas de un partido, en principio moderado y de centro-derecha, como el Partido Demócrata europeo catalán (PdeCat), heredero de la antigua Convergencia Democrática de Cataluña. Por otra parte, hay que contar con una tendencia centralizadora del Estado de la mano del gobierno del Partido Popular (PP) desde 2011, lo cual ha avivado los ánimos nacionalistas (recurso, a instancias del PP, por parte del Tribunal Supremo, de un Estatuto de Autonomía catalán aprobado por los Parlamentos estatal y autonómico y en referéndum, de unas características similares al aprobado posteriormente en Andalucía).

Lo cierto es que las fuertes tensiones políticas en Cataluña (que han traído consigo incluso la celebración de un referéndum de independencia, la declaración de la misma por el Parlamento autonómico en octubre de 2017, y la intervención de la autonomía por parte del Estado) han conducido a una deriva incierta. No solo afloran nuevamente al debate cuestiones hasta ahora relegadas, como el conflicto entre legalidad y legitimidad, sino que las posiciones políticas tienden a enconarse. De hecho, las posiciones nacionalistas de extrema derecha han experimentado un considerable auge en poco tiempo, mientras que las izquierdas, divididas, se ven obligadas a elegir entre un moderantismo que les alía inevitablemente con las posiciones de derecha, o una radicalización que les acerca a una revisión en profundidad de los fundamentos del estado de derecho tal y como fueron configurados en la Transición y la Constitución española del 78. Todo esto, además, puede tener efectos insospechados en el seno de la Unión Europea, donde la legitimidad democrática de sus decisiones e instituciones es muy cuestionada, y donde se pone de manifiesto, cada vez más, la pérdida de soberanía real de los distintos Estados-nación que la componen.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Hay que contar, en general, con un **aumento de las tensiones sociales** en la **Europa occidental**. En este sentido, la crisis económica iniciada en 2008 no hizo sino profundizar en una situación de deterioro del llamado "Estado social" que se impuso tras la crisis de las anteriores políticas keynesianas a principios de los años 70. Un ejemplo claro de tales tensiones vino constituido por la amplia **revuelta de los llamados "chalecos amarillos" en Francia**. Iniciada en octubre de 2018 como una protesta antifiscal (provocada por un aumento en el impuesto sobre los carburantes), se revela como una expresión de la frustración de amplios estratos sociales (asalariados y también autónomos) ante la erosión permanente de los ingresos, la pérdida y deterioro de prestaciones sociales y servicios públicos, la precariedad y explotación laborales y el aumento exponencial de las desigualdades. Se ha caracterizado, además, por su rechazo a las organizaciones políticas y sindicales constituidas (de hecho, ellos mismos han venido a calificarse como "apolíticos") y por su ignorancia u olvido de toda la tradición de lucha del movimiento obrero (de ahí, en parte, sus enormes dificultades de organización y su falta de formulación ideológica propia). El gobierno del liberal Macron, contra el que se dirigieron todas las iras, tuvo que ceder en parte dado el carácter masivo de las protestas, que llegaron a colapsar numerosas ciudades y la misma capital, pero también ha desplegado amplias acciones represivas de inusitada dureza.

En otro orden de cosas, el aumento, ya comentado, de la influencia alemana en el este de Europa fue acompañado de una **extensión, también en la misma dirección, de la propia OTAN**. A pesar de la extinción de la URSS -la potencia socialista cuya existencia había justificado la creación de la Alianza Atlántica en 1949-, esta última no desaparece, sino que, por el contrario, continúa acrecentando su poder e implantación mundiales[14]. Para un autor como Sánchez Pereyra, «la ampliación de la OTAN hacia el este tiene la intención de controlar, o al menos compartir, un espacio estratégico susceptible de ser controlado por Alemania, en el contexto de *una paz fría* en la que el enfriamiento de las relaciones entre los "aliados" es cada día más difícil de disimular[15]». Así, si para el autor citado, **el objetivo más «evidente» de la ampliación de la Alianza sería lograr fortificar sus posiciones frente a Rusia, el más «velado» estaría constituido por el de controlar a la propia Europa Occidental**, cuyo proceso de integración

[14] En 1999 se incorporaron Hungría, Polonia y la República Checa. En 2004 Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania y Rumanía. En 2009 lo hicieron Croacia y Albania. Hay, además, abiertos otros procesos de posible incorporación, aunque aún dudosos, como los de Azerbaiyán, Georgia, Macedonia, Suecia, Finlandia y la propia Ucrania, que solicitó su adhesión en 2008.

[15] Sánchez Pereyra, Antonio (2003). *Geopolítica de la expansión de la OTAN*, Barcelona, Plaza y Valdés, p. 37.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

fue en un comienzo alentado por Estados Unidos, pero que ha tratado de impedir la constitución de una Europa políticamente unida.

La citada ampliación hacia la zona oriental de Europa por parte de la OTAN desde los años 90 ha supuesto un **auténtico cerco a Rusia**: Si la Unión Soviética permitió, en 1990, la reunificación alemana, ello fue posible por el compromiso occidental de no extender más la OTAN hacia el este[16]. Sin embargo, la victoria occidental en la guerra fría y la desintegración de la URSS, junto a su rápido deterioro económico, extendieron la influencia occidental hacia todo el arco de los países del este, y con ella la ampliación, más que considerable, de la OTAN. Esto ha hecho saltar las alarmas en Rusia, que desde hace años trabaja en pos de la restauración de su poderío armamentístico. En este contexto general se desató, entre 2013 y 2014, **la crisis de Ucrania**, país fronterizo con Rusia.

Ucrania es un país con menos de treinta años de historia que está compuesto por una buena proporción de territorios de tradición y población rusas. De hecho, **se encuentra dividido** entre las regiones noroccidentales, más próximas a Occidente, y las sudorientales, más cercanas a Rusia y con población rusa mayoritaria en algunas zonas. La chispa prendió en noviembre de 2013 cuando tuvieron lugar en Kiev violentas **protestas contra el gobierno de Yanukóvich**, apoyadas por Occidente, y que acabarían haciéndolo caer. Estas fueron secundadas por una parte de la población, que denunciaba el enriquecimiento y corrupción de las élites políticas ucranianas, pero contaron también con la participación de grupos ultraderechistas y filofascistas, una parte de los cuales llegaron a contar con participación en el nuevo gobierno, de carácter prooccidental.

Sin embargo, el derrocamiento del gobierno de Yanukóvich no fue aprobado por buena parte de las poblaciones de las regiones sudorientales, que lo denunciaron como un golpe de estado, como igualmente lo hizo el propio gobierno ruso de Vladimir Putin. De hecho, Rusia ya venía manifestando que consideraba como manifestaciones hostiles el acercamiento de Ucrania tanto a la UE como a la OTAN. Especialmente intensas fueron las protestas en la **península de Crimea**, una región con fuerte proporción de población rusa considerada además por Rusia una zona estratégica vital, entre otras cosas por la importante base naval de Sebastopol. En mayo de 2014, tras un referéndum ampliamente favorable y la rebeldía de una proporción significativa del ejército situado

[16] DESCAMPS, Philippe (2018), «"La OTAN no se ampliará ni un milímetro hacia el Este», *Le Monde diplomatique en español*, nº 275, septiembre, pp. 20-21.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

en su territorio, fue proclamada la independencia de la República de Crimea, tras lo cual fue anexionada por Rusia. Una situación que no ha sido reconocida por Ucrania ni sus aliados. De hecho, este ha sido el origen de fuertes sanciones económicas impuestas a Moscú desde entonces, y que infligen notables perjuicios a su economía.

Junto a los sucesos de Crimea, se acabaría desatando una guerra civil en las regiones prorrusas al este del país, principalmente en **Donetsk, Lugansk** y Járkov, que continúa hoy, si bien en un nivel de baja intensidad. Estas regiones, tras sendos referendos favorables, proclamaron su independencia respecto a Ucrania, aunque no fueron incluidas posteriormente en la Federación Rusa, como esperaban algunos de sus líderes.

Una de las **cuestiones cruciales que se hallan detrás del conflicto ucraniano es la del gas**, o sea, la del suministro de gas licuado ruso y centroasiático a Europa. Esta última, incluyendo a Ucrania, depende del que llega a través de los gaseoductos que controla Rusia. Mientras Estados Unidos presiona a la UE para que evite esta dependencia, entre otras cosas para intentar vender su propio gas al viejo continente, lo cierto es que aquello no resulta sencillo. Así, por ejemplo, el proyecto de gaseoducto Nord Stream 2 cuya finalización estaba prevista para 2019), establece un nuevo y directo nexo de unión entre la propia Rusia y Alemania a través del Báltico. Una canalización que no solo perjudica a Estados Unidos (que ha llegado a establecer sanciones a las empresas occidentales que negocien con Rusia), sino a la misma Ucrania, al tiempo que beneficia a Alemania, que se muestra contradictoria en sus políticas (en uno de los principales valedores de Kiev, al tiempo que impulsor de las sanciones al gobierno de Moscú).

Esta mutua lucha por los espacios de influencia y recursos mundiales se encuentra en la base de las **crecientes rivalidades políticas entre los países de la UE y Estados Unidos con Rusia**. Unas tensiones que se reflejan en ámbitos muy diversos, como en las acusaciones a Rusia de interferir en diferentes procesos electorales. En Estados Unidos, las acusaciones demócratas de colusión entre el bando republicano y Moscú no han podido ser demostradas,[17] pero sí que han puesto de manifiesto no solo las grandes tensiones políticas con el Kremlin, sino el grado de fractura entre demócratas y republicanos en los Estados Unidos~~)~~. Cabe recordar, asimismo, entre otros episodios, ~~en~~ la crisis desatada entre el gobierno británico y el ruso por el caso del supuesto envenenamiento del ex expía ruso Skripal en suelo inglés. Todo lo cual ha contribuido no solo a que Rusia abandone definitivamente el otrora acariciado "sueño europeo" (o

[17] MATÉ, Aaron (2019), «Un regalo de los demócratas a Donald Trump. Tras el informe de Mueller, el fiasco del "Russiagate"», *Le Monde diplomatique en español*, nº 283, mayo, pp. 8-9.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

aspiración secular de integrarse plenamente en este continente), sino a afirmar todos los nacionalismos implicados, salvo, seguramente, el europeo mismo.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Tema 5. Las nuevas derivas de América Latina

Con el fin de la guerra fría, se impuso sobre el subcontinente latinoamericano una **acusada política liberalizadora** que situó a los países latinoamericanos bajo las reglamentaciones económicas del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos. Era el llamado «consenso de Washington», basado en la aplicación del recetario neoliberal en el subcontinente. De esta forma, **en los años noventa tuvieron lugar, en numerosos países latinoamericanos**, como Brasil o Argentina, **amplias políticas privatizadoras** de empresas públicas de sectores muy diversos. Sin embargo, estas medidas provocaron que, entre los años ochenta y dos mil, se fueran sucediendo crisis económicas y financieras de una virulencia extrema que tuvieron como consecuencia, entre otras, un aumento extraordinario de la pobreza. Uno de los casos más sobresalientes es el de la **crisis de deuda argentina de 2001**, que arruinó al país y que tuvo unos efectos sociales desastrosos, llevando a más de la mitad de la población a situarse por debajo del umbral de la pobreza. Otro es el de la **Venezuela** presidida por **Carlos Andrés Pérez**, el cual, en el contexto de una economía deprimida por la bajada de los precios del petróleo tras el "boom" de los setenta, aplicó medidas liberalizadoras que trajeron consigo un aumento espectacular de los precios, como los de los carburantes y los alimentos. El estallido popular que esto provocó -protagonizado por las clases más humildes-, el llamado ***Caracazo*** (febrero-marzo de 1989), se saldó con una represión que provocó, según fuentes independientes, más de 2.000 muertos.

El fracaso de las políticas neoliberales de los años noventa se encuentra entre las razones explicativas del llamado «giro a la izquierda» latinoamericano, que se empieza a producir desde finales de esa década. Este «giro a la izquierda» supuso el ascenso al gobierno, en toda una serie de países de América del Sur y Central, de fuerzas sociales y partidos políticos de izquierda. Entre estos nuevos gobiernos se irá gestando con rapidez una **alianza intrarregional**. Las **señas de identidad fundamentales** de la misma estarán constituidas por su oposición al ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) -que llevará a la creación de asociaciones de integración alternativas, especialmente el ALBA-, y a las políticas neoliberales, así como por sus posturas antiimperialistas, especialmente en lo que se refiere a su vecino norteamericano.

El hito fundamental de este cambio de tendencia político se produce con ascenso de **Hugo Chávez** al poder en Venezuela en 1999. En 2003 tiene lugar la elección de **Lula da Silva**, un antiguo sindicalista, a la presidencia de Brasil al frente del Partido de los

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Trabajadores. En 2005 acontece por primera vez la elección de un indígena, **Evo Morales** -de orígenes además muy humildes- como presidente de Bolivia. En el mismo año, en Uruguay accede al poder la coalición izquierdista Frente Amplio de la mano del presidente **Tabaré Vázquez**, cuyo mandato será continuado por el de **Rafael Mújica**. En 2007 se produce la elección de **Rafael Correa** en Ecuador, y la reelección del antiguo presidente sandinista **Daniel Ortega** en Nicaragua. Asimismo, la del antiguo obispo **Fernando Lugo** en Paraguay en 2008. En Argentina, se había iniciado un periodo neoperonista por parte del presidente **Néstor Kircher** en 2003, que habrá de ser continuado por la presidencia de su esposa, **Cristina Fernández de Kirchner**, hasta 2015. En Guatemala, en medio de fuertes presiones de las oligarquías y los cárteles de la droga, tienen lugar en 2007 elecciones que dan la victoria al izquierdista **Álvaro Colom**. En Honduras, el presidente **Manuel Zelaya**, que había iniciado su presidencia en 2006, protagonizó un acercamiento a Chávez, introduciendo asimismo medidas sociales en el país que fueron contestadas por un golpe militar en 2009. Este, aunque declarado ilegal por los países americanos, fue apoyado por los Estados Unidos[1].

Como queda patente, **el cambio de tendencia política** en numerosos países latinoamericanos **fue acogido con alarma por parte de Estados Unidos**, que continuó con su habitual política intervencionista, por ejemplo, prestando apoyo a los intentos de golpe de estado en Venezuela, como el de 2002 contra Hugo Chávez. Asimismo, seguirá contando con dos plataformas de apoyo fundamentales en su política latinoamericana: Colombia (que acrecienta sus ya numerosas bases militares estadounidenses) y México. De hecho, puede decirse que la amplísima trayectoria intervencionista (golpes de estado, apoyo a dictaduras, invasiones…) del «vecino del norte» sobre lo que se ha llamado su «patio trasero», esto es, América Central y del Sur, fue otro de los factores que coadyuvaron al giro político.

Así pues, **la victoria electoral de Hugo Chávez en Venezuela** en 1999 **supuso un hito que comenzó a transformar el panorama político y económico latinoamericano**. Chávez había protagonizado, junto a otros militares, dos intentos de golpe de estado contra el presidente Carlos Andrés Pérez en 1992, tras los cuales fue encarcelado por dos años. Las circunstancias de su oposición al régimen anterior y su posterior elección se fundamentaban en la crisis económica que sufría el país y la represión del llamado *Caracazo*, ya mencionada.

[1] Weisbrot, M. (11/11/2014), «'Decisiones Difíciles': Hillary Clinton admite su papel en el golpe de Honduras», *Publico*. Disponible en: http://blogs.publico.es/dominiopublico/11565/decisiones-dificiles-hillary-clinton-admite-su-papel-en-el-golpe-de-honduras/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Tras el acceso de Chávez a la presidencia, se promulga una nueva Constitución que fue respaldada en referéndum. En virtud de la misma, el país se transforma en «República Bolivariana de Venezuela», el Senado y la Cámara se fusionan en una Asamblea única y los poderes presidenciales son reforzados. A partir de entonces, y tras unas nuevas elecciones que le respaldan, pone en marcha en el país lo que denomina un programa de «revolución democrática y pacífica». **Chávez impulsa el ideal bolivariano, que a su vez trata de actualizar en un programa denominado Socialismo siglo XXI**. El Bolivarismo pretende basarse en el pensamiento político del caudillo latinoamericano Simón Bolívar y posee una marcada influencia en las llamadas naciones bolivarianas. El proyecto político bolivariano del siglo XXI cuenta con hondas raíces tanto en el siglo XIX como en el XX (el más destacado de los cuales sería, en este último siglo, la revolución socialista cubana). De hecho, Venezuela mantiene, a partir de este nuevo periodo, relaciones estrechas con el régimen cubano y con el propio Fidel Castro. Sin embargo, el movimiento bolivarista no acabó de definirse completamente, habiéndose encontrado siempre en la disyuntiva entre «el proyecto de un capitalismo socialdemócrata y el proyecto socialista revolucionario[2]».

De esta forma, el posicionamiento frente a la injerencia extranjera y la búsqueda de la consecución de una soberanía plena, la tendencia hacia la integración regional y la persecución de la superación de las inmensas bolsas de pobreza, marginación y subdesarrollo de Latinoamérica, serían algunas de las **señas de identidad más destacadas del nuevo bolivarismo**. Precisamente, la oposición (liderada por Chávez) al ALCA, considerado expresión de la capacidad de dominio norteamericano sobre sus economías, constituirá un importante aglutinador de unos gobiernos que, sin embargo, presentaron rasgos muy diferentes, y para los cuales el bolivarismo fue a pesar de todo, una referencia difusa. De hecho, algunos gobiernos, como el de Lula en Brasil o el de Kirchner en Argentina, se apartaron de cualquier referencia socialista y moderaron considerablemente sus posturas supuestamente antiimperialistas.

A su vez, el **proyecto de Socialismo siglo XXI** -que entronca con las raíces bolivarianas- constituye una formulación basada en parte en el marxismo. En él, el mercado, base de la economía en el sistema capitalista y, según esta concepción, generador de grandes diferencias sociales, pretende ser al menos en parte sustituido por una economía más equitativa, con base en el trabajo. Por otra parte, esta nueva formulación socialista pretendería huir de las concepciones estatistas del socialismo, reivindicando una democracia participativa y popular, que se combinaría con las

[2] Serrano, A. (2011), «Bolivarismo», en *Enciclopedia Latinoamericana de Derechos Humanos*, São Leopoldo, Editora NovaHarmonia, pp. 9 y 11.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

fórmulas representativas. Y ello sin que se haga una reivindicación de la planificación como modo de ordenación económica, lo cual, inevitablemente, proporciona un nuevo protagonismo al mercado en el sistema económico en conjunto. De hecho, su plasmación en Venezuela no ha supuesto una condena de la propiedad privada, aunque sí se ha intentado un mayor control colectivo y estatal de medios de producción considerados esenciales, como es el caso del petróleo. No obstante, el intento de introducción de algunos principios socialistas, planteados en una reforma constitucional en 2007, fue rechazada en referéndum. A pesar de ello, el proyecto de Socialismo del siglo XXI continuó, al menos formalmente, también por parte del presidente **Nicolás Maduro**, sucesor de Hugo Chávez tras la muerte de este último en 2013.

En otros países receptores de este proyecto, especialmente Ecuador y Bolivia, tampoco se ha cuestionado la propiedad privada, si bien se ha reforzado reforzó el control del Estado sobre la economía y los propios recursos nacionales. Los mecanismos de mercado han continuado vigentes, si bien se han incrementaron las políticas de protección social. Evo Morales, presidente de Bolivia, por ejemplo, llevó a cabo una importante política de nacionalización de hidrocarburos, en los que el país es rico. Además, la política de nacionalizaciones se extendió también a otros sectores, como las telecomunicaciones. Esta política supuso reducir las altas tasas de beneficio de las que se hacían las empresas extranjeras radicadas en el país, aumentando, por contra, los ingresos del estado boliviano.

Como se ha adelantado, una de las iniciativas más importantes dentro del proyectado proceso de confluencia regional fue la creación de la **Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA)**, una alternativa propuesta por el presidente Hugo Chávez. Creada en 2004, llegaron a unirse numerosos países a su seno. El objetivo era crear una alianza y colaboración política y económica entre los estados latinoamericanos para disminuir y solventar las desigualdades regionales y sociales, estableciendo mecanismos de ayuda, colaboración y compensación. Con ello, el ALBA pretendía convertirse en una alternativa a las políticas neoliberales aplicadas en el continente, reforzando, entre otras cosas, la regulación estatal de la economía.

Poniendo nuevamente el foco en la política interna de estos países, puede afirmarse, en general, que **la gestión de estos gobiernos de la llamada «nueva izquierda» latinoamericana no vino a alterar sustancialmente el orden económico capitalista**, cuyos presupuestos han continuado vigentes. Todo lo más, se pretendió frenar la dinámica neoliberal de privatizaciones masivas, manteniendo el control del

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

estado sobre sectores considerados estratégicos, y fortalecer las políticas de protección social.

De hecho, la **política del presidente brasileño Lula da Silva** (como de su sucesora en el cargo, Dilma Rousseff) resultó ser, en algunos aspectos, contraria a lo que se esperaba desde algunos sectores de la izquierda. Aunque pretendió evitar una política de signo neoliberal, su línea consistió en mantener el apoyo al gran capital y las transnacionales, combinada con medidas de política social y cierta redistribución. Uno de sus los principales objetivos de su política consistió en el aumento de los niveles de renta de las clases medias y bajas para el incentivo del consumo y, con él, de la producción interior, un principio clásico de la economía keynesiana. Asimismo, se ha preocupado del fomento de la exportación y la proyección de Brasil como gran potencia. Ahora bien, si el país se vio favorecido por una considerable afluencia de capitales y un contexto internacional favorable desde 2003, estos llegaron a su fin aproximadamente a partir de 2011, lo cual ha tenido mucho que ver -junto a importantes procesos de corrupción interna- con el desalojo del Partido de los Trabajadores del gobierno.

Una trayectoria hasta cierto punto similar se dibujó en otros países de la misma órbita latinoamericana. En **Argentina**, por ejemplo, durante los gobiernos Kirchner se llevaron a cabo reestatalizaciones de empresas y servicios públicos para su saneamiento, pero casi siempre con el objetivo de su posterior reprivatización. En general, como ocurrió también en Uruguay, se pretendió evitar el funcionamiento ciego de los procesos de mercado, propugnando la intervención gubernamental y el control, por parte del Estado, de sectores clave de la economía. Sin embargo, esta intervención se dirigió, en última instancia, hacia el saneamiento del sector privado y el favorecimiento de la inversión extranjera. En este sentido, los programas de la "nueva izquierda" latinoamericana, al menos en países como Brasil, Argentina o Uruguay han sido muy diferentes de los de la izquierda de las décadas anteriores.

Por otra parte, estos gobiernos dedicaron especiales esfuerzos a **políticas sociales** que, en cierta medida, cosecharon éxitos. En general, se redujeron los niveles de pobreza y analfabetismo, mientras que los índices de crecimiento económico aumentaron durante algunos años, contraviniendo los augurios de organismos como el FMI. Sin embargo, aunque en un principio parecía que, en parte gracias a los procesos de integración regional, estos países latinoamericanos quedaban relativamente resguardados de la crisis económica desatada en 2008, esta ha incidido significativamente en algunos de ellos. Por otra parte, la caída de los precios del petróleo, especialmente desde mediados

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

de 2014, ha dañado a economías que, como la venezolana, dependen directamente de las exportaciones de crudo, al tiempo que ésta se ve afectada por una inflación galopante.

La polémica en torno a los regímenes de la «nueva izquierda latinoamericana» no se ha centrado tanto en la efectividad y amplitud de sus políticas sociales como en su política de nacionalizaciones y en lo que, por parte de algunos medios y sectores sociales, se ha visto como prácticas autoritarias. Es evidente que el advenimiento de gobiernos de signo izquierdista ha provocado la reacción de las élites sociales, los sectores de derechas, los intereses extranjeros en esos países (representados especialmente por las grandes compañías inversoras) e, incluso, de las clases medias. Aunque en todo caso se ha mantenido la dinámica de los procesos electorales, las posiciones y las luchas se han extremado, como veremos en algunos casos.

Sin embargo, las tensiones sociales vividas por estos nuevos regímenes no se han caracterizado únicamente por la resistencia ofrecida por las oligarquías y un sector de las clases medias más o menos nutrido. **Se ha generado asimismo una conflictividad social con relación a las bases sociales que constituyen el soporte de las políticas de signo izquierdista**, ya que éstas no han visto satisfechas muchas de sus expectativas. Así, se han generado tensiones derivadas de la dinámica de pretender compatibilizar las exigencias de la competencia económica internacional con la defensa de las formas de vida de la población indígena y campesina, como ha ocurrido, por ejemplo, en los casos de Ecuador, Brasil o Perú, países donde se habría abandonado «la defensa de los indígenas ante las compañías mineras». En **Ecuador**, se aprobaron diferentes proyectos petroleros y mineros que ponen en peligro reservas del Amazonas[3]. Ya durante la presidencia de Correa, el país emprendió ciertos giros neoliberales que se han acentuado bajo la presidencia de su sucesor, Lenín Moreno, que de hecho ha roto abiertamente con toda la trayectoria del gobierno anterior. También en **Bolivia**, a pesar de encontrarse gobernada por el indígena aymara Evo Morales, que se ha mostrado defensor en numerosas ocasiones de los valores indigenistas, han surgido tensiones con los indígenas por razones parecidas. Así pues, en el contexto de economías insertas en el flujo y la competencia globales, la adquisición de recursos económicos a partir de la explotación -y en muchos casos destrucción- de los propios recursos naturales, parece constituir hasta hoy un expediente imprescindible para lograr la subsistencia política y económica en el ámbito internacional. Asimismo, la amplia oleada de protestas sociales acontecidas en **Brasil** en 2013 puso de manifiesto la erosión del apoyo social de algunos de estos gobiernos. En este caso, la mecha fue encendida por el contraste entre las

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

dificultades de la población más vulnerable, que no podía hacer frente al aumento de los costos del transporte, con las crecidas inversiones públicas en distintos fastos deportivos. A ello se unieron las demandas hacia mayores inversiones en educación y sanidad.

Es evidente, por otra parte, que **no se han satisfecho, sino en muy pequeña medida, las demandas campesinas por la tierra**. Un estamento campesino, por otra parte, que sufre despojos y abusos en toda Latinoamérica, en buena medida provocados por los terratenientes y las empresas explotadoras mineras, madereras y de otros tipos. Un problema social de enorme envergadura si se tiene en cuenta que el elemento campesino continúa siendo mayoritario en el subcontinente; el cual, como se ha visto, tampoco ha podido ser solventado satisfactoriamente por parte de la «nueva izquierda» latinoamericana, a pesar de haberse iniciado procesos de reforma agraria de alcance limitado.

Por otra parte, **las tensiones con los Estados Unidos ~~continúan~~ han continuado**, y se traducen, entre otras cosas, en el mayor establecimiento de bases en algunos países de América Central y del Sur (especialmente Colombia) con el pretexto de la lucha contra la droga. Asimismo, éstas se manifestaron, entre otros casos, en la destitución del presidente paraguayo **Fernando Lugo** por un golpe de estado parlamentario en 2012 apoyado por los latifundistas y por Estados Unidos. Esto ocurría en un país donde, antes del ascenso de Lugo, el Partido Colorado había dominado durante más de sesenta años (la mayor parte de dictadura), y donde el uno por ciento de los propietarios era dueño del 77 % de la tierra. Tal vez las mayores presiones de Estados Unidos, tanto políticas como económicas, se han dirigido hacia el régimen bolivariano de Venezuela. De hecho, aquellos han sometido durante años a su vecino del sur a un bloqueo económico que ha incluido productos básicos, como alimentos, y la compra de deuda pública para evitar la financiación del estado. También la Unión Europea se sumó a las sanciones por lo que consideró el deterioro democrático del régimen.

Las **tensiones desatadas en el subcontinente** son, pues, enormes: se encuentran, por una parte, las agudas luchas sociales (fundamentalmente entre las diferentes oligarquías propietarias y clases medias frente a las bases sociales más humildes); las derivadas de la incapacidad de esta izquierda política de sustraerse a los mecanismos de la propiedad y competencia capitalistas y conducir a sus sociedades por la prometida senda socialista, unido a sus propios procesos de deterioro y corrupción internos; a lo que se añade el hecho de que Latinoamérica se presenta como un terreno estratégico donde se dirime la hegemonía norteamericana como gran potencia mundial. Todas estas contradicciones han derivado en lo que cada vez más abiertamente se presenta como el

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

fin de ciclo de las «nuevas izquierdas» latinoamericanas y, en consecuencia, en un cambio de signo político y económico en el subcontinente. Hechos significativos en este sentido han sido lo ocurrido recientemente en **Argentina**, Brasil y Venezuela, como se va a ir viendo.

En **Argentina**, las elecciones de noviembre de 2015 llevaron al poder a un exempresario multimillonario, **Mauricio Macri**, que devolvió las políticas económicas a una estricta senda neoliberal. Sin embargo, el resultado ha sido la bancarrota del país, lo que ha llevado a su rescate, por parte del FMI, por un importe total de al menos 57.100 millones de dólares. Una buena parte de tales fondos se esfumó por la acusada devaluación del peso argentino, siendo la moneda cuyo valor cayó más a nivel mundial en 2018, alrededor de un 50% frente al dólar. Todo ello se ha traducido en una alta inflación que devora los salarios y que afecta a productos básicos. Como consecuencia de todo ello, las desigualdades sociales se han profundizado, de manera que las diferencias de ingresos entre los sectores más pudientes y los más pobres ha podido crecer en aproximadamente un 20% [4]. Esto hizo perder apoyos sociales al gobierno Macri y favoreció la **reorganización del peronismo de la mano de Alberto Fernández**, ganador de las elecciones generales de octubre de 2019.

En **Brasil**, un acusado deterioro del ~~partido en el poder, el~~ Partido de los Trabajadores (en el poder desde 2003 a 2016) -que se tradujo en abultados casos de corrupción-, condujo a un proceso de destitución parlamentaria de la presidenta **Rousseff** a finales de ese último año Sin embargo (y dado que la oposición se encontraba también encausada por múltiples procesos de corrupción), el trasfondo de todo ello parece haber sido otro. En otras palabras, una vez que el país había entrado en una etapa de recesión que ponía fin a la bonanza anterior, en este nuevo contexto, se ponía abiertamente de manifiesto **la lucha por el poder existente no solo en Brasil, sino en toda América Latina**, entre una izquierda moderada con pretensiones de protección social, y las fuerzas que pretendían la vuelta a la senda neoliberal. Esta última opción fue la representada por el nuevo presidente, **Michel Temer**, que ya supuso el regreso al poder político directo de las oligarquías tradicionales. El cambio de ciclo parece haberse consumado con la victoria en las elecciones de octubre de 2018 de un candidato de extrema derecha respaldado por la Casa Blanca, **Jair Bolsonaro**. Sólidamente apoyado en la casta militar, ultranacionalista, misógino y ferozmente antiizquierdista, ejerce una política de mano dura contra pobres, activistas sociales y homosexuales, entre otros. Se

[4] MARIÑO, Viviana (16/09/2018), «La desigualdad entre ricos y pobres se amplió 20 por ciento», *Tiempo Argentino*. Disponible en: https://www.tiempoar.com.ar/nota/la-desigualdad-entre-ricos-y-pobres-se-amplio-20-por-ciento

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

inclina por políticas ultraliberales (para solventar el acusado déficit fiscal) que chocarían, no obstante, con las aspiraciones más nacionalistas del ejército, proclives a un Estado fuerte.

En **Venezuela**, el llamado "chavismo" ha tenido, desde el comienzo, una fuerte oposición por parte de determinados sectores sociales, especialmente la burguesía del país, opuesta frontalmente a los proyectos socializantes bolivarianos. Mientras duró la bonanza petrolera (Venezuela tiene muy poco diversificada su economía), pudieron hacerse amplias inversiones sociales que redujeron significativamente la pobreza y la desigualdad, aunque con limitaciones. Pero a partir del 2014 se produjo una caída brusca de precios (de 108 a 35 dólares en solo dos años), ocasionada, entre otras cosas, por el aumento de la producción en Arabia Saudí y mediante fractura hidráulica en Estados Unidos. Ello «provocó un derrumbe del valor de las exportaciones petroleras venezolanas (que son el 85% del total exportado), devaluó la moneda, disparó la inflación desde el 57% al 303%, provocó fuga de capitales y hundió la financiación de las políticas económicas y sociales. Ese mismo 2014 EEUU intensificó las medidas contra el gobierno de Maduro[5]», que arreciarían más tarde con nuevas sanciones. También empezaron a sucederse las protestas sociales, mayores conforme empeoraban la escasez y las dificultades para sectores cada vez más amplios de la población.

Cuestión básica en el conflicto venezolano ha sido **la enorme riqueza petrolera del país**. En efecto, Venezuela posee las mayores reservas petroleras del mundo (el 20%), mientras que Estados Unidos, que consume actualmente el 25% del total de la producción, solo tiene el 2%. Aunque el petróleo venezolano fue ya nacionalizado en 1976, durante el mandato de Chávez se incrementó sustancialmente la participación del Estado en los proyectos de extracción petrolera, que debía ser siempre mayoritaria. Según algunos analistas, Estados Unidos se está viendo sobrepasado económicamente por China, por lo cual se ha llegado a barajar, por parte del Pentágono, la posibilidad de entrar en guerra con el país asiático en un futuro próximo. En un escenario tal, la posesión del petróleo venezolano resultaría vital[6]. De hecho, las ambiciones estadounidenses sobre el «oro negro» del país caribeño ya fueron explicitadas por su secretario de Seguridad Nacional, John Bolton, y el gobierno de Trump maneja la posibilidad de una invasión.

[5] Fonseca, J. (04/02/2019). «Venezuela, el mundo al revés y la guerra de EEUU», *Público*. Disponible en: https://blogs.publico.es/dominiopublico/27773/venezuela-el-mundo-al-reves-y-la-guerra-de-eeuu/

[6] Ídem. Ver también Zamora, A. (05/02/2019). «EEUU realinea a Latinoamérica viendo a China y Rusia», *Público*. Disponible en https://blogs.publico.es/dominiopublico/27782/eeuu-realinea-a-latinoamerica-viendo-a-china-y-rusia/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

El deterioro del clima económico y social ha tenido un fuerte impacto político. Mientras que la oposición se hizo con el control de la Asamblea Nacional en las elecciones de 2015, el fuerte enfrentamiento del gobierno con el poder legislativo llevó a la convocatoria de unas elecciones en 2017 para la formación de una **Asamblea Nacional Constituyente** de la que debía salir una nueva Constitución. La oposición, constantemente movilizada, promovió la abstención, puesto que se había negado a participar en los comicios. La participación se cifró en un 41%, pero estos datos fueron considerados fraudulentos por aquélla. Las elecciones presidenciales de mayo de 2018, que dieron la victoria a Maduro, se celebraron en medio de una gran polémica, ya que fueron denunciadas por irregulares por parte de numerosos países y algunos organismos internacionales. A partir de entonces los acontecimientos se precipitan, y en enero de 2019, **Juan Guaidó**, un -hasta entonces- casi desconocido líder opositor, que había actuado desde hacía años en las llamadas *guarimbas* contra el gobierno, se autoproclama presidente interino del país, recibiendo el apoyo inmediato por parte del gobierno norteamericano y de otros muchos, mientras que la Asamblea de la ONU se divide al respecto y en el Consejo de Seguridad Rusia se opone a tal reconocimiento. Se sienta con ello un precedente que rompe de forma radical con el principio de no injerencia en los asuntos de otros países que se había asentado en el derecho internacional latinoamericano, y cuyas consecuencias son inciertas[7].

En otro orden de cosas, un acontecimiento que marcó un nuevo hito reciente fue el **del inicio del fin del bloqueo norteamericano a Cuba**, anunciado por el gobierno Obama en 2014 tras reconocerse la inutilidad de esta política durante cincuenta y tres años, aunque revertido parcialmente por el gobierno Trump. Ahora bien, el aislamiento del país, más las dificultades económicas derivadas del bloqueo, llevaron al sucesor de Fidel Castro, Raúl Castro, a una **senda liberalizadora** que ha continuado con el nuevo presidente del país, Díaz Canel. Una trayectoria liberalizadora que ha acabado reflejándose en su nueva Constitución, ratificada en referéndum en febrero de 2019. Así, entre otras cuestiones, ésta ya reconoce la propiedad privada de los medios de producción, algo incompatible con la naturaleza comunista de la sociedad, si bien Cuba también deja de reconocerse como "comunista" para calificarse ya de "socialista". Una de las consecuencias ha sido la acentuación de las desigualdades sociales (algunas de ellas preexistentes).

[7] Zamora, A. (29/01/2019). «Venezuela: reconocimiento de gobiernos y no intervención», *Público*. Disponible en: https://blogs.publico.es/otrasmiradas/17961/venezuela-reconocimiento-de-gobiernos-y-no-intervencion/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Otro actor reseñable en América Latina es sin duda **Colombia**, donde la **polarización social respecto a la propiedad de la tierra**, con la consiguiente expulsión y muerte de miles de campesinos, y ~~los~~ distintos proyectos frustrados de reforma agraria durante el siglo XX, trajeron consigo conflictos sociales de envergadura. Fruto de este gran proceso de expolio campesino a favor de una gran propiedad latifundista cuya producción se orienta fundamentalmente a la exportación, fue la creación de grupos armados de autodefensa campesina, como las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia).

La incapacidad del ejército para terminar con el fenómeno guerrillero hizo florecer a los **movimientos paramilitares**, que tenían su respaldo en la gran propiedad agraria, incluyendo a intereses extranjeros (fundamentalmente norteamericanos), y que incluso llegaron a ser respaldados por el gobierno. Mientras, hasta la actualidad, continuará el **despojo campesino** (entre 1985 y 2007, entre tres y cuatro millones de personas expulsadas del agro y unos 6,8 millones de hectáreas expropiadas violentamente a los campesinos), mientras las fuerzas paramilitares e incluso el propio poder político (en ocasiones coaligados) se han visto crecientemente asociados a los intereses del narcotráfico[8].

En 2016 culminó un **proceso de paz entre las FARC y el gobierno de Juan Manuel Santos** que, a pesar de haber sido rechazado en referéndum por la oposición de la extrema derecha, continuó adelante con modificaciones. Pero lo cierto es que, a pesar de los acuerdos de paz, la violencia continúa. De hecho, son frecuentes los asesinatos de líderes sociales y excombatientes, a pesar de la conversión de las FARC en partido político y la entrega de las armas. Este hecho, unido a las dificultades para la reincorporación a la vida civil, ha hecho que muchos de ellos (incluidos altos dirigentes) hayan retomado la lucha armada. Tampoco escasean las disputas entre bandas armadas para hacerse con negocios ilegales, ni el acoso al campesinado por parte del ejército o los paramilitares, sin encontrar aquél muchas veces el prometido amparo estatal para abandonar el ilegal cultivo de coca. También genera inquietud la situación de la segunda guerrilla del país, el Ejército de Liberación Nacional, que no se encuentra aún desmovilizada.

La inestabilidad política y la situación de amplia corrupción política del subcontinente se volvió a poner de manifiesto nuevamente en **Honduras**, tras las elecciones presidenciales de noviembre de 2017. En ellas, el Partido Nacional, responsable, junto

[8] Fontana, J. (2011) *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado&Presente, pp. 522-525.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

con el Partido Liberal, del anterior golpe de estado contra el presidente Zelaya en 2009, se hizo nuevamente con el poder (a pesar de fuertes protestas sociales) reeligiendo a su presidente, Juan Orlando Hernández, en contra de lo establecido por la Constitución. Estos partidos, directamente manejados por las élites políticas y económicas, se encuentran muy vinculados a casos de corrupción e, incluso, al crimen organizado[9].

Un caso también a destacar es el de **Nicaragua**. Después de la revolución sandinista (de carácter socialista y cristiano) en 1979, se perdió el poder en 1990 por el hostigamiento a que Estados Unidos sometió al país, especialmente a través de la guerrilla que financiaba y que actuaba a través de Honduras. Cuando el FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional) gana las elecciones en 2007, éste había perdido ya sus pretensiones revolucionarias, y lleva a cabo una política doble. Por un lado, de apoyo al sector privado y a los inversores extranjeros, aun a costa de un bajísimo precio de la mano de obra y del aumento de las desigualdades. Entre 2007 y 2017, Nicaragua dobla su PIB y es considerada por el FMI como un "modelo exitoso" (aun manteniéndose como el segundo país más pobre del continente), al tiempo que el gobierno se gana el apoyo de buena parte del sector empresarial y la jerarquía de la Iglesia católica. Pero, por otra parte, de la mano de Ortega, Nicaragua entra en el juego de alianzas internacionales que le vinculan a la Venezuela chavista (de la que obtiene petróleo barato) y le oponen, por tanto, a Estados Unidos. Las fuertes inversiones chinas en el país (como en otros países de Centro y Suramérica), contribuyen asimismo al incremento de los recelos.

El cambio de ciclo a partir de 2014 y la disminución de la ayuda venezolana y los beneficios sociales deterioró la situación económica y alentó un **fuerte estallido social en 2018** que fue seguido de una muy dura represión, con varios centenares de fallecidos. El gobierno es acusado, además, de concentración del poder y de prácticas corruptas, al tiempo que la población permanece fuertemente dividida y el país es sometido a sanciones por parte de la potencia americana.

En general, **la situación centroamericana es crítica**. Los altos índices de desempleo, violencia, corrupción, despojo campesino o desnutrición impulsan a miles de personas a emprender una huida desesperada de estas situaciones, emprendiendo una emigración irregular desde países como Honduras, Guatemala o El Salvador, organizada recientemente en caravanas, hacia México y Estados Unidos, país este último donde se

[9] San Vicente, J. (24/11/2017), «Honduras de cara a las elecciones del 26-N: corrupción política y corrupción electoral», Público. Disponible en: http://blogs.publico.es/otrasmiradas/11713/honduras-de-cara-a-las-elecciones-del-26-n-corrupcion-politica-y-corrupcion-electoral/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

topan con una política de inmigración muy excluyente y de características crecientemente deshumanizadas.

Un caso preocupante lo constituye, asimismo, **México**, donde, entre otras cosas, existe una situación permanente de corrupción política, clientelismo y fraude electoral. Es en el seno de estas tramas donde se urden los asesinatos a periodistas: «México es uno de los peores países en el mundo para ejercer el periodismo. Hasta la fecha hay registro de 104 periodistas asesinados desde el año 2000, y otros 25 están desaparecidos y, se cree, muertos[10]». En todo caso, **la violencia política y social** en el país resulta muy elevada, similar a la de un país en guerra, y casi toda ella queda impune. Así, según cifras oficiales, se habrían alcanzado más de 250.000 muertos en la llamada «guerra contra el narcotráfico» entre 2006 y 2018. Además, México ha alcanzado también cifras muy altas de **feminicidios**, junto a otros países de América Latina, como Honduras, El Salvador, República Dominicana, Brasil o Argentina. Una incidencia que, en general, no para de crecer en la región, a pesar de la introducción de programas y leyes específicas que lo penalizan.

Puede afirmarse que, en general, **la evolución del subcontinente latinoamericano resulta muy preocupante.** La región continúa estando sometida a la rueda de la dependencia, política y económica, respecto a los países capitalistas centrales, especialmente Estados Unidos. Por otra parte, no solo buena parte de sus economías se encuentra en estancamiento o retroceso por el nuevo ciclo económico mundial, sino que la aplicación de nuevas medidas de carácter liberalizador ha conllevado nuevos desastres sociales y un agudo proceso de involución ideológica y política. Así, tenemos los casos, muy graves, de **Ecuador y Chile**, donde se han desatado sendas protestas sociales muy virulentas por el agravamiento de los desequilibrios sociales. En el primero, el alzamiento social en octubre de 2019 contra las medidas del gobierno de Lenín Moreno de eliminación de los subsidios a la gasolina, liderado por los grupos indígenas, obligó a aquel a rectificar. En **Chile** se produjo, también en octubre, la situación de protesta social más grave desde la dictadura pinochetista, con millones de personas en las calles. El ejército, que no ha sido convenientemente depurado desde entonces, ha perpetrado violaciones de los derechos humanos contra la población.

Por otro lado, **modelos más proteccionistas** (de corte que pudiéramos llamar keynesiano), como los que intentaron seguir en su momento países como Brasil,

[10] Ahmed, A. (29/04/2017), «'Es muy fácil matar periodistas': La crisis de la libertad de expresión en México», *The New York Times*. Disponible en: https://www.nytimes.com/es/2017/04/29/matar-periodistas-mexico-veracruz/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Argentina, Ecuador o, incluso, Venezuela, **han demostrado también sus límites:** por un lado, de carácter económico, propios del modelo del capitalismo keynesiano: endeudamiento del Estado e incremento de la inflación; por otro, de naturaleza ambiental, por estar basado en el incremento del consumo (al igual que el modelo anterior) y, por último, de carácter social: parece probado que, una vez que crece el volumen de las clases medias en un país, se generan nuevos ciclos de cierta «involución», porque estas clases que han prosperado pretenden ahora menores inversiones y gastos de carácter social que les perjudican relativamente (vía impuestos, por ejemplo), por lo que las desigualdades sociales tienden, nuevamente, a incrementarse.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Tema 6. La crisis financiera de 2008 y su evolución

Desde los años setenta se venía produciendo, especialmente en Estados Unidos, la **quiebra del modelo económico keynesiano** (llamado así por el economista John Maynard Keynes). Dicho modelo había sido introducido en ese país en los años treinta (tras la fatídica crisis de 1929), y relanzado tras el fin de la II Guerra mundial. Según él mismo, el crecimiento debía producirse por el aumento de la demanda generada por la relación directa establecida entre el aumento de la productividad y los salarios. El **modelo keynesiano fue siendo sustituido** -como se ha dicho, a partir de los años setenta- por otro, todavía vigente: **el neoliberal**. En la dinámica neoliberal, **el crecimiento económico es absorbido fundamentalmente por las rentas más altas**, mientras que los salarios son congelados –en parte como mecanismo para el control de la inflación-, los sindicatos mermados y los gastos sociales reducidos. Ello ocurrió así a pesar de que el gasto público se había disparado debido fundamentalmente a las partidas militares. Era el inicio de la llamada -por el economista Paul Krugman- «**gran divergencia**», según la cual la desigualdad entre las rentas más altas y las más bajas no haría sino agrandarse. Este proceso comenzaría en los años setenta en los Estados Unidos y a partir de los ochenta y noventa se extendería a los países europeos, encontrando en la crisis de 2008 un contexto adecuado para desarrollarse.

El resultado de tales políticas en los Estados Unidos fue **el creciente endeudamiento** de las familias por el aumento del crédito (una «deuda privada que en febrero de 2009 llegó a equivaler cerca de tres veces el PNB norteamericano»), ya que resultaba imprescindible mantener los niveles de consumo a pesar de la extendida merma en los ingresos salariales. El crecimiento económico norteamericano se basaba, pues, en **la formación de una enorme «burbuja de crédito»** que, inevitablemente, tendría que terminar estallando, máxime cuando la economía se apoyaba cada vez más en las finanzas, los seguros y los inmuebles, y ello en un marco regulador cada vez más laxo que favorecía la especulación[1].

A ello se unió el hecho de que, desde 2001, con el fin de favorecer la inversión y las ganancias, la Reserva Federal fue **rebajando el tipo de interés**, que llegó a ser, si se lo ajustaba a la inflación, negativo. Esto desató un **auténtico furor por la compra de viviendas**, cuyo precio comenzó a subir (entre 2000 y 2005 en un 50 por ciento), lo cual creó una ilusión de riqueza para sus propietarios, que, animados por los bajos tipos de interés, se endeudaron aún más, agravando el fenómeno de la burbuja crediticia. Una

[1] Fontana, J. (2011). *Por el bien del imperio*. Barcelona: Pasado&Presente, p. 933.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

actuación que era fomentada por las entidades financieras, que animaban a la adquisición de hipotecas aun «a sabiendas de que muchos no podrían atender a la larga las obligaciones que asumían». Este tipo de hipotecas de elevado riesgo (*subprime*) se «empaquetaban» con otros productos más seguros para minimizar los riesgos de impago. Todo ello era fomentado, además, por la abundancia de liquidez en los Estados Unidos, los cuales, confiados en su propio crédito exterior, trataban de compensar el enorme déficit de su balanza comercial fomentando la compra extranjera de deuda pública norteamericana.

Todo ello se fue complicando desde el momento en que los riesgos no afectaron únicamente a las hipotecas, sino a todo un conjunto de productos derivados de una gran complejidad en los que se vio envuelto todo el sistema financiero, así como de agencias aseguradoras y evaluadoras. Así hasta que **estalló la burbuja inmobiliaria** y las pérdidas originadas por los activos «tóxicos», que resultaban impagables, se extendieron al conjunto de los valores «y colapsaron el sistema bancario, afectando gravemente las funciones que este desempeña en la marcha ordinaria de la economía como proveedor de crédito a las empresas[2]». Previendo esta situación ya a fines de 2006, Goldman Sachs vendió sin ningún escrúpulo todas sus hipotecas *subprime* a sus clientes, lo que se unió a todo tipo de fraudes en los que, tal y como se descubriría poco después, habían estado embarcadas las entidades financieras durante años.

Con el **estallido de la crisis en el verano de 2007, los mercados financieros se hundieron a gran velocidad**, provocando la quiebra de grandes empresas dedicadas al crédito hipotecario o los seguros, afectadas por la caída de los precios del mercado inmobiliario norteamericano. Ello contagió inmediatamente a otros mercados, ya que aproximadamente una cuarta parte de las hipotecas norteamericanas se habían colocado en el extranjero. Dada la envergadura del fenómeno, en 2008 el gobierno Bush decidió intervenir, contradiciendo su propia tesis del neoliberalismo económico, de manera que el Estado respaldó a numerosas empresas para evitar su ruina completa, asumiendo él mismo un gran volumen de deuda. Este **rescate a los bancos y a las empresas** –que se calculó en unos setecientos mil millones de dólares en septiembre de 2008-, sin contrapartidas para el Estado, se dirigía a tratar de restaurar la actividad crediticia de los bancos para así reactivar la actividad económica, cosa que no ocurrió, aunque los bancos sí recuperaron su poder y restablecieron los beneficios de sus directivos. En cambio, se abandonaba a su suerte a millones de desahuciados que no podían hacer frente a sus hipotecas y a miles de pequeñas empresas y bancos arruinados.

[2] Ídem, pp. 934-935.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

El mismo fenómeno ocurrido en Estados Unidos vino a producirse en otros países, como **Gran Bretaña, Irlanda o España**, donde se habían alimentado las burbujas de especulación inmobiliaria al tiempo que se mantenían balanzas comerciales desequilibradas. En todos ellos, además, los gobiernos acudieron al rescate de las grandes empresas afectadas, provocando de esta forma un engrosamiento espectacular de la deuda pública.

Como queda dicho, la **recuperación de la actividad de las entidades financieras norteamericanas** fue muy rápida. Estas habían vuelto, entre 2009 y 2011, a sus habituales volúmenes de negocio, invirtiendo nuevamente en complejos activos financieros y repartiendo sustanciosos beneficios entre sus directivos. **Lo cual no significa que la crisis económica hubiera sido superada**, puesto que se había producido una sustanciosa contracción de la demanda generada por la pérdida de ingresos de los trabajadores. Todo ello tenía graves consecuencias sobre el empleo y los niveles salariales, laborales y de vida de buena parte de la población. Mientras que una estimación real de paro en Estados Unidos lo elevaba en 2011 a un 17 por ciento, en la zona euro venía a situarse en el 9,9 por ciento, elevándose hasta el 20 por ciento en España. Según un informe de la ONU de 2017, la «enorme riqueza y conocimiento» de Estados Unidos «contrastan de forma chocante con las condiciones en las que viven grandes cantidades de sus ciudadanos. Unos 40 millones viven en pobreza, 18,5 millones en pobreza extrema y 5,3 millones viven en condiciones de pobreza extrema propias del tercer mundo[3]»

Así pues, puede concluirse que **la crisis y la gestión de la misma contribuyeron a acentuar las desigualdades sociales**, mientras que se evitó una regulación de los mercados financieros por la resistencia ofrecida por los grandes bancos, una situación que continuó durante el gobierno de Obama. Las políticas asumidas tanto en Estados Unidos como en Europa de **restricción del gasto social** con el fin de mantener los beneficios fiscales a las grandes empresas y las altas rentas tienen una de sus causas en la influencia alcanzada por los intereses empresariales. El elevado déficit asumido por los estados ha conducido a la imposición de estrictas medidas de austeridad que están acarreando, según aducen numerosas voces, el desmontaje del llamado «Estado del bienestar», esto es, de beneficios sociales compensatorios a ciertas capas sociales.

[3] Bermúdez, Á. (28/06/2018), «7 duras críticas a Estados Unidos por la pobreza extrema que hay en el país más rico del mundo (y que el gobierno de Trump rechaza)», BBC. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-44622380

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

La crisis se agravó en la zona euro especialmente a partir de 2010, al cargarse la responsabilidad de la misma a la deuda pública. Así ocurrió primero con **Grecia**, a la que se ha obligado a duros reajustes a cambio de préstamos para salvar la credibilidad de sus títulos de deuda pública, la mayor parte de los cuales se hallan en poder de la banca internacional, continuando con **Irlanda** y, en 2011, con **Portugal, España e Italia**. Unas deudas públicas las de estos países que se encontraron en permanente situación de «ataque» por parte de los especuladores internacionales y que llevaron a sus gobiernos (carentes, entre otras cosas, de autonomía monetaria por su vinculación al euro) a aplicar duras medidas de ajuste según las recetas dictadas por el Fondo Monetario Internacional y las autoridades monetarias de la Unión Europea, y que parecen responder a dictados tanto de Washington como de Berlín. Todo ello con el consiguiente aumento del paro, contracción de la demanda y pérdida de todo tipo de derechos de los trabajadores de tales países.

Así pues, aunque se ha especulado con que el origen de la crisis se encuentra en un aumento descontrolado de los niveles de deuda pública, lo cierto es que «un análisis de las cifras de las últimas décadas muestra **que los déficits y las deudas de los gobiernos estaban en 2008, al comienzo de la crisis, en un mínimo histórico**. El problema lo causó el **aumento incontrolado de la deuda privada**, y la actuación de los gobiernos que la asumieron al llegar la crisis[4]».

Por otro lado, hay que contar, en el contexto europeo, con un factor de primera magnitud: **la preponderancia creciente de Alemania**, que ha estado condicionando toda la evolución económica del continente en las últimas décadas. La potencia exportadora de este país le ha llevado a hacerse con grandes beneficios, y a sus bancos a prestar masivamente a los países del sur -con su consecuente endeudamiento-. Los bancos de estos últimos a su vez prestaron incontroladamente a los grandes constructores y estimularon el endeudamiento de los particulares, que en una considerable proporción, una vez iniciado el estallido de la burbuja, no pudieron hacer frente a los pagos. Por otra parte, una vez elevados artificialmente los activos de los países del sur, las inversiones alemanas se habrían desviado buscando nuevos horizontes de negocio.

Actualmente, **la política alemana respecto a la crisis de los países del sur de Europa** ha sido el de la exigencia permanente de duras políticas de ajuste y austeridad, las cuales, sin embargo, no les han permitido el pago de su deuda. Esta, por el contrario,

[4] Fontana, J. (2013). *El futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de comienzos del siglo XXI*. Barcelona: Pasado&Presente, p. 60.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

no ha hecho sino crecer, al tiempo que los presupuestos públicos se han empleado para sanear las pérdidas multimillonarias de las entidades financieras. Según algunos analistas, como Michael Hudson, estas políticas no responden sino al interés premeditado de favorecer a las oligarquías financieras y domésticas, las cuales progresivamente se han hecho con el control de los recursos de los estados.[5] De esta forma, **grandes bancos y los más poderosos grupos de interés económico tendrían bajo su poder a países y poblaciones enteras** por medio, entre otras cosas, de la tenencia de un montante de deuda que resulta impagable, así como del constante debilitamiento de la capacidad económica del estado, que permanentemente va privatizando y desprendiéndose de todos sus activos, propiedades y recursos.

En consonancia con esta lógica, el trabajo y los recursos sociales estarían mayoritariamente dirigidos a satisfacer una deuda que, sin embargo, permanentemente se amplía por el efecto de la acumulación de intereses y de nuevos préstamos que se contraen exclusivamente para el pago de intereses previamente comprometidos. Al mismo tiempo, la contracción generada por las políticas de austeridad (con menores niveles de actividad y de capacidad de consumo, y por tanto de capacidad recaudatoria de los gobiernos) haría aún más difícil superar la espiral de endeudamiento. Un panorama que, según el autor citado (antiguo analista y asesor en Wall Street), **no tendría otro fin que revertir completamente las políticas keynesianas aplicadas en Estados Unidos y Europa** a partir de los años treinta del siglo pasado. Y con ello, **lograr la completa subordinación de los estados a los poderes económicos y financieros**, la desestructuración de la organización sindical y la desactivación del poder electoral, pues en realidad los gobiernos habrían perdido la capacidad de poseer un programa de gobierno autónomo.

Tal y como había descrito Paul Krugman para el caso norteamericano[6], se trataría, según esta hipótesis, de medidas políticas (y no de emergencia económica a resultas de la crisis, sino *aprovechando* la misma) para provocar un cambio en la estructura del poder económico, haciendo retroceder el sector público y debilitando el movimiento sindical, y fortaleciendo la intromisión directa de los intereses privados en la dirección política.

[5] Hudson, M. (06/12/2011). «Europe's Transition From Social Democracy to Oligarchy». Recuperado de http://michael-hudson.com/2011/12/europes-transition-from-social-democracy-to-oligarchy/

[6] Krugman, P. (2008). *Después de Bush: el fin de los 'neocons' y la hora de los demócratas*. Barcelona: Crítica.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

En el caso europeo, esta hipótesis podría quedar confirmada por la **capacidad directiva del Bundesbank y del gobierno de la canciller alemana Angela Merkel** sobre las políticas europeas y sobre la estrategia del propio Banco Central Europeo. Por otra parte, las exigencias de austeridad quedarían contradichas por las propias presiones alemanas a Grecia para la compra de armamento germano, del que Grecia ha sido el mayor comprador europeo, a lo que se unirían los negocios de numerosas empresas de Alemania en el país heleno, aprovechándose, entre otras cosas, de la corrupción de sus dirigentes.

Uno de los países de la Unión que más duramente ha sufrido los efectos de la crisis ha sido, precisamente, **Grecia**, donde una considerable burbuja, unida al fraude y corrupción gubernamentales, dieron lugar a una situación crítica que motivó la aprobación de dos rescates financieros a país, que fueron aplicados por la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Unos fondos que, sin embargo, debió sufragar en buena medida la propia Grecia.

Las **condiciones de dichos prestamos fueron draconianas.** Las denominadas medidas de "austeridad" supusieron fuertes recortes del sector y los gastos públicos que acarrearon descensos notables en la productividad y, por tanto, de la recaudación fiscal, que resultaba insuficiente para el pago de una abultadísima deuda. En efecto, **las condiciones de los préstamos del FMI y de la Unión Europea** han exigido una fuerte contracción del sector y los gastos públicos, correspondiendo a las denominadas medidas de «austeridad». Todo ello supuso, entre otras cosas, el despido de miles de funcionarios, la contracción de las pensiones (de un 40% en 2011) y los salarios de los funcionarios públicos (de un 15% en el mismo año), retrasos en la edad de jubilación, aumentos de los impuestos o políticas de privatización. Por otra parte, las condiciones para la concesión de un segundo rescate implicaron una intervención directa en la economía griega, lo que fue «considerado como la mayor cesión de soberanía de un Estado en tiempos de paz[7]».

Aunque el profundo descontento social llevó al poder al partido de izquierdas **Syriza**, liderado por **Alexis Tsipras**, este dio continuidad a las políticas neoliberales anteriores. Así, el proceso de privatizaciones se llevó a cabo con opacidad~~,~~ y tomó la forma de una

[7] Máiquez, M. (10/06/2012). «Rescatados, pero ni sanos ni salvos: Así están Grecia, Irlanda y Portugal tras las ayudas.» *20minutos.es*. 10/06/2012. Recuperado de http://www.20minutos.es/noticia/1505974/0/rescate/crisis-del-euro/grecia-irlanda-y-portugal/#xtor=AD-15&xts=467263. 10/06/2012.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

venta a saldo al mejor postor (no siempre beneficiando al Estado griego), al tiempo que «el programa de privatizaciones impuesto a Grecia orquesta la transferencia de propiedades más importante jamás operada en un país de la Unión Europea»[8].

Aunque oficialmente la crisis se ha dado por concluida en **Grecia, las condiciones sociales y económicas continúan siendo dramáticas**. La deuda ronda el 180% del PIB, el cual, tras haber caído un 29% entre 2008 y 2014, se recupera hoy muy tímidamente (creció un 1,9% en 2018), lo que no cubre las exigencias impuestas por los acreedores. Mientras, «los hogares griegos han visto reducidos en un 40% sus ingresos en la última década, [...] el desempleo ronda hoy el 20% (aunque el juvenil supera el 40%) frente al pico máximo del 30% (y el 60% para los jóvenes) en los peores años de la crisis. En 2015, según Eurostat, el 41% de los griegos sufrían algún tipo de privación material; es decir, dificultades para afrontar necesidades básicas como alimentación, calefacción y pago de alquiler o hipoteca; del total, en el 22% de los casos la privación era severa[9]». Por otro lado, y a pesar de todo el pragmatismo adoptado, **Syriza pierde las elecciones generales en julio de 2019** frente a la derechista Nueva Democracia, justamente el partido que falseó los montantes de deuda pública antes de la crisis de 2008, una práctica que hizo esta última más virulenta.

En **España**, la crisis vivida desde el año 2008 ha seguido los mismos parámetros generales ya descritos. Mientras que los niveles de deuda pública eran entonces bajos y existía superávit en las cuentas de la Seguridad Social, los de la deuda privada eran, en relación al tamaño de su economía, de los más altos del mundo. Por otra parte, los bancos, alimentados con abundante crédito alemán, habían invertido, como se ha comentado, en la especulación urbanística y en la financiación del crédito privado para la adquisición de tales viviendas. Un **sobreendeudamiento** que se manifestó como inviable a partir de ese año y que tratará de subvenirse, como había ocurrido en los Estados Unidos, con rescates bancarios por parte del Estado. La **reestructuración del sistema financiero español** habría requerido, en 2013, según diversas fuentes y diferentes formas de estimación, entre 100.000 y 220.000 millones de euros. Una parte de ellos sería asumida por el propio fondo de rescate europeo; y muchos de los mismos no resultan recuperables. Aunque una parte de estos fondos era de naturaleza privada, la mayor parte provenía de dinero público.

[8] KADRITZKE, Niels (2016), «Gran liquidación en Grecia», *Le Monde diplomatique en español*, julio, p. 12.
[9] Sánchez-Vallejo, M. A. (07/09/2018), «Los nuevos pobres de Grecia», *El País*. Disponible en: https://elpais.com/economia/2018/09/05/actualidad/1536162493_028347.html?rel=lom

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Aparte de que este endeudamiento multimillonario por parte del Estado depreció el valor de la deuda pública española, **los montantes de deuda pública** continúan siendo hoy muy elevados, rondando el 98% del PIB en 2019. Aunque las **tasas de desempleo** en nuestro país se han ido reduciendo respecto a los niveles más altos de la crisis (rondan actualmente el 14%, frente a casi el 27% en 2013), lo cierto es que ello se ha realizado a costa de la continua **precarización del empleo** (especialmente entre la población juvenil) y de la continuación en la **contracción de los salarios**, lo cual, además, afecta especialmente a los salarios más bajos y a los trabajos más precarios. Así, después de una fase de estancamiento salarial entre 1998 y 2011, entre 2012 y 2017 tiene lugar un desplome de los salarios a pesar del aumento de la productividad[10], lo que significa una apropiación creciente, por parte del beneficio del capital, de la renta generada. Al mismo tiempo, la **disparidad salarial** también ha aumentado (lo cual es paralelo al crecimiento exponencial de las desigualdades en general). España se encuentra entre los países de la UE con mayores disparidades salariales, al mismo nivel que Grecia y solo detrás de Lituania, Rumania y Bulgaria.

La **senda de recuperación económica** (crecimiento del PIB), iniciada en la Zona Euro a partir de 2009, **ha resultado débil y repleta de incertidumbres**. Sin embargo, vino alentada por algunos factores favorables, como unos precios del petróleo bajos y la contención de los salarios. Así, aunque en conjunto la economía europea aún crece, lo hace muy débilmente, y sus principales economías parecen peligrar. **Alemania** se encontraba en el segundo trimestre de 2019 al borde de la recesión por la caída de sus exportaciones, mientras que, en el caso de **Italia**, su PIB se ha estancado y sus previsiones de crecimiento se han visto rebajadas. Al mismo tiempo, determinados medios especulan con que la **economía británica** pudiera haber entrado en recesión a resultas del *brexit*. La ralentización del comercio mundial y la rivalidad comercial entre Estados Unidos y China parecen contribuir a esta situación. No obstante, hay que contar con importantes factores de debilidad de las economías europeas, como el hecho de que no se haya logrado la convergencia entre ellas, la persistencia de muy altos niveles de deuda, ~~o~~ la dependencia exportadora alemana o los puntos flacos del sistema financiero europeo, con un alto volumen de créditos morosos o incobrables.

Por otra parte, existen **otros factores preocupantes**, como las altas cifras de paro en algunos estados miembros (como en Grecia, España, Italia o incluso Francia, esta última

[10] Gómez, V., Ruesga, S. M. (19/05/2018), «Los salarios en España durante el último medio siglo (II)», *El Confidencial*. Disponible en: https://blogs.elconfidencial.com/espana/tribuna/2018-05-19/salarios-espana-ultimo-medio-siglo_1565857/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

con un nivel del 9,1% a finales de 2018), por no hablar del desempleo juvenil, que supera ampliamente el 30% en algunos de ellos. También son altos los índices de población en riesgo de pobreza o exclusión social, así como los de desigualdad, todos ellos en niveles superiores al inicio de la crisis. Tampoco parece haber llegado la recuperación a los salarios. Así, en algunos países de la Unión, como España, siguen bajando los salarios a pesar del crecimiento económico y de la inflación, «por lo que la pérdida de poder adquisitivo es manifiesta». En cuanto a las cuentas públicas, algunos países, como España, Francia o Reino Unido, siguen teniendo un déficit excesivo[11]. A esta situación hay que unir el **desmantelamiento del estado social** y la **desregulación del mercado laboral** que desde hace años se viene produciendo en los países europeos. No hace mucho hablaba un autor del «infierno del milagro alemán», que había convertido «a los desempleados en trabajadores pobres[12]». Una deriva que se sigue, por ejemplo, en Francia, donde el modelo alemán es sumamente alabado.

En definitiva, se ha llegado a hablar de una "japonización" de la economía de la zona euro, con un indeseable «equilibrio de bajo crecimiento, baja inflación, alta deuda pública, y política monetaria extraordinariamente expansiva con tipos de interés negativos y compras masivas de deuda pública por parte de su banco central.»[13] Dentro de esta situación, lo que parece especialmente preocupante es que los tipos de interés tan bajos no lleven al aumento de la inversión, lo que es indicativo de una desviación de los beneficios empresariales hacia activos financieros externos.

Por su parte, en **Estados Unidos**, como ya se apuntó, las entidades financieras han vuelto a obtener elevados índices de beneficios e, igualmente, han regresado a las prácticas de alto riesgo. Desde 2010 la economía norteamericana ha tenido una evolución positiva, si bien hay que apuntar importantes debilidades estructurales de su economía, como el adelgazamiento de su sector industrial, su enorme volumen de deuda pública y privada, además de su importante déficit comercial, las amplísimas desigualdades sociales y las grandes bolsas de pobreza y desempleo (a pesar de las buenas cifras oficiales de paro) o la precariedad laboral. Debido precisamente a su acusado déficit comercial, Estados Unidos, de la mano de su presidente Trump, ha iniciado una senda

[11] Ríos, B. (10/08/2017), «¿Ha superado realmente Europa la crisis? Los salarios y el desempleo desmienten a Bruselas», *El Mundo*. Disponible en: http://www.elmundo.es/economia/macroeconomia/2017/08/10/598b57dfe2704e89158b45d0.html

[12] Cyran, O., «El infierno del milagro alemán», *Le Monde diplomatique en español*, septiembre de 2017, pp. 1 y 6-7.

[13] Carrión, Miguel (21/08/2019), «Tipos hundidos, bonos bajo cero, alta deuda pública: la eurozona está japonizada», *eldiario.es*. Disponible en: https://www.eldiario.es/economia/eurozona-japonizada-desjaponizara_0_933356962.html

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

proteccionista que afecta de forma importante a su comercio con sus principales socios comerciales, como China o la Unión Europea. Aunque desde el gobierno se espera que esto potencie a medio plazo la producción nacional, de momento causa nuevos costes y una elevada incertidumbre.

Un caso significativo es el de **Japón**, considerada la tercera economía mundial, a pesar de que lleva en virtual estancamiento desde hace al menos veinte años (y que por eso es llamado «el enfermo económico mundial»). A pesar de una política de fuertes estímulos fiscales y monetarios desde 2012, ha continuado, en líneas generales, lo que se ha llamado la «"tormenta perfecta»: bajo crecimiento, tipos de interés cero, inflación nula y altísimo endeudamiento[14]». Un tímido crecimiento que al parecer se sostiene gracias un yen débil que facilita las exportaciones, pero no por la fortaleza de la demanda interna. Además, el banco central de Japón ejerce una política de estímulos al crecimiento (masiva compra de bonos de deuda pública, tasas de interés negativo) llena de riesgos, que puede otorgarle poco margen de maniobra en caso de estallido de otra crisis. Por otra parte, Japón es, según su volumen de deuda pública respecto a su PIB, el país más endeudado del mundo (superó en 2016 el 235%).

Casos también significativos han sido los de los llamados **BRICS**, o los denominados países emergentes, en los que, durante algunos años, se pusieron esperanzas de recuperación económica global. Se trata de un conjunto de cinco potencias, **Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica**, considerados como un bloque en 2001 por algunas características semejantes, pero cuyos caminos parecen hoy divergir. Aunque en un primer momento parecía que soportaban bien los efectos de la crisis, hoy resultan patentes las debilidades de sus respectivas economías. Aunque **Brasil** ya no se encuentra oficialmente en recesión tras algo más de dos años de cifras negativas en su PIB (2015, 2016 y primer trimestre de 2017), su crecimiento continúa siendo muy débil o en retroceso. Factores tales como un crecimiento espectacular de la deuda pública o del paro contribuyeron decisivamente al acceso al poder de un presidente de extrema derecha, Jair Bolsonaro.

En cuanto a **Rusia**, el desplome de los precios del petróleo a partir de 2014, más el peso de las sanciones económicas occidentales por la crisis de Ucrania, hicieron depreciarse el rublo notablemente y golpearon con fuerza la economía rusa. Esta, no obstante, parece

[14] Santacruz, J., «Japón se hunde en la 'tormenta perfecta': estancamiento, burbuja y deuda», *Libre Mercado*, 8 de febrero de 2016. http://www.libremercado.com/2016-02-08/japon-se-hunde-en-la-tormenta-perfecta-estancamiento-burbuja-y-deuda-1276566903/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

irse recuperando, al parecer, en parte, por una política industrial de sustitución de importaciones. Habiendo salido de la recesión, su crecimiento actual es, no obstante, también débil. **China** contrae su crecimiento, aunque continúa siendo alto (de un 6,6% en 2018), lo cual posee repercusiones mundiales de gran envergadura. **India**, aunque experimentó un fuerte freno a su crecimiento a partir de 2010, crece nuevamente con índices elevados (de más de un 7% en 2018). Por otra parte, las contradicciones del país (desigualdades, debilidad en las infraestructuras, etcétera, siguen siendo muy considerables). Y en lo que respecta a **Sudáfrica**, su crecimiento resulta débil (o incluso negativo), a lo que se une la precariedad de sus infraestructuras, que constituye un lastre, así como las tensiones sociales que soporta un país donde continúan existiendo enormes desigualdades (con la creación de una nueva élite negra súper enriquecida). Sin duda, el liderazgo del grupo de los BRICS corresponde a China y Rusia, que son los socios principales y con mayor peso político. Y aunque su objetivo no declarado es tratar de reducir su dependencia de Europa y de los Estados Unidos aumentando la cooperación entre ellos a todos los niveles, los conflictos bilaterales y los grandes desequilibrios entre los países del grupo entorpecen estos objetivos.

Como se ha apuntado, en general, los índices de recuperación tras el crack del 2008 resultaron débiles teniendo en cuenta un factor económico crucial: **el precio del petróleo**. Efectivamente, este se desplomó desde junio de 2014 -cuando se cotizaba a 120 dólares el barril Brent-, hasta alcanzar mínimos históricos en enero de 2016, con una cotización de solo unos 27 dólares. Hay que tener en cuenta, además, que **no solo bajó el precio del petróleo, sino también el de otras materias primas**, como el níquel, el hierro, el zinc o el platino, e incluso de alimentos, como el aceite de soja; y ello a pesar de que la disponibilidad de estos recursos decrece rápidamente (incluyendo la tierra y el agua) y la población mundial aumenta a marchas aceleradas.

Desde noviembre de 2016 se acordó, por parte de los países productores de petróleo, **limitar la oferta de crudo con el fin de estimular los precios al alza**. Si la estrategia de bajos precios había tenido como objetivo, entre otros, poner en dificultades a las economías de países como Irán, Rusia o Venezuela, grandes productores, comenzaban a sentirse sus efectos negativos también sobre otras, como la de Arabia Saudí. Si bien los precios han experimentado alzas considerables (el barril Brent llegó a superar los 80 dólares a finales de 2018), lo cierto es que factores tales como las sanciones de Estados Unidos a países como Irán y Venezuela, el incremento de la producción petrolera estadounidense o la desaceleración económica mundial ejercen

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

presiones a la baja, lo cual dota de un balón de oxígeno a economías consumidoras, como la española.

En definitiva, puede afirmarse que los **procesos de recuperación económica** tras la gran crisis de 2008, que sacudió muy gravemente el panorama económico mundial**,** resultan, más de una década después, **débiles e inseguros. Se saldan, además, sobre todo, a costa de un aumento considerable de la desigualdad social**, que refleja índices crecientes. Así, autores como Bichler y Nitzan «muestran cómo la proporción de la riqueza apropiada por la élite económica ha alcanzado una cota tan alta que estaría próxima a lo que estos autores denominan "las asíntotas del poder", y que solo podría incrementarse mediante un ejercicio de una elevada dosis de violencia». Una aseveración que parece confirmarse con una mayor tendencia de los poderes públicos a la represión y al endurecimiento de las sanciones por la protesta social. En general, los índices de desigualdad social se han incrementado en todo el mundo, lo que indica claramente que la crisis ha favorecido considerablemente a los más acaudalados. Así, en 2015, por primera vez en la historia, el 1% de los más ricos llegó a acumular tanto patrimonio como todo el resto del mundo junto.

En general, **las previsiones para la evolución de la economía mundial son más bien sombrías**. Aunque el **PIB de las principales economías mundiales** ha crecido durante un tiempo, lo ha hecho, en general, débilmente, y últimamente han experimentado nuevos retrocesos (como en los casos de Japón o Italia). Por otra parte, es muy posible que **este crecimiento se haya debido fundamentalmente al «tirón» que supone la demanda de la economía china en el conjunto**. China es considerada por el FMI «el motor de crecimiento de la economía mundial, representando más de la mitad del crecimiento del PIB mundial en los últimos años». Por otra parte, «las economías capitalistas 'desarrolladas' están creciendo a su ritmo más bajo en décadas», y la influencia de una economía como la estadounidense en el conjunto sigue siendo determinante, sobre todo por sus altos niveles de deuda en el contexto de un Estado muy descapitalizado (al contrario que en el caso chino). En Estados Unidos, empero, los beneficios industriales crecen muy débilmente, lo que se une a un altísimo nivel de deuda. Una combinación que es considerada de alto riesgo[15].

[15] Roberts, M. (23/09/2017). «¿Recuperación?», *El Viejo Topo*. Disponible en: http://www.elviejotopo.com/topoexpress/recuperacion/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Tema 7. El complejo tablero de Próximo y Medio Oriente

Especialmente tras la **segunda guerra del Golfo Pérsico** (iniciada en 2003), que trajo consigo la destrucción de Irak y su caída en el caos faccioso, la situación en Oriente Próximo se deterioró considerablemente. El desorden iraquí (que se unía al afgano, con el ascenso al poder de los talibanes) trajo consigo el fortalecimiento de las fuerzas fundamentalistas en toda la región, que bebían de la versión del islam oficial en Arabia Saudí (el wahabismo). Al mismo tiempo, el gobierno Bush respaldó en Irak un gobierno de carácter chiita (aunque prooccidental) que, indirectamente, acabó fortaleciendo a Irán (también chiita, pero enfrentado a las políticas occidentales) como potencia regional. Ello provocó la actualización y robustecimiento de la **fundamental alianza antiiraní** establecida entre Estados Unidos, Arabia Saudí, Israel y Turquía, que puede considerarse uno de los principales vectores que han guiado la geoestrategia en Oriente Medio hasta hoy.

Así pues, **pieza clave en la zona de Oriente Próximo es Irán**, un régimen teocrático islamista chií que ejerce una considerable influencia sobre el gobierno chií de Irak, sobre las milicias libanesas de Hezbolá, sobre Hamas en Palestina (aunque sunita) y sobre los chiíes de Yemen. Según un analista como E. Todd, «la revolución iraní está desembocando hoy, ante la sorpresa general, [...] en una estabilización democrática, con elecciones que, sin ser libres, no dejan de ser esencialmente pluralistas, con reformistas y conservadores, derechas e izquierda[1]». Se trata, en efecto, de un régimen parlamentario en el que, a pesar de que la figura del Líder Supremo o jefe de Estado (principal autoridad política y religiosa) ejerce una labor de orientación esencial, va tomando un camino de modernización social (altos índices de alfabetización, reducción de la fecundidad, cierta participación de la mujer en la vida política y social); en todo lo cual contrasta con un régimen como el de Arabia Saudí, mucho más anquilosado.

Irán constituye, desde la revolución islamista que llevó al poder al ayatolá Jomeini en 1979, un actor clave en la política de la zona, caracterizado por su oposición radical a la política de Occidente y en especial contra Israel. En 2002, Irán fue incluido por el presidente estadounidense George W. Bush en lo que este gobierno consideraba el "Eje del Mal", junto a otros países, como Irak o Corea del Norte. El temor de que Irán pudiese desarrollar un programa nuclear propio hizo que se le impusiese un durísimo conjunto de sanciones económicas que ha ahogado la economía del país. A

[1] Todd, E. (2012). *Después de la democracia*. Madrid: Akal, p. 34.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

pesar de todo, el recelo de Estados Unidos a una guerra contra el país persa, que podría empantanar sus tropas aún más en Irak y Afganistán y favorecer que la potencia norteamericana se viese amenazada frente a sus rivales China y Rusia -sus principales amenazas-, favoreció un **acuerdo nuclear con Irán** en julio de 2015. En efecto, **la alianza con Israel en la zona podría arrastrar a Estados Unidos incluso a una guerra nuclear** desde el momento en que el primero pudiera estar dispuesto a emplear su propio armamento nuclear contra el país chií, de lo cual existen algunos indicios[2]. Esto desbordaría probablemente la propia capacidad norteamericana de gestión de los conflictos mundiales, ya que Irán constituye un país muy poblado (más de 80 millones de habitantes), con un peso específico muy importante en la región y con importantes conexiones exteriores. De hecho, resulta posible que la administración norteamericana ya hubiera cedido a la guerra contra Irak en parte, precisamente, por presiones de su aliado israelí.

El **acuerdo nuclear con Irán** (firmado entre ese país y otras seis potencias internacionales, China, EE.UU., Francia, Gran Bretaña, Rusia y Alemania), provocó sin embargo un fuerte rechazo entre los principales aliados estadounidenses en Oriente Medio, fundamentalmente Israel y Arabia Saudí. Finalmente, Estados Unidos, en la figura de su presidente Trump, ha acabado cediendo a estas presiones y rompió unilateralmente, a mediados de 2018, el acuerdo nuclear con el país persa, restableciendo sobre él de manera inmediata las sanciones. A esta medida se opusieron, sin embargo, tanto la Unión Europea como Rusia y China, que perdían con ella el acceso a un inmenso mercado. En esta situación de bloqueo, a pesar de haber cumplido con los términos establecidos en el acuerdo nuclear, Irán se ve inmerso en una grave crisis económica, política y social, con altas tasas de paro, desindustrialización e inflación, y considerables niveles de descontento social, que ya trajeron un estallido entre finales de 2017 y comienzos de 2018.

Así pues, resulta constatable que **la fuerte oposición política entre Israel, apoyado incondicionalmente por Estados Unidos, y parte del mundo árabe, en buena medida liderado por un Irán cada vez más aislado en los últimos años, ha constituido durante mucho tiempo el punto crucial de la conflictividad en Oriente Medio**; una conflictividad, sin embargo, que no es reciente. Nace con el surgimiento del estado de Israel en 1948 y su formulación como un estado con base racial. De hecho, se establece sobre el **fracaso de las Naciones**

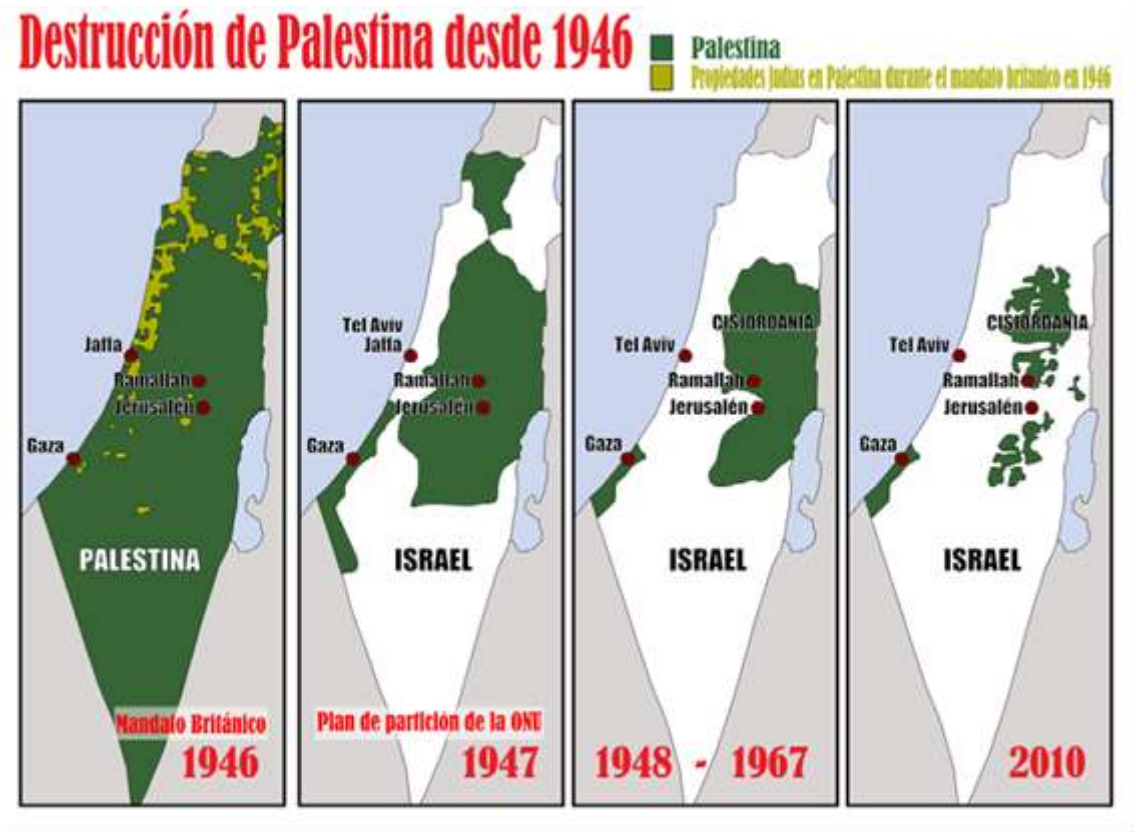
[2] Ravid, B. (23/08/2015). «Barak: Steinitz, Ya'alon Thwarted Iran Strike in 2011», *Haaretz*. Recuperado de www.haaretz.com/israel-news/1.672335

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Unidas de lograr un estado palestino unitario en el que pudieran convivir árabes y judíos, un plan al que se opusieron en su momento estos últimos apoyados por los Estados Unidos y la Unión Soviética. Algunos de los promotores originales del nuevo estado de Israel, como su primera ministra Golda Meir, se decantaron por el sionismo, según el cual su condición de pueblo elegido por Dios les dotaría del derecho a la posesión en exclusiva de los territorios de la Palestina bíblica, lo cual los ha colocado en una situación de permanente conflicto con la población árabe palestina, que ocupaba tales territorios con anterioridad a la fuerte inmigración judía acaecida desde el periodo de entreguerras. La sistemática reducción de los territorios árabes palestinos desde entonces, la ocupación israelí de territorios de países árabes vecinos (Egipto, Siria y Líbano principalmente) y el desarrollo de una ideología panarabista en algunos de los países árabes del entorno durante algunos años de la guerra fría, enconaron la rivalidad con Israel. Esta rivalidad, aunque con vaivenes y cambios importantes de política, se ha mantenido hasta la actualidad. Hoy la polaridad fundamental se mantiene entre Israel y el propio Irán, una vez que países como Egipto o Libia (la guerra de Siria ha tenido mucho que ver con intento de romper la alianza del país alauita con el persa) han quedado descartados como aliados de Irán en la zona.

La situación en Palestina ha tendido, pues, **al enconamiento**. Tras el fracaso de las negociaciones en Camp David en 2000, la segunda Intifada facilitó el triunfo en las elecciones de 2001 de Ariel Sharon, miembro de la línea más dura en el lado israelí. Con él se intensificó la represión a los palestinos, Cisjordania sufre un proceso de reducción sistemática de los asentamientos palestinos a costa de los asentamientos de colonos judíos, la franja de Gaza ha sido aislada, viéndose en ella sus habitantes confinados. En efecto, el gobierno israelí ha promovido la colonización judía (en muchos casos de extremistas religiosos) en los territorios ocupados. Una situación que contribuye considerablemente a la exacerbación de los ánimos, pues la población palestina no solo aumenta considerablemente (a pesar de la huida de población como refugiados a países limítrofes), sino que además ha sufrido procesos de demolición de sus viviendas como medidas de represalia por supuesta afiliación o colaboración en actos de terrorismo de sus habitantes o familiares de los mismos.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)



Mapas de la evolución de territorios palestinos e israelíes desde 1946.
Fuente: https://docsandtheworld.com/2016/12/08/13-documentales-sobre-palestina/

Las elecciones palestinas de 2006 dieron la victoria a **Hamas**, el ala radical del movimiento palestino. Hamas constituye un movimiento islamista que aspira al establecimiento de un estado islámico en todos los territorios de la Palestina histórica, que no reconoce al estado de Israel y que ha sido considerado como organización terrorista por parte de este último, Estados Unidos y la Unión Europea. El nuevo gobierno no fue reconocido y quedó reducido (tras un fuerte enfrentamiento con su rival Al Fatah, componente fundamental de la Organización para la Liberación de Palestina u O.L.P.) a la franja de Gaza. Un territorio que ha sufrido no solo el bloqueo israelí, sino varias invasiones de su territorio y operaciones de castigo (con miles de muertos palestinos) por parte del ejército israelí.

Últimamente resulta muy significativa la aprobación, en julio de 2018, por parte del parlamento israelí, de la **Ley Básica que consagra a Israel como «Estado-Nación del pueblo judío»**. Una iniciativa que ha correspondido al gobierno ultraderechista de Benjamin Netanyahu. Ello acentúa el carácter (de hecho) racial del Estado y supone la creación, *de iure*, de un sistema de privilegio para los ciudadanos judíos, lo que implica la discriminación de las minorías que no lo sean. La nueva norma se une a las que ya

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

prohíben la difusión de versiones que afirmen la expulsión y masacre de miles de palestinos a raíz de la ocupación israelí del territorio en 1948 (la Nakba, o "Desastre", para los árabes), que cuestionen la ocupación o que difundan una imagen negativa del ejército.

Actualmente, Israel, tras la destrucción de estados árabes fuertes, como Irak, Siria o Libia, el alineamiento pro-occidental egipcio, el apoyo incondicional de Estados Unidos y Europa con el que cuenta, y su acercamiento a Arabia Saudí (que requiere de su ingente armamento para hacer frente a Irán), no ve necesidad alguna de ceder ante los palestinos.

Asimismo, hay que contar, en Oriente Medio, con otros actores clave: las **autocracias del Golfo Pérsico**, o *petromonarquías*, que poseen la llave sobre las principales reservas petroleras del mundo, y también en buena medida sobre sus precios. Su **versión ultraconservadora del islam**, la wahabita (dentro del sunismo), ha servido de **fundamento doctrinal para fuerzas como las del propio Estado Islámico**, al que se sospecha que países como Arabia Saudí o Qatar han podido financiar[3]. Se trata de monarquías firmes aliadas de Occidente, una colaboración que ha consistido básicamente en petróleo seguro y barato a cambio de protección; no obstante**, en el fuste de dicha alianza han aparecido algunas grietas desde hace algunos años**. Uno de los motivos de ese distanciamiento ha estado en la entrega del poder a los chiitas en Irak tras la segunda guerra del Golfo, lo cual acerca a este país a la órbita de Irán (también chií), algo que también ha irritado a Israel[4]. Otro obstáculo para el entendimiento lo ha constituido, igualmente, como ya se ha comentado, el acuerdo nuclear entre Estados Unidos e Irán de 2015. No obstante, a pesar de las tensiones, **las vinculaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudí son profundas**. Aunque la producción petrolera de Estados Unidos ha aumentado espectacularmente en los últimos años, hasta el punto de haberse convertido en un país exportador, continúa comprando mucho crudo a Arabia (1,8 millones de barriles diarios en el primer semestre de 2017). También son multimillonarias las inversiones saudíes en los Estados Unidos, sobre todo

[3] Arabia Saudí pudiera haber tenido en mente una utilización estratégica del propio EI para la constitución, en última instancia, de un gran califato a su medida, mientras que la utilización norteamericana del mismo pudiera haber poseído una mera función táctica para combatir a otros enemigos considerados, en principio, más peligrosos.

[4] Debe hacerse la precisión de que los chiitas constituyen el colectivo religioso mayoritario en Irak (alrededor del 60%), y que los dirigentes que acceden al poder de la mano de los Estados Unidos, como fue el caso del presidente Maliki, eran profundamente prooccidentales, al contrario de lo que ocurre en el país vecino, Irán. No obstante, esta circunstancia proporciona opciones también a los disidentes chiitas dentro del país, y obstaculiza las pretensiones saudíes de hegemonía sobre todo el mundo árabe.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

en bonos del Tesoro público (lo que contribuye a financiar su muy abultado déficit público), así como sus compras de armamento, y constituye además un aliado clave dentro de la OPEP, que regula en buena medida los precios del crudo. Por otra parte, el país del desierto conforma una plataforma inestimable para las bases norteamericanas en la región, a pesar de que esto ha traído problemas de antiamericanismo y de que para los Estados Unidos constituyen un desprestigio internacional sus estrechos lazos con monarquías feudales que mantienen grandes contingentes de población extranjera semiesclavizada y a la población femenina también privada de derechos fundamentales[5].

Sin embargo, no solo han aparecido desacuerdos entre los Estados Unidos y sus aliados del Golfo por diferentes razones, sino que éstos también se han evidenciado entre las propias monarquías del Golfo Pérsico. Así, **la crisis, desencadenada en ruptura, en el verano de 2017, en el seno de los países del Golfo Pérsico, con el consiguiente aislamiento de Qatar**, es buena muestra de ello. Unas tensiones que tienen como trasfondo las luchas por la hegemonía en la región y dentro, en general, del mundo árabe, lo cual ha conducido a acercamientos sin duda insólitos, como el del régimen de Doha (Qatar) hacia Irán o su cobijo prestado al movimiento de los Hermanos Musulmanes, despojados del poder en Egipto.

Haciendo una retrospectiva sobre la zona, hay que decir que después de la profunda desestabilización provocada en la región por las dos guerras del Golfo pérsico (1990-91 y 2003-11), la situación en Oriente Próximo se vio nueva y seriamente alterada a raíz de las llamadas **«Primaveras árabes» de 2011**. Este fenómeno no respondió únicamente a los deseos de democratización efectiva de las poblaciones de los países implicados, sometidos durante décadas a la corrupción, a -de hecho- regímenes militares y a graves desigualdades sociales. Constituían una manifestación, asimismo, del deseo de cambio de la situación global en la zona, caracterizada por una escasa autonomía política. Sin embargo, los numerosos intereses implicados en una región considerada vital para el planeta por sus recursos petrolíferos o su importancia geoestratégica han llevado a nuevas formas de intervencionismo y al estallido de guerras civiles que, al estilo de Irak o Afganistán, no parecen tener una fácil solución. De hecho, algunos analistas consideran el fenómeno de las llamadas «Primaveras árabes», como también las denominadas

[5] S.A. (07/08/2016). «Assange: El régimen saudí se cuenta entre los principales donantes de la Fundación Clinton», *HispanTV*, 7 de agosto de 2016. Recuperado de http://www.hispantv.com/noticias/ee-uu-/284156/assange-arabia-saudi-donantes-clinton
Ruiz, M. (05/03/2015). «Esclavitud del siglo XXI: trabajadores del Golfo». Estudios de Política Exterior. Recuperado de http://www.politicaexterior.com/actualidad/esclavitud-del-siglo-xxi-trabajadores-del-golfo/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

«Revoluciones de colores» del Este de Europa, fenómenos fundamentalmente inducidos desde el exterior para desestabilizar y finalmente lograr el control de esas zonas del planeta. En muchos casos, el resultado ha sido el fortalecimiento o consolidación de fuerzas islamistas radicales y la marginación o debilitamiento de opciones laicas y panarabistas.

En **Túnez,** tras el derrocamiento del dictador Ben Alí, las dificultades económicas subsisten, el control político sobre la población se acrecienta y la pobreza y el desempleo de la población rural y urbana son alarmantes. En 2015, Estados Unidos designó a Túnez «aliado principal no miembro de la OTAN», estatus que comparte con otros dieciséis países.

En **Egipto**, el derrocamiento en 2011 de la dictadura de Hosni Mubarak (apoyada por las democracias occidentales durante décadas) ha traído, a la postre, su sustitución por otra dictadura, la del **general Al Sisi**, que cuenta con los mismos sostenes. Al Sisi no solo ha aplastado a la oposición islamista de los Hermanos Musulmanes, sino que «entre el 2013 y 2017, cerca de 60.000 personas han sido encarceladas y torturadas. Las fuerzas reaccionarias de derecha, seculares o islamistas, han copado el escenario político, y mientras se unen para atacar a los intelectuales y partidos laicos progresistas, luchan entre sí para hacerse con el control de un mayor espacio.» Además, Egipto ha sellado la paz con Israel, ha inaugurado «la base militar más grande en el Oriente Próximo en la costa mediterránea del país» y ha seguido «bombardeando Yemen junto con otros miembros de la coalición dirigida por EEUU-Arabia Saudí[6]».

Yemen es otro país abocado a una guerra mucho más internacional que civil. En ella participan los llamados hutíes, que pertenecen a una rama del chiismo, a los que se les acusa de estar apoyados por Irán. Estos son combatidos por una coalición internacional (especialmente de países árabes, pero que cuenta también con apoyo logístico y de inteligencia tanto de Estados Unidos como de Reino Unido o Francia) a cuyo frente se encuentra Arabia Saudí. A su vez, esta se apoya en fuerzas locales de carácter salafista. Dicha coalición **bombardea el país desde marzo de 2015, provocando la mayor catástrofe humanitaria del mundo.** Así, entre otras calamidades, se ha desatado una hambruna que alcanza al 70% de sus 30 millones de habitantes, al tiempo que la epidemia de cólera más alta jamás registrada. **Para explicar esta guerra hay que**

[6] Armanian, Nazanin (28/11/2017). «¿Quién se beneficia del terrorismo en Egipto?», *Público*. Disponible en: http://blogs.publico.es/puntoyseguido/4413/quien-se-beneficia-del-terrorismo-en-egipto/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

situarla en el contexto de la rivalidad regional entre Estados Unidos, Arabia Saudí e Irán, ya que Yemen se encuentra en un lugar estratégico crucial que controla la salida del mar Rojo, uno de los lugares de mayor tráfico marítimo -y de crudo- del mundo. Sin embargo, la guerra empieza a pasar una factura demasiado elevada para la propia Arabia Saudí (y también para Emiratos Árabes Unidos, muy involucrados), por su alto coste y su estancamiento, ello en un contexto en el que los precios del petróleo continúan bajos. Los altísimos costes humanitarios del conflicto, además, aunque largamente ignorados, deterioran la imagen del régimen y del príncipe heredero al trono, Mohamed Bin Salmán, gobernante de hecho del país.

Una de las situaciones más graves en el contexto de las "primaveras árabes" se produjo en **Libia**, donde el régimen del **coronel Gadafi** cayó a finales de 2011 a resultas de una guerra civil y la intervención occidental en el país. El régimen libio (instaurado en 1969 tras una revolución), como el de Siria de Asad, el de Irak de Hussein, el egipcio de Nasser hasta 1970 u otros de la región, se caracterizó por su laicismo, nacionalismo, panarabismo y carácter socializante. Como en otros casos similares, Libia nacionalizó buena parte de sus riquísimos recursos y aplicó medidas de redistribución social que elevaron el nivel de vida de la población. Pero su acercamiento al bloque socialista y sus políticas anticolonialistas provocaron su enemistad con el bloque occidental, que lo acusó de sufragar el terrorismo internacional. Una situación que cambió parcialmente tras el fin de la Guerra Fría, cuando el país inicia el acercamiento a sus antiguos enemigos y el régimen es aceptado por la «comunidad internacional». A pesar de todo, en 2002 Estados Unidos consideraba a Cuba, Siria y Libia como países integrantes de lo que denominaban el «eje del mal».

Como en otros países del entorno, en 2011 se desata una guerra civil en el país por la propia división del ejército, que motivó la **intervención de una coalición internacional** con la participación de británicos, franceses y norteamericanos, entre otros, en una operación respaldada por las Naciones Unidas y por la OTAN. Dicha rápida intervención, que acabó con el régimen de Gadafi y su ejecución, ha hecho sospechar acerca de la presencia de motivaciones fundadas en el **control de los ricos recursos libios** (petrolíferos, gasísticos, hídricos y monetarios). Al parecer, el origen de la crisis pudo encontrarse en el endurecimiento de las condiciones económicas para la extracción de petróleo para las compañías extranjeras, que propiciaría la rotura del equilibrio de poder entre los clanes que controlaban país[7].

[7] Hoffmann, L. Papaleo, C. (22/08/2011). "El factor petróleo en la guerra de Libia". Recuperado de http://www.dw.de/el-factor-petr%C3%B3leo-en-la-guerra-de-libia/a-15335121

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Desde entonces el paísnorteafricano se encuentra sumido en el caos, dividido entre diferentes centros de poder y facciones que luchan por el control del territorio y sus recursos. Una situación de desgobierno que favoreció, además, la **implantación de la Organización del Estado Islámico** en la zona y de otros grupos fundamentalistas,

> «El conflicto armado abierto desde 2011 se ha cobrado las vidas de más de 5.000 personas, casi un millón han huido de sus hogares, sus exportaciones de crudo han descendido un 90% y las pérdidas de su PIB se contabilizan aproximadamente en 200.000 millones de euros durante los últimos ocho años [...]. El país es uno de los escenarios más sórdidos de la actual crisis migratoria; sus cárceles son escenario de abusos y torturas a los inmigrantes subsaharianos. Más de 2.000 pequeños grupos armados, desde criminales comunes a yihadistas, compiten por una porción de tierra y por los recursos de hidrocarburos. La criminalidad alcanza niveles históricos[8]».

Hoy el país es, además, el mayor mercado de esclavos del mundo, y el conflicto se encuentra alimentado por diferentes potencias extranjeras, que pugnan por sus recursos y por influencia política en todo Oriente Medio[9].

La guerra siria constituye otra muestra clara de cómo los fenómenos denominados como «primaveras árabes», esto es, los movimientos de las poblaciones de tales países en pro de la democratización de regímenes políticos autoritarios y anquilosados, constituyeron en realidad algo mucho más complejo. Como en el caso libio, supuso una fuerte internacionalización del conflicto y se complicó gravemente con otros focos preexistentes, como el iraquí. Además, la guerra siria constituye una muestra de la polarización de fuerzas mundiales que se ha ido dibujando en el panorama actual. Así, el régimen sirio de **Bashar al-Asad** se ha visto respaldado por potencias como Rusia, Irán o China, que pretenden evitar la extensión de la influencia de Estados Unidos e Israel en la zona y un cerco cada vez más estrecho sobre Irán[10]. Como afirmaba un periodista británico hace unos años, «la razón de esta guerra no es Siria, sino Irán. Los países 'occidentales' quieren destruir al único aliado de Irán en el mundo árabe para aislar al

---

[8] Hoffmann, Lina; Papaleo, Cristina (22/08/2011), "El factor petróleo en la guerra de Libia", DW. Disponible en: 22/08/2011. http://www.dw.de/el-factor-petr%C3%B3leo-en-la-guerra-de-libia/a-15335121

[9] Un intervencionismo soterrado que se detalla en MAROTO, Marta (30/05/2019), «Libia avanza hacia una nueva guerra civil por las luchas de poder extranjeras», eldiario.es. Disponible en: https://www.eldiario.es/internacional/Libia-avanza-guerra-luchas-extranjeras_0_901160662.html

[10] Fisk, Robert (19/05/2013), «"La razón de la guerra en Siria es Irán"», *DW*. Disponible en: http://www.dw.de/la-raz%C3%B3n-de-la-guerra-en-siria-es-ir%C3%A1n/a-16824234. 19/05/2013. Véase también, en el mismo sentido, ARMANIAN, Nazanin (22/09/2015), «1+12 razones de la guerra contra Siria», *Público*. Disponible en: https://blogs.publico.es/puntoyseguido/3009/112-razones-de-la-guerra-contra-siria/

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Estado persa». Según algunos analistas, ello respondería a la **estrategia de un «Nuevo Oriente Próximo»** que fue formulada por la secretaria de Estado estadounidense Condolezza Rice en 2006, y que pretendía desencadenar un «caos constructivo» en toda la región hasta Afganistán y Pakistán. Ello ha sido interpretado en el sentido de debilitamiento de estados sólidos, fragmentación territorial y "balcanización" de la zona para posibilitar el control de sus enormes recursos por parte de Estados Unidos y sus aliados[11].

Siria estaba organizada en torno a un régimen presidencialista hereditario que había sido instaurado por Hafez al-Asad en 1970 tras un golpe de estado, y que había sido continuado por su hijo Bashar al-Asad en 2000. Al igual que había ocurrido con Irak, el régimen se encontraba en la órbita del socialismo árabe laico a través del partido Baaz (aunque se encontraba escindido de la rama iraquí), y tradicionalmente en su política se había mostrado contrario a Israel (con quien combatió en 1973 en la guerra del Yom Kippur), próximo a la URSS y protector de los palestinos. Con la ocupación siria de parte del Líbano a partir de 1976 comenzaría una política de protección de la población chií libanesa que contribuiría posteriormente a que se estrecharan lazos con Irán, y que le enfrentaría gravemente con Israel a partir de la invasión de Líbano por parte de este país en 1982.

Tras la caída de la Unión Soviética, «Assad decidió acercarse a las economías occidentales de libre mercado, aunque manteniendo medidas esencialmente socialistas impulsadas por el Baaz como la sanidad gratuita universal o la nacionalización del petróleo». Esta situación dividió a la población entre quienes se mantuvieron fieles al régimen debido al mantenimiento de muchas medidas socialistas, como el subsidio de los alimentos básicos, y quienes «consideraban que se estaba pervirtiendo la línea socialista propia del Baaz». Por otra parte, la alternativa política al baazismo estaba representada sobre todo por fundamentalismo suní de los Hermanos Musulmanes, que representaban «el panislamismo, el libre mercado y a los terratenientes». De hecho, ya habían protagonizado una rebelión contra el gobierno entre 1979 y 1982 que fue aplastada violentamente en ese último año en la ciudad de Hama (se calculan entre 2.000 y 10.000 muertos). Pero lo cierto es que, **a pesar del acercamiento a occidente del régimen sirio**, su mantenimiento de políticas socializantes en el país, sus tradicionales

[11] Nazemroaya, Mahdi Darius (27/12/2006), «El proyecto de un "Nuevo Oriente Próximo": Planes de retrazado de Oriente Próximo», *Rebelión*. Disponible en: http://www.rebelion.org/noticia.php?id=43847. PERIODISTA EGIPCIO (30/11/2011), «La doctrina del "caos creativo"», *Público*. http://www.publico.es/internacional/358851/la-doctrina-del-caos-creativo

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

lazos con Irán y Rusia, su apoyo a los palestinos y a la guerrilla libanesa Hezbolá (organización de combatientes chiitas libaneses nacida en respuesta contra la ocupación israelí del Líbano), **hicieron de aquel un régimen considerado no grato para los intereses occidentales e israelíes.**

Como había ocurrido en otros países del entorno, **a comienzos de 2011 comenzaron a sucederse las manifestaciones y protestas** a favor de la democratización del régimen sirio. Según el propio gobierno sirio y algunos analistas independientes, el proceso de desestabilización fue provocado desde el exterior. Estados Unidos y los gobiernos occidentales, en cambio, defienden la tesis de la espontaneidad de las protestas por el carácter antidemocrático del régimen. Al igual que lo acontecido en Libia, las manifestaciones y levantamientos antigubernamentales, a veces armados, provocaron la respuesta violenta de las fuerzas del gobierno, al tiempo que los rebeldes, que lograron el apoyo de una parte del ejército, se organizaron, entre otros, en el llamado Ejército Libre de Siria. Especialmente partir de mediados de 2012, **parte de las fuerzas opositoras serán también los radicales islamistas del Estado Islámico** y otros grupos fundamentalistas islámicos, que encontraron en la guerra civil siria una vía de expansión desde Irak, y que ocuparon extensiones considerables y puntos estratégicos del territorio sirio.

Al mismo tiempo, ha existido una **insurgencia kurda en una amplia zona al norte del país** que ha combatido al régimen de Al-Asad y también al propio Estado Islámico. Sin embargo, también Turquía ha combatido (y continúa haciéndolo) a una parte de la insurgencia kurda, como la del PKK (Partido Comunista del Kurdistán), a pesar de que teóricamente ambos luchaban contra el Estado Islámico. De hecho, **la implicación turca en la guerra de Siria a partir de agosto de 2016** obedeció entre otras cosas al hecho de querer impedir «la emergencia de un Kurdistán sirio independiente *de facto*» al sur de sus fronteras[12], algo que podría alentar a los kurdos en territorio turco, sometidos ya a una intensa represión. Sin embargo, los ataques turcos a zonas kurdas protegidas por el Pentágono han contribuido a tensar las relaciones entre estos dos miembros de la OTAN.

En un principio, las potencias occidentales intentaron reproducir la experiencia de Libia en Siria procurando forzar una intervención armada sobre el país bajo los auspicios de la ONU. Sin embargo, esta tentativa resultó finalmente frustrada por la oposición de Rusia

[12] Lévesque, Jacques (noviembre de 2016). «El "doble o nada" de Rusia en Alepo», *Le Monde diplomatique en español*, nº 253, p. 14.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

y China, forjándose una alianza entre algunos países, como Estados Unidos, Turquía y las autocracias de Arabia Saudí y Qatar para sufragar a la oposición siria. Al mismo tiempo, Israel, cuyos vínculos con los rebeldes sirios han sido reconocidos por las Naciones Unidas, ha aprovechado la guerra siria (en la que ha intervenido de forma limitada) para minar en lo posible al régimen de Asad, tradicionalmente protector de los palestinos, asentar su dominio en la zona de los Altos del Golán (arrebatados a Siria en la guerra de los Seis Días de 1967), y debilitar a la guerrilla proiraní Hezbolá (aliada de Damasco) y al propio Irán. Asimismo, ha tratado de alejar a Rusia de Irán.

Según algunos analistas, el fortalecimiento de la oposición siria acabó alimentando a los rebeldes del Estado Islámico de Irak[13]. La **extensión del poder del Estado Islámico** (que reivindicaba un amplio califato en el mundo árabe), y su ofensiva a partir de junio de 2014 contra los ejércitos de Irak y Siria, creó un estado de emergencia en la región que llevó, a partir de agosto de ese año, a intervenir a una **coalición internacional liderada por Estados Unidos y que fue respaldada por las Naciones Unidas**. El Estado Islámico se alimentaba con miles de yihadistas y excombatientes venidos de todo el mundo, al tiempo que creció gracias a la debilidad endémica del estado iraquí y la descomposición del estado sirio.

Rusia ha intervenido en la guerra siria desde septiembre de 2015 en dos planos: uno de ellos, combatiendo a las fuerzas de la Organización del Estado Islámico y a otros grupos islamistas armados, y otro dando apoyo militar al régimen de Al-Asad. **Irán, aliado de Rusia, apoyó asimismo con el envío de armas y con tropas a las fuerzas pro al-Asad sirias, que también han encontrado apoyo en Hezbolá**. Con ello, se han generado fuertes tensiones entre los aliados, que se puede decir que lo han sido solo a medias. De hecho, **la colaboración de Estados Unidos y otros gobiernos occidentales (como Francia) con países como Rusia o Irán en la lucha contra ISIS en Siria ha resultado sumamente precaria y repleta de peligrosas querellas internas**. También han existido tensiones considerables entre Rusia y Turquía.

Junto a todo ello, está la cuestión del **papel en la guerra siria de países como Arabia Saudí y otros países del Golfo**: «Detrás del apoyo de estos últimos a la oposición siria se esconden sospechas de ayuda indirecta, y hasta directa, a los yihadistas

[13] S.A. (28/06/2014), «Robert Fisk: los "moderados" de Siria son los terroristas que luchan en Iraq», *Al Manar*. Disponible en: http://www.almanar.com.lb/spanish/adetails.php?fromval=2&cid=66&frid=23&seccatid=66&eid=65371

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

más radicales e incluso a la OEI [Organización del Estado Islámico], tal y como lo indica un correo de Hillary Clinton que data de agosto de 2014[14]».

A pesar de que la guerra contra el EI se da oficialmente por terminada tanto en Irak como en Siria, la persistencia de células armadas y focos de resistencia yihadistas (amparadas aún por países como Turquía o Arabia Saudí) impiden la consecución plena de la paz, y el debilitamiento y fragmentación de esos estados se ha convertido en crónica. En consecuencia, la ocupación extranjera permanece, y al parecer continuará, dados los intereses vitales que continúan en juego. **Rusia ha incrementado decisivamente su influencia en el país** tras mediar entre los kurdos del norte y el ejército turco tras **la ofensiva de Turquía de parte del norte de Siria**, en octubre de 2019, para crear una zona de seguridad propia. También esto ha fortalecido al propio gobierno sirio, que ha logrado un acercamiento a los kurdos, con los que estaba en guerra, controlando parcialmente su territorio. La incursión turca vino facilitada por **el abandono (al menos temporal) de la administración Trump del territorio sirio**. Aunque las razones de esto último resultan muy confusas y controvertidas (ha enfrentado gravemente al presidente norteamericano con el estamento militar), es posible que ello haya obedecido, al menos en parte, a una estrategia de intentar hacer cargar a otros socios de la OTAN, como la propia Turquía o Francia, con el peso de la guerra.

La **guerra civil siria ha traído consigo gravísimas consecuencias humanitarias**, contabilizándose unas cuatrocientas setenta mil víctimas y cinco millones de refugiados, además de graves violaciones de los derechos humanos por parte de ambos bandos y la devastación de ciudades y una considerable proporción de patrimonio histórico. La crisis de refugiados que inunda Turquía y los países de la Unión Europea, que tiene su origen en todo el proceso de desestabilización de Oriente Medio desde la guerra de Afganistán, se está convirtiendo en un peligroso revulsivo político y social que amenaza a la propia Unión Europea y a todo el delicado equilibrio del entramado euroasiático, incluyendo las relaciones con Turquía y Rusia, teniendo en cuenta que se encuentra abierto el grave contencioso de Ucrania.

A ello hay que añadir los ataques terroristas que se vienen sucediendo en la propia Europa y en otros países del mundo (siendo los propios países árabes, con mucho, los

[14] Ídem. Según Lévesque, ya citado, existen sospechas de apoyo (financiero y de abastecimiento de armas) a la Organización del Estado Islámico en Irak por parte de Arabia Saudí y de Kuwait, Qatar y Emiratos Árabes Unidos; y sospechas de apoyo (financiero y de abastecimiento de armas) en Siria a Fatah Al-Cham (antiguo Frente Al Nusra, filial de Al Qaeda hasta julio de 2016) de Estados Unidos, Francia, Turquía, Arabia Saudí, Kuwait, Qatar y Emiratos Árabes Unidos.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

más castigados). Una violencia terrorista de carácter yihadista que trae consigo tensiones políticas y sociales en los países y regiones afectados, reforzando políticas antiterroristas que implican recortes de libertades, y dando alas, en ocasiones, a actitudes y movimientos xenófobos. Aunque la radicalidad de las posturas del EI tiene, porcentualmente, muy poco seguimiento dentro del mundo árabe (está demostrado que están alentadas sobre todo desde el exterior con fines políticos), contribuyen, no obstante, a difundir la imagen (que ha sido lanzada también desde Occidente) de la existencia de un "choque de civilizaciones" (Huntington) que es completamente falsa.

En el panorama de Oriente Medio hay que contar, además, con las evoluciones recientes de dos países clave en la región: **Turquía** y Arabia Saudí. El primero ha experimentado un considerable viraje autoritario, que se reforzó considerablemente tras el intento de golpe frustrado, en julio de 2016, contra el presidente **Tayyip Erdogan**. Este mismo acusó a los propios Estados Unidos de haberlo instigado, y, de hecho, el distanciamiento entre estos dos socios de la OTAN resulta patente, lo cual se ha puesto de manifiesto, entre otros escenarios, en la crisis siria. Este hecho abre un panorama de fuerte incertidumbre, ya que Turquía, por su posición a las puertas de Oriente Medio, juega no solo un papel fundamental de aliado en la zona (fuertemente armado y con bases militares de EEUU y la OTAN en su suelo), sino también de “colchón” respecto a la Unión Europea por su absorción pactada de refugiados no deseados en la propia Europa. Un distanciamiento que puede deberse a varios factores, como la alianza de los Estados Unidos con parte de la oposición kurda en Siria e Irak, lo que hace temer a Turquía el fortalecimiento de las posiciones kurdas y que, a su vez, ello proporcione bazas a la oposición kurda en el propio país otomano. La limitación de las “recompensas” turcas en la guerra de Siria también se encuentran entre las razones de las tensiones turco-americanas, que han conducido a Turquía a acercarse a Rusia.

También **Arabia Saudí** ha experimentado, si cabe, una mayor concentración del poder, desde el nombramiento, como príncipe heredero, en junio de 2017, de **Mohamed Bin Salmán**, lo cual ha sido considerado por algunos medios como un «golpe de estado encubierto.» El reciente caso Khassoghi, con el que se destapó la muerte atroz de este periodista saudí, residente en Estados Unidos, en la embajada saudí de Estambul, echó por tierra, en buena medida, los esfuerzos del régimen de Riad por aparecer como un país en vías de modernización y en transición hacia posiciones islamistas moderadas. Por el contrario, recientes medidas como el permiso de conducción a las mujeres revelan un pragmatismo que, sin embargo, mantiene incólume la alianza de la monarquía con el clero wahabita, la fuerte concentración del poder y el control casi absoluto sobre la

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

población femenina, amén de la fuerte discriminación a la población extranjera. Por otra parte, la crisis también puso de manifiesto las fricciones entre los aliados: mientras Turquía (país en cuyo suelo se perpetró el asesinato) sacaba provecho propagandístico de la situación para limpiar su propia imagen y obtener otros réditos, los propios Estados Unidos, en la figura de Trump, se vieron obligados a reprobar públicamente a su aliado saudí. Todo lo cual, no obstante, no ha roto una estrecha colaboración estratégica, cuyo tercer vértice es Israel.

Como se ha adelantado, la fuerte descomposición que se ha llevado a cabo en Oriente Medio está teniendo, desde hace años, importantes repercusiones en el continente europeo. L**a Unión Europea**, para tratar de frenar la avalancha de refugiados provocada por la destrucción de Libia o Siria, así como de otros países del norte de África y Oriente Medio, viene **llevando a cabo una política de acuerdos con distintos gobiernos de esas zonas para que contengan la oleada migratoria desde sus territorios**. Ya en 2016 lo cerró con la Turquía de Erdogan, mientras que a comienzos de 2017 lo hizo con Libia. Con Marruecos también se mantiene una estrecha colaboración en este sentido. Todo lo cual ha suscitado las críticas de diversas organizaciones humanitarias, ya que en esas zonas los que huyen son generalmente sometidos a tratos inhumanos por mafias o gobiernos. Por otra parte, el cierre de las fronteras terrestres en la Unión (por ejemplo, el llamado corredor de los Balcanes) ha provocado una intensificación de los intentos de huida a través del Mediterráneo, que se ha convertido en una especie de gran fosa común: más de dos mil doscientas personas murieron en sus aguas solo en 2018. Desde 2014, el número de fallecidos ya sobrepasa los 15.000.

En resumen, nos encontramos ante un panorama, el de toda la zona de Oriente Medio y parte de Asia Central, de una **precariedad extraordinaria**. Al igual que en el resto del mundo, las alianzas parecen regirse por una provisionalidad cada vez mayor; los factores ideológicos tienden a perder peso relativo, mientras que los tácticos y de pura supervivencia parecen tomar mayor envergadura. Al mismo tiempo, en un mundo donde pesa cada vez más la pérdida de referentes esenciales, resurgen los movimientos reactivos de todo tipo, lo que se une a un escenario de lucha encarnizada por unos recursos cada vez más menguantes.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Tema 8: Crisis de las democracias y auge de los fascismos. Los movimientos de oposición global

En 1992, Francis Fukuyama publicaba su libro *El fin de la historia y el último hombre*, en el cual, a la vista de la derrota infligida al bloque socialista y de lo que resultaba ser el fin de la Guerra Fría, auguraba una nueva era caracterizada por la extensión y el triunfo definitivo del sistema de democracia liberal. Y, de hecho, **el sistema democrático representativo de partidos contempló una notable** extensión en el planeta, como ocurrió en la Europa del Este y en muchas zonas de Asia. Sin embargo, **este hecho no trajo consigo la inauguración de una nueva era más pacífica**; por el contrario, ha supuesto por lo general un aumento de la conflictividad y la violencia. Así, para un historiador como Eric Hobsbawm, «después de 1918, y también después de 1989, la "difusión de la democracia" no ha logrado sino el agravamiento de los conflictos étnicos y la disgregación de los estados en regiones multinacionales y multicomunales: una perspectiva desoladora[1]».

Pero no se ha tratado solo de eso: paradójicamente, el hundimiento de la URSS y, por tanto, el fin de lo que, para el bloque occidental, constituía la principal amenaza a la paz mundial -la extensión del comunismo-, trajo consigo **el aumento exponencial del unilateralismo estadounidense**. En otras palabras, el empleo preponderante y desproporcionado de la fuerza contra países que pueden considerarse como de segundo o, incluso, de tercer orden en relación a su potencial económico y militar. Así ocurrió con Irak en las guerras de 1991 y 2003, con la iniciada en Afganistán en 2001 e, incluso, con la consideración de un país como Corea del Norte -una mera supervivencia anacrónica de una pretendida modalidad comunista- como una amenaza mundial a la paz y la estabilidad. A la misma lógica respondería su concentración en objetivos como Cuba, Irán, Libia o Siria. De hecho, para un analista como el francés E. Todd, los Estados Unidos perseguirían, incluso, el mantenimiento de un estado de guerra mundial permanente que justificara su imprescindibilidad. A ello hay que añadir también que los altísimos niveles de consumo en los Estados Unidos, unido a la necesidad de sostener el empleo al tiempo que la concentración de la propiedad sobre los recursos, han hecho de la guerra -tanto para ese país como para otros llamados "desarrollados"- un recurso imprescindible para el sostenimiento de sus economías.

Algunos autores han puesto ya de manifiesto los propios planteamientos norteamericanos, formulados más o menos secretamente por diversos gobiernos y

[1] Hobsbawm, E. (2009). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Madrid: Diario Público, p. 153.

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

agencias de ese país, de su supuesta necesidad de mantener un control político y militar sobre el resto del mundo. Ya se hizo alusión en el tema 1 al *Defense Planning Guidance* de 1992 y también a la estrategia de mantener un conjunto de bases militares repartidas por la geografía mundial que permitieran intervenciones rápidas y relativamente poco costosas, que es lo que ha sido denominado como «doctrina Clinton». Se trata de un sistema actualmente mejorado gracias a la tecnología militar de los drones, por la cual es posible atacar objetivos sumamente reducidos desde cientos de kilómetros de distancia. Sin embargo, para el ya citado E. Todd, semejante estrategia no respondería a una situación de fortaleza de la potencia estadounidense, sino, por el contrario, a la percepción de su debilidad. Según él, la economía de los Estados Unidos se encontraría en la actualidad en una situación de dependencia respecto al resto de economías mundiales. En efecto, esta se habría especializado en una función esencialmente consumidora de bienes mundiales, lo que se pondría de manifiesto en un déficit comercial en alza permanente e incontrolable desde los años setenta, mientras que su nivel como potencia industrial no habría hecho sino menguarse respecto a otras zonas del planeta. Esta posición en el sistema de intercambios mundiales -que bien podría considerarse como parasitaria- sería posible por el potencial militar de los Estados Unidos -aun prácticamente incontestable-, su poder financiero y los restos de su prestigio político e ideológico, aunque tomados estos cada vez con mayores reservas incluso por parte de sus aliados tradicionales. Por otro lado, y siempre según el mismo autor, la política exterior agresiva norteamericana pudiera explicarse por la conciencia de su «inutilidad» en el sistema político mundial, precisamente en un momento en el que la democracia se habría extendido como sistema político dominante[2].

A ello se une, en lo que respecta al ejercicio del **poder político de la principal potencia mundial**, crecientes dosis de unilateralidad por parte del Ejecutivo, tal y como lo expresa un historiador como Anderson:

> ¿En qué se distingue el régimen de Obama, considerado como una etapa del imperio norteamericano? En el transcurso de la Guerra Fría, la presidencia estadounidense fue acumulando a un ritmo constante cada vez más poder ilegítimo. Entre el mandato de Truman y el de Reagan, la plantilla de la Casa Blanca se multiplicó por diez. En la actualidad, el Consejo de Seguridad Nacional -integrado por más de doscientos miembros- es casi cuatro veces más grande que en la época de Nixon, la de Carter o incluso que la del primer Bush. La CIA, una organización cuyo tamaño aún permanece en secreto, aunque ha crecido de forma exponencial desde que se creó en 1949, con un presupuesto que se ha multiplicado por diez desde la época de Kennedy [...] es en realidad un ejército privado a disposición del presidente. Gracias a las denominadas

[2] Todd, E. (2012). *Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*, Madrid: Akal, pp. 5-24.

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

> "declaraciones firmadas", el presidente puede ahora invalidar leyes que han sido aprobadas por el Congreso pero que no se ciñen a los criterios de la Casa Blanca. El Despacho de Asesoría Legal del Departamento de Justicia sanciona con regularidad leyes ejecutivas que vulneran la ley y proporcionan memorandos sobre la legalidad de la tortura, pero ni siquiera el grado de servilismo de esta institución ha sido suficiente para el Despacho Oval, que ha creado su propio Consejo de la Casa Blanca, un organismo que aprueba más incondicionalmente si cabe las decisiones de la presidencia. Obama ha heredado este sistema de poder y violencia arbitrarios y, al igual que la mayoría de sus predecesores, lo ha ampliado. La Operación Amanecer de la Odisea, el gusano informático Stuxnet, el asesinato selectivo, el programa de vigilancia PRISM son las expresiones que han definido su mandato: guerras que ni siquiera se consideran hostilidades, ataques electrónicos a distancia con virus, asesinatos de ciudadanos norteamericanos y de otras nacionalidades, el control total de las comunicaciones nacionales y extranjeras. El [...] [Presidente] se ha mostrado reticente incluso a renunciar a la capacidad de ordenar la ejecución sin juicio de un ciudadano norteamericano dentro de las fronteras de su propio país[3].

Junto a todo ello**, el sistema democrático habría venido experimentando**, ya desde hace décadas, y no solo en los Estados Unidos, sino también en países considerados de referencia en relación a su nacimiento y consolidación -como Francia o Gran Bretaña-, **un proceso de desnaturalización por su sujeción a oligarquías cada vez más poderosas**. Como queda dicho, el fenómeno no es nuevo e, incluso, cabe decir que la influencia -e incluso presencia- de los poderes económicos en los ámbitos de decisión política ligados a los partidos de masas y el parlamentarismo es una constante desde sus inicios. Sin embargo, este hecho se ha visto reforzado al socaire de las últimas etapas de la globalización, que han asistido al dominio mundial de las transnacionales. Especialmente desde los años setenta, comenzando por Estados Unidos, resulta bien visible **una mayor capacidad de las grandes empresas y poderes oligárquicos para influir en las decisiones gubernamentales** y orientar las líneas políticas de los partidos; un poder que se acrecentaba a costa de la disminución de la capacidad de organización y respuesta sindical, así como de otras organizaciones de trabajadores o ciudadanos de a pie. Así, por ejemplo, en el citado país **las donaciones privadas a los candidatos electorales** son legales, lo cual da lugar a un sistema de "compra de favores" de las empresas a los diferentes políticos. Es más, los candidatos suelen convertirse en representantes de uno u otro conjunto de intereses económicos. De esta forma, en las últimas elecciones presidenciales en los Estados Unidos, la candidata demócrata, Hillary Clinton, se encontró muy respaldada por el sistema financiero y bancario del país, incluyendo todo el entramado de Wall Street, mientras que «la mayoría de los donantes individuales de la campaña de Trump [...] [fueron] pequeños

[3] Anderson, P. (2014). *Imperium et Consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*, Madrid, Akal, pp. 155-6.

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

contribuyentes, lo que demuestra su atractivo popular[4]». No obstante, «solo 158 familias han aportado más de la mitad del dinero para la campaña presidencial[5]», mientras que **la mayoría de los ocupantes de ambas cámaras parlamentarias son también millonarios**, una tendencia que ha ido creciendo con el tiempo. A ello hay que sumar una **desafección creciente de la política de un porcentaje cada vez mayor de ciudadanos** -que se traduce en niveles crecientes de abstención-, aparte de todos aquellos que se ven impedidos de votar por un sinfín de trámites burocráticos, por la complicación del sistema o sencillamente porque se han visto excluidos del mismo, como le ocurre a buena parte de la altísima población penitenciaria.

Este fenómeno de continua presencia de los poderes económicos en la toma de decisiones políticas es a su vez paralelo al de progresiva divergencia de rentas, no solo en la sociedad norteamericana, sino en todas las sociedades occidentales en general. Así, desde los años setenta ha tendido a crecer el volumen de ingresos entre el sector más pudiente de la sociedad, al tiempo que se estancaban los ingresos salariales y las rentas del trabajo, una tendencia que no ha hecho sino acentuarse desde entonces. Esta circunstancia pudo compatibilizarse durante las décadas subsiguientes con elevados niveles de consumo, para lo cual hubo que recurrir a un endeudamiento creciente de particulares y familias, lo cual contribuyó activamente a crear las burbujas financieras que el Estado tuvo que intentar encarar ya en los años noventa y a partir de 2008.

Resulta muy posible que el fenómeno bautizado por el economista **Paul Krugman** como de **«gran divergencia»** (aumento exponencial de las diferencias de ingresos) se viera propiciado por el propio declive de la economía soviética (entre otras cosas, lastrada por el alto volumen de gastos militares derivado de la carrera armamentística con Estados Unidos) y por la acentuación de las propias diferencias sociales en su seno y en el de otros países del Este. Es decir, estos últimos comenzaban a dejar de percibirse como un modelo en competencia. Lo cierto es que ya en los ochenta resultan bien visibles en Occidente las políticas de desmontaje del llamado «Estado del bienestar», esto es, de reducción de la proporción de gastos públicos y servicios y políticas sociales, y del papel de los salarios y los propios fondos públicos en la estimulación de la demanda, un papel que quedaba reservado cada vez en mayor proporción a las rentas más altas y a las

[4] «Quién financia las campañas electorales de los candidatos a la presidencia de Estados Unidos», *BBC*, 26 de abril de 2016.
http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/04/160318_elecciones_eeuu_2016_financiacion_lf

[5] Confessore, N.; Cohen, S.; Yourish, K., «La élite que financia la campaña presidencial en Estados Unidos», *The New York Times*, 23 de octubre de 2015.
http://www.nytimes.com/interactive/2015/10/22/universal/es/elecciones-presidenciales-estados-unidos-dinero-casa-blanca.html?_r=0.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

grandes fortunas, con la consiguiente reorientación productiva a favor de sus requerimientos.

Sin embargo, con esta intromisión creciente de los grandes poderes fácticos en las esferas de gobierno se fue produciendo **un distanciamiento cada vez mayor del propio sistema político respecto a las clases bajas y medias**, que ha acabado haciéndose evidente especialmente a partir del estallido de la burbuja financiera a partir de 2008 y la aplicación, a partir de entonces, de las llamadas políticas de «austeridad», impuestas en buena medida directamente por los poderes financieros y respecto a las cuales no existe ya margen de decisión por parte de los muchos gobiernos. Así pues, «en la actualidad, una parte cada vez mayor de la actividad humana transcurre en ámbitos inaccesibles a la influencia de los votantes -en entidades transnacionales públicas y privadas que carecen de electorado, o que, en todo caso, no son electorados democráticos[6]». O dicho en palabras de Todd:

> «Curiosas "democracias" estos sistemas políticos en cuyo seno cohabitan elitismo y populismo, en los que subsiste el sufragio universal, pero en los que las elites de derechas e izquierdas coinciden en impedir cualquier reorientación de la política económica conducente a la reducción de la desigualdad. Se trata de un universo cada vez más disparatado en el que el juego electoral debe desembocar, tras un titánico enfrentamiento mediático, en el *statu quo*[7]».

Ello sin contar con que las decisiones de mayor trascendencia en el ámbito mundial se imponen por puras relaciones de poder y fuerza.

Por otra parte, las derivas de las democracias actuales se producen en un ambiente o clima espiritual que, como vimos en su momento, se caracteriza por la crisis de los grandes metarrelatos. Es lo que también ha sido denominado como **crisis o «fin de las ideologías»**. Esto ha tenido, como es lógico, una rápida traducción en la esfera política, donde **los partidos han ido experimentando la pérdida o distanciamiento respecto a sus propios referentes ideológicos** o de valores fundamentales. La consecuencia de ello ha consistido en el desdibujamiento o confusión entre los límites de tales partidos (esto es, en muchos aspectos se vuelven indiferenciables) y en la sensación de «traición» al propio ideario original; un fenómeno perceptible tanto en la derecha católica, la socialdemocracia o los partidos comunistas y socialistas. Esto es lo que ha hecho concebible, precisamente, la formación de gobiernos llamados «tecnócratas», como si existiera una política «libre» de concepciones ideológicas, y, por tanto, teóricamente intachable. Y ha sido también, justamente, este proceso de pérdida de la propia identidad el que ha permitido, por una parte, la **penetración en la vida**

[6] Hobsbawm, E. (2009). *Guerra y paz en el siglo XXI*, Madrid: Diario Público, p. 153.
[7] Todd, E. (2012). *Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*. Madrid: Akal, p. 20.

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

política -y social en general, incluyendo las esferas intelectual, científica y cultural- **de los particulares intereses empresariales**; pero también, por otra, el hecho de la **proliferación de los casos de corrupción política y empresarial**. En efecto, tanto en los Estados Unidos como en los países europeos, los años de «bonanza» económica, caracterizados por el derroche entre ciertas capas sociales y la aspiración por la ganancia y el ascenso social rápidos, trajeron consigo la gran extensión de prácticas que alteraban las normas de funcionamiento de unas sociedades que, sin embargo, ya daban margen sobrado para el aumento de las desigualdades en su seno.

Hay que decir, además, que el **afianzamiento de la cultura postmoderna** ha traído consigo un tipo humano propio, característico de las sociedades democráticas actuales, postindustriales, terciarizadas y tecnológicas. Es el **tipo humano individualista**, narcisista -como ha sido denominado por autores como Lipovetsky o Lasch-, reducido a sus propios límites, que ha renegado de los valores colectivos y que persigue con ansia sus propios fines individuales, que considera realizables por sus propios méritos. Aunque es un fenómeno observable entre todas las clases sociales, habría sido potenciado, según Todd, por el avance de la alfabetización y la extensión de los estudios medios y superiores, que habrían tenido, por tanto, efectos paradójicos. En primer lugar, el acceso universal a la instrucción no habría potenciado la preocupación por los valores universales y colectivos, sino todo lo contrario:

> «De la elevación del nivel educativo cabría haber esperado la aparición de una nueva clase superior [...], consciente de sus responsabilidades: millones de filósofos dispuestos a dedicarse a la colectividad. Lo que observamos es, por el contrario, un grupo superior implosionado, una multitud de individualidades aisladas, ferozmente preocupadas por sí mismas, desapegadas de la religión, de las ideologías, obsesionadas por su desarrollo corporal, sexual, estético[8]».

Por otro lado, según esta hipótesis, el acceso a niveles superiores de instrucción potenciaría, asimismo, el sentido de elitismo, de desigualdad

> «La educación secundaria y, sobre todo, superior, reintroducen en la organización mental e ideológica de las sociedades desarrolladas la noción de *desigualdad*. Aquellos que han recibido una educación superior, tras un tiempo de vacilación y de falsa conciencia, acaban sintiéndose realmente superiores. En los países avanzados está emergiendo una clase nueva que, simplificando, representa el 20 por 100 de la estructura social en el plano numérico y el 50 por 100 en el monetario. A esta nueva clase le cuesta cada vez más soportar la presión del sufragio universal[9]».

[8] Todd, E. (2010). *Después de la democracia*. Madrid: Akal, p. 79.
[9] Todd, E. (2012). *Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*. Madrid: Akal p. 20.

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Nos encontraríamos, pues, en una llamada **«era del vacío»**, producto de una «segunda revolución individualista» (Lipovetsky), donde la preocupación por el consumo, el «desarrollo personal», las relaciones privatizadas, el culto al propio cuerpo, tratarían de llenar el abandono metafísico, esto es, el fin de las seguridades y preocupaciones colectivas respecto a las grandes preguntas por la existencia. Esto, paradójicamente, habría traído consigo muy altos niveles de soledad e insatisfacción personal en sociedades altamente individualistas y "bendecidas" con elevados niveles de consumo y seguridad[10]. A nivel político, como se ha apuntado, todo esto tiene su reflejo en la ambigüedad cada vez mayor de los mensajes, en la conversión de la política en un gran mercado-espectáculo, en la pérdida de significado de etiquetas tradicionales como «izquierda» o «derecha», que van quedando reducidas a meras poses, mientras que cobran mayor peso las «personalidades-gancho», si bien todo el mundo se consideraría guiado únicamente por su propio e intransferible criterio.

En un momento como este, **las formas de protesta** frente a los procesos de incremento de la desigualdad social y pérdida de derechos sociales de todo tipo (desempleo y precariedad laboral, descenso de salarios, aumento de la edad de jubilación y mayores exigencias de cotización, incremento espectacular de los desahucios, pobreza energética y un largo etcétera) toman las formas del periodo histórico y del tipo humano existente en las llamadas «sociedades desarrolladas». Ocupémonos por el momento de **movimientos llamados «de izquierda»**, como los antiglobalización o alterglobalización, muy activos durante los años noventa y dos mil, el 15M en España y su homólogo Occupy Wall Street en Estados Unidos, y, más recientemente, la aparición de un partido *sui generis* en nuestro país como Podemos.

Aunque se trata de corrientes de diferente origen y motivaciones, que no podemos desglosar aquí, no dejan por ello de poseer algunos rasgos y características comunes significativos. Uno de ellos es su **naturaleza de movimientos *reactivos*, esto es, que surgen sin un ideario propio muy definido**, el cual más bien se va perfilando por oposición a las situaciones contra las que se protesta. En el caso del **movimiento antiglobalización o altermundista** queda muy claro, justamente, por su definición en negativo (*anti*, *alter*) y el carácter del lema por el cual es más conocido: *Otro mundo es posible*, de una elevada indefinición e incertidumbre ante el futuro (lo posible puede perfectamente no ser). Aunque sus participantes beben de fuentes como el marxismo, el

[10] S.A. (11/11/2016), «Suecia, en caída libre hacia un "aburrimiento absolutamente inimaginable"», *Diario Público*. Disponible en: http://www.publico.es/culturas/suecia-caida-libre-hacia-aburrimiento.html

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

anarquismo o incluso el cristianismo, en general prevalece la afirmación de pluralidad y diversidad frente a una identidad definida, y la idea de anticapitalismo frente a cualquier definición positiva de un sistema alternativo. Así pues, los Foros Sociales Mundiales, organizados anualmente en distintas sedes, pese a haber tenido, durante un tiempo, cierta fuerza organizativa e influencia en los movimientos sociales de todo el mundo, no se perfilan ya como un contrapoder mínimamente eficaz respecto a las presentes derivas de la globalización.

Otra de las características definitorias de tales movimientos recientes de oposición frente a la crisis del capitalismo y la democracia viene marcada por **la indefinición de un sujeto social propio**. Mientras que para la burguesía de la Revolución francesa era el Tercer estado (nucleado claramente en torno a los *ciudadanos*, esto es, los burgueses) y para el marxismo era el proletariado, las corrientes y organizaciones actuales de protesta suelen beber de la terminología revolucionaria del siglo XVIII («pueblo», «ciudadano»...). Sin embargo, lo hacen con mayor indefinición, sin que se dibuje tampoco claramente el sujeto social frente al cual se ejerce oposición, que suele nuclearse simplificadamente en torno a «políticos y banqueros», como ocurrió en el movimiento 15M, nacido en el año 2011 en España. Como se ha adelantado, **suele imponerse el carácter heteróclito del propio movimiento frente a cualquier definición positiva de identidad**, que, conforme al propio ideario postmoderno, es contemplada sistemáticamente con desconfianza. Se apela, por ejemplo, al «interclasismo» de los movimientos, con lo cual no solo se otorga legitimidad a las diferencias sociales, sino que, como venimos subrayando, se renuncia a la definición de un sujeto de cambio social. Y, al tiempo que se rechaza la definición de una identidad y unos fines comunes, se afirma extraordinariamente la **multiplicidad identitaria** como tal, y, con ello, las identidades parciales y particulares de determinados colectivos. Dentro de las mismas, el papel del individuo queda extraordinariamente revalorizado frente a cualquier forma de identidad colectiva. No obstante, junto a ello, se hace hincapié, al mismo tiempo, en el peso o poder de las mayorías, a las que se apela por sí mismas (es decir, renunciando a la definición nítida de un conjunto de valores propios).

Como queda dicho, se trata, por lo general, de movimientos esencialmente reactivos, lo que no quiere decir que no mantengan sus propias propuestas. Sin embargo, van organizándose fundamentalmente al socaire de los acontecimientos, por lo que, por lo que puede entreverse hasta el momento, **poseen un carácter efímero desde el punto de vista histórico**. No se trata, en consecuencia, de fenómenos de carácter revolucionario, en el sentido de que no implican un cuestionamiento radical del sistema mediante el planteamiento de fundamentos nuevos o una legitimidad distinta. Por el

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

contrario, **pretenden más bien la reforma del sistema** -especialmente en lo que se refiere al funcionamiento democrático-, al que consideran pervertido no en esencia, sino en lo que se refiere a su funcionamiento, lastrado por diferentes *vicios*, como la corrupción o la tendencia -que se considera, pues, evitable- a la oligarquización. Por tanto, resulta común que se reivindiquen los propios orígenes del sistema al que se critica, los cuales habrían sido supuestamente pervertidos por prácticas inadecuadas. A esta tendencia se adscriben por ejemplo las críticas del movimiento neoyorquino Occupy Wall Street cuando se denuncia el *excesivo* peso del poder financiero en el capitalismo norteamericano y se propone para contrarrestarlo la llamada *tasa Tobin* (un impuesto a las transacciones financieras).

A lo anterior hay que añadir la general **insistencia de tales movimientos sobre los *procedimientos* frente a los fines** (que suelen quedar ambiguos), tal y como reivindicaba el propio filósofo Lyotard en su obra paradigmática *La condición postmoderna*. Así, existe en los mismos una auténtica preocupación por los mecanismos electorales, los procedimientos de voto, las formas de participación y el empleo de los medios, especialmente los correspondientes a la *sociedad de la información*, considerando en muchas ocasiones los cambios en los procedimientos y el empleo generalizado de tales medios «alternativos» como generadores de cambio social por sí mismos.

Pero la crisis de las democracias también ha tenido sus efectos en el **espectro de la derecha política**. Desde hace tiempo vienen surgiendo **reacciones defensivas frente al fenómeno de la erosión de las identidades en las sociedades contemporáneas**, que naturalmente tienden a acentuarse en momentos de crisis económica. Estos movimientos de defensa identitaria de la derecha política se caracterizan por el **sentido exclusivista y particular de la propia identidad**, normalmente de carácter nacional, que se define principalmente *frente a otros*, a los cuales se percibe como una amenaza respecto a su mantenimiento. Estos «otros» son considerados como un elemento extraño y disolvente de los valores que se reivindican como propios, y vienen a coincidir casi siempre con elementos de menor nivel económico, como sucede habitualmente en la historia con el fenómeno llamado del «chivo expiatorio». Sin embargo, frente a lo que cabría esperar de una vivencia espontánea y natural de la propia identidad, estas reacciones defensivas muestran una necesidad imperiosa de su supuesto opositor para ser ellas mismas.

Un ejemplo de movimiento de este tipo pudo contemplarse ya en los años ochenta con **la «reacción conservadora»**, principalmente en Estados Unidos y Gran Bretaña,

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

frente a los procesos de revolución cultural de los años sesenta y setenta. Esta tendencia, que enarbolaba el Partido Conservador de los Estados Unidos, fue reforzada con la aparición de una corriente interna en su seno, el Tea Party, de la que ya se ha hablado. Más recientemente, el ascenso del candidato republicano **Donald Trump** a la presidencia de los Estados Unidos, que había recibido el respaldo de dicho sector ultraconservador del propio partido, confirma la tendencia a una reacción defensiva de una parte de la sociedad, que ve peligrar no solo su posición económica y *statu quo* como nación a resultas de la globalización, sino que también se rebela contra la relativización -y erosión consecuente- de los valores considerados propios: esto es, contra la «era del vacío» a la que antes aludíamos. Algo que se consideraría como un efecto perverso de fenómenos como la multiculturalidad o la pérdida de las formas de vida tradicionales. De ahí que se refuercen tendencias ya plenamente presentes durante décadas en la sociedad norteamericana, como el racismo, la xenofobia o las actitudes y estructuras patriarcales o abiertamente machistas. Algo que ya tendía a ir al alza especialmente con las dificultades generadas en buena parte de la población (mucha de ella blanca trabajadora) con la crisis económica de 2008, y que se traslada también a Canadá e, incluso, a países del sur del continente americano.

El crecimiento de los partidos de tendencia ultraconservadora o, incluso, fascista o filofascista, es también un hecho en Europa, asimismo, especialmente a partir de la incidencia de la crisis económica en el continente, aunque muchas de estas organizaciones presentan una mayor continuidad en el tiempo. Estos partidos, aunque a veces con diferencias notables entre sí, suelen caracterizarse por su carácter racista o xenófobo, su ultranacionalismo, sus tendencias autoritarias, su euroescepticismo, su oposición a la globalización y en ocasiones al liberalismo, en ciertos casos por su acendrado conservadurismo o tradicionalismo, y por su feroz anticomunismo. Entre estas fuerzas hay que contar, entre otros, con el Partido por la Libertad en los Países Bajos, el Partido de la Libertad en Austria o la Liga en **Italia.** Esta última llegó a formar gobierno en coalición con el Movimiento Cinco Estrellas, el más votado en las elecciones generales de 2018. Ambos se han definido como partidos "antiélites", paradójicamente, críticos con el propio sistema de partidos y (al menos parcialmente) euroescépticos.

En **Francia** hay que contar con el crecimiento considerable, en los últimos años, del Frente Nacional, hoy el segundo partido político francés en términos de respaldo electoral. En **Alemania** debe subrayarse el auge experimentado por Alternativa por Alemania. Su programa es básicamente euroescéptico, pretendiendo una salida ordenada del euro y el regreso a las monedas nacionales y el fin de los rescates a los países periféricos. Se trata, en consecuencia, de un movimiento defensivo del estatus de

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Alemania en el concierto europeo ante la alarma causada por el desvío de fondos estructurales y de rescate hacia las economías más débiles de la Unión. También un país como **Suecia** ha contemplado el ascenso del partido ultraderechista Demócratas de Suecia, que clama por la restricción en la política inmigratoria del país en un contexto de desgaste sufrido por el Estado de bienestar sueco.

Aunque existen casos similares en otros países europeos (como Ucrania), es muy reseñable el caso de **Hungría**, un país que se está viendo envuelto, tanto por el propio partido en el gobierno (Fidesz-Unión Cívica Húngara) como por el de otros movimientos, como el partido Jobbik, por una ola ultranacionalista que puede considerarse muy próxima a los planteamientos fascistas clásicos.

Puede decirse que **el auge de la extrema derecha resulta más potente en el Este de Europa (Hungría, Polonia…) que, en la Europa occidental, donde su crecimiento se encuentra, hasta el momento, contenido**. Esto puede tener relación con varios factores. Por un lado, con la dureza de las políticas que ya están aplicando la propia Unión Europea, así como los distintos gobiernos liberales y de derecha en el poder, e incluso los socialdemócratas y otros gobiernos denominados de izquierda. A este respecto, resulta significativa, por ejemplo, la actitud de la Unión Europea frente a la ola de refugiados que llega al continente. Así, **el estrepitoso fracaso del único compromiso vinculante para hacer frente a la mayor crisis de refugiados sufrida por Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial**, establecido en septiembre de 2015 para reubicar a 160.000 personas entre los países miembros, puso de manifiesto la tolerancia del gobierno de la Unión hacia los países incumplidores, entre los que se encuentran casi todos los del Este, más otros como Francia o España. Los acuerdos a los ha llegado también la Unión con países del entorno del Mediterráneo, de los cuales consta su falta de respeto por los derechos humanos, para que contengan la llegada de personas al continente europeo, revela la voluntad de las instituciones europeas de impedir, a toda costa, que el problema (creado en buena medida por sus propias políticas, junto a Estados Unidos, en Oriente Medio) suponga una mayor desestabilización política dentro de sus fronteras. No obstante, también debe decirse que, al menos durante cierto tiempo y en determinados países, como Alemania o el Reino Unidos, han existido políticas más tolerantes hacia la inmigración, ya que contribuían a retener los salarios y aumentar las cotizaciones sociales.

De esta forma, podría decirse que la propia Unión, y muchos de los gobiernos actualmente en el poder en distintos países, **recogen indirectamente planteamientos políticos propios de la extrema derecha**, con lo que contribuyen

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

a su relativo debilitamiento.-Entre estos se encontrarían el mayor control de las fronteras y la inmigración (Merkel, en Alemania, por ejemplo, ya ha endurecido su política de refugiados), el reforzamiento de la lucha antiterrorista y de control social, así como del discurso nacionalista, y el recorte de ciertas ayudas públicas y políticas sociales. No obstante, al mismo tiempo, el mantenimiento, a pesar de los recortes, de ciertos aspectos del llamado Estado del Bienestar, así como de los niveles de consumo entre ciertas clases sociales, contribuyen igualmente, por el momento, a cierta moderación política.

De todas maneras, todo ello resulta compatible con el ya comentado **desgaste de las opciones políticas tradicionales**, cada vez más desacreditadas. Este hecho favorece la aparición de nuevas fuerzas políticas de distinto signo y la consecuente fragmentación de los arcos parlamentarios en los distintos países europeos, acentuándose, de esta manera, la inestabilidad política. Como queda dicho, uno de los rasgos más sobresalientes de estas nuevas opciones políticas que están descollando en Europa es su **creciente indefinición ideológica**; en otras palabras: un pragmatismo más abierto.

Un caso destacado es el de la **victoria de Enmanuel Macron** en las elecciones presidenciales francesas de mayo de 2017 al frente de una formación nueva, *En Marche!:*

> «En un sistema que se derrumba y en el que los partidos tradicionales son barridos, el líder de En Marche! se declara sin ambages "europeísta", neoliberal y librecambista. Defiende decididamente la "uberización" de la economía y apuesta por el social-liberalismo. Su proyecto, en vías de realización, [...] responde al viejo sueño de las élites burguesas en tiempos de crisis: constituir una formación política que podríamos llamar de Gran Centro [...]. En pocas palabras, cambiarlo todo para que nada cambie. [...] la victoria de Macron [significa políticamente] una revancha de los poderosos del sistema[11]».

Es interesante, asimismo**, el caso español**. Precisamente, el estallido abierto de la crisis secesionista catalana a partir de octubre de 2017 ha puesto de manifiesto las grietas aparecidas en el gran pacto establecido con la Transición, alentadas -nuevamente- por las consecuencias económicas y sociales del crack de 2008. Así, el considerable crecimiento en los últimos años de las fuerzas políticas y sociales que apoyan el independentismo catalán ha supuesto, por reacción, un mayor escoramiento a la derecha tanto del Partido Popular (PP), como de Ciudadanos. En muchos casos, se hace evidente la asunción por parte de estos partidos de posiciones propias de la extrema derecha, ligadas a un pasado franquista que no parece superado. Asimismo, ha irrumpido en la

[11] Ramonet, I. (2017). «Francia, nueva etapa», *Le Monde Diplomatique en español*, mayo, nº 259, pp. 1-2.

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

política nacional un partido que se presenta abiertamente como de extrema derecha: Vox.

Mientras, en Cataluña, la conflictividad social y política se agudiza, e incluso parece empezar a desbordar a los propios partidos independentistas, como Junts per Catalunya o Esquerra Republicana, cuestionados en parte desde las propias filas del secesionismo por sus estrategias, incapaces de una unidad efectiva. Aunque las opciones independentistas no parecen poder alcanzar, al menos por el momento, la mayoría social suficiente como para imponerse con fuerza, ni tampoco los apoyos europeos que ansiaban, sí que se pone de relieve la relativa vejez precoz de un sistema democrático que demanda reformas desde diferentes sectores. Entre otras cosas, y como ocurre asimismo en el resto de Europa, la sustentación del sistema por grandes sectores del capital (y no solo del capital nacional) con intereses muy definidos, provoca no solo un debilitamiento de la noción de soberanía (nacional, popular…), sino un cuestionamiento de los presupuestos sobre los que se fundamenta la legalidad vigente.

Todo este fenómeno que venimos describiendo viene acompañado, como resulta evidente, por un **acusado declive de la socialdemocracia europea** y, en general, de las izquierdas. Estas vienen viéndose atrapadas entre un papel tradicional de defensa de los intereses de los trabajadores y su alianza real con importantes sectores del empresariado y las trasnacionales, que exigen políticas liberalizadoras (este alineamiento con el neoliberalismo es lo que se denominó Tercera Vía, y permitió una efímera recuperación electoral en la segunda mitad de los años 90). Resulta evidente que la crisis del modelo económico keynesiano (asociado al "Estado de Bienestar") -acaecida desde los años setenta- les ha afectado profundamente, puesto que, precisamente, la fuente principal de su legitimidad se encontraba en su defensa de que, en un contexto inequívocamente capitalista, eran posibles importantes políticas de redistribución fiscal, inversión y protección públicas y altos salarios. Estas circunstancias problemáticas han provocado en algunos casos su abandono por parte de buena parte de su electorado, especialmente en los últimos años, y el ya citado **fortalecimiento de las opciones de derecha y ultraderecha.**

Así ha ocurrido por ejemplo en **Alemania**, donde el Partido Socialdemócrata (SPD) ha sufrido un importantísimo deterioro. Contextos parecidos vienen dándose en **Gran Bretaña** (con un Partido Laborista dividido), **Francia** (donde el Partido Socialista sufrió una estrepitosa derrota en las elecciones francesas de abril-mayo de 2017, con solo un 6% de los votos, su peor resultado en sesenta años) o **España**. En esta última, el Partido Socialista, a pesar de su acceso al gobierno, no logra grandes mayorías y se ha

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

encontrado lastrado por profundas divisiones internas. Algo similar le ocurre a Podemos, cuya ambivalencia entre la izquierda y la transversalidad parece abocarle a contradicciones y fracturas permanentes. Lo mismo viene ocurriendo en **Italia**, **Austria**, **Polonia** e, incluso, los **países nórdicos**, donde los partidos socialdemócratas poseían una arraigada tradición.

Una erosión que, no obstante, como queda dicho, **afecta a todos los partidos tradicionales en general y que favorece las opciones llamadas "populistas"**. Un caso sin duda paradigmático es el de **Grecia**, donde **Syriza**, considerado en principio un partido de la «izquierda radical», que llegó a desplazar al partido socialista griego, el PASOK, y ganar dos elecciones en 2015, sorprendió por su transigencia final a las exigencias de introducción de medidas neoliberales por parte de la Troika comunitaria, incluso después de que un referendo a la población, convocado en julio de 2015 por el mismo Alexis Tsipras, expresara su rechazo a las condiciones del rescate propuesto por la Unión Europea, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo. Esto es lo que ha llevado a afirmar a algunos analistas que Syriza ha constituido, tal vez, el mejor instrumento para desactivar la importante movilización popular existente a estas medidas.

Cabe decir asimismo que la agudización de las tensiones sociales y políticas, tanto a nivel nacional como a nivel internacional, ha traído consigo un **reforzamiento de los poderes de control y represivos estatales**, que contribuyen a su vez a fomentar una mayor sensación de crisis democrática. Un hito en este sentido vino constituido por la Patriot Act del gobierno estadounidense de 2001, promulgada tras los atentados del 11 de septiembre de ese año. Esta ley ha sido criticada por organizaciones de defensa de los derechos cívicos y humanos por violar derechos constitucionales fundamentales, como la libertad de expresión. Sin embargo, el auge del terrorismo global y, asimismo, del descontento ciudadano y las protestas subsiguientes, han suscitado no solo la aparición de una legislación restrictiva de derechos en numerosos países, sino también el desarrollo de todo tipo de prácticas ilegales por parte de los gobiernos que, en algunos casos, han salido a la luz. Es el caso, por ejemplo, de los llamados «vuelos de la CIA», por los cuales el gobierno de Estados Unidos trasladaba a sospechosos de terrorismo a cárceles secretas en numerosos países, donde sufrían maltratos y torturas.[12] Muchas de estas prácticas ilegales y abusivas por parte de gobiernos de todo el mundo han sido descubiertas y filtradas por **WikiLeaks**, una organización de ciberactivistas dirigida por

[12] S.A. (14/02/2007), «Las claves de los vuelos de la CIA», *El Mundo*. Disponible en: http://www.elmundo.es/elmundo/2006/06/12/espana/1150137230.html

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Julian Assange, el cual, justamente por esta razón de haber destapado todo tipo de abusos, especialmente por parte del gobierno norteamericano en las guerras de Irak y Afganistán, se encuentra perseguido por este.

Algo parecido ha ocurrido con el caso de **Edward Snowden**, antiguo empleado de la CIA y la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos (NSA), que reveló programas de espionaje masivos a las comunicaciones y otros datos de ciudadanos y políticos en todo el mundo, incluyendo jefes de estado y de gobierno aliados, como ha sido el caso de Alemania, lo que ha traído consigo crisis diplomáticas entre Estados Unidos y otros países. Las actividades de espionaje habrían sido ejercidas principalmente por agencias de inteligencia de Estados Unidos, pero también de otros países aliados, dirigidas por la propia NSA.

© Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

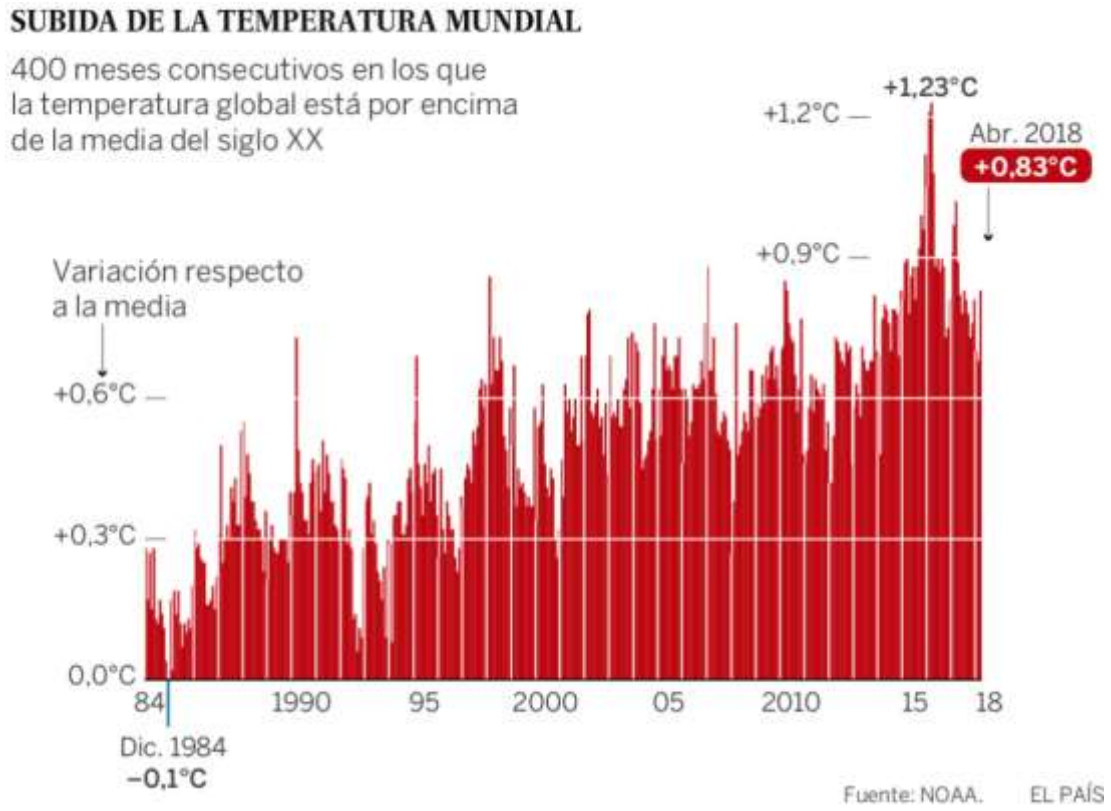
Tema 9. Un mundo en crisis global. La lucha por la tierra, los alimentos y los recursos energéticos

Nuestro planeta se encuentra inmerso en un indiscutible **proceso de cambio climático** que en muchos aspectos resulta, ya, irreversible. Este se inicia con el triunfo definitivo del capitalismo con la Revolución Industrial y viene generado principalmente por la **elevada acumulación de gases de efecto invernadero** (GDI) en la atmósfera, principalmente dióxido de carbono. Así, ha sido especialmente la ingente quema de combustibles fósiles efectuada desde entonces, y sobre todo a partir de las primeras décadas del siglo XX, con el empleo masivo del petróleo, lo que ha incrementado la capacidad de retención de los gases presentes en la atmósfera terrestre del calor solar reflejado por la superficie, con el consiguiente recalentamiento de la misma. Este efecto se ve asimismo potenciado por **actividades recientes tales como la intensificación ganadera o por la enorme desforestación** que experimenta nuestro planeta, ya que las grandes concentraciones forestales ejercen la función de sumideros de CO_2. A ello se une el deterioro de la **capa de ozono de nuestra atmósfera**, con la consiguiente penetración de los rayos ultravioletas del sol, nocivos para la vida. Desde 1979 se viene detectando un enorme agujero en dicha capa sobre la Antártida que no cesa de crecer cada año.

El calentamiento global continúa imparable. Desde 1977 se vienen superando ininterrumpidamente (con la sola excepción de un mes) la media de las temperaturas del siglo XX, habiéndose ya superado el grado de aumento en varias ocasiones. Por otra parte, la Agencia Internacional de la Energía advertía en su informe anual de 2012 «que si se quería limitar el incremento de la temperatura en menos de 2ºC se deberían dejar en el subsuelo las dos terceras partes de las reservas fósiles conocidas.» Junto a ello, deberían reducirse «las emisiones en 2050 entre el 40% y el 70% a nivel global, y a finales de siglo estar cerca del balance cero o incluso por debajo de cero, lo que significa poner en marcha estrategias de captación de carbono, en forma de sumideros de CO_2[1]». Sin embargo, todo ello parece entrar en inevitable contradicción con un sistema socioeconómico que posee en el crecimiento permanente su misma razón de ser.

[1] Fernández Durán, R.; González Reyes, L. (2014), *En la espiral de la energía*, 2, Libros en Acción, Baladre, p. 30.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)



Fuente: Salas, J. (18/05/2018), «La Tierra acumula 400 meses seguidos de temperaturas superiores a la media histórica», *El País*. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2018/05/16/ciencia/1526488984_261713.html

Parece ya vislumbrarse que la **cumbre del clima de París de 2015**, como su continuación en la de Marrakech al año siguiente, han constituido un fracaso. Así, entre otras cosas, sus acuerdos no resultaban de obligado cumplimiento para los países, los cuales, además, establecían sus propios compromisos, sin que se impusiera verdaderamente un objetivo global común. Se ponía, pues, de manifiesto el grave obstáculo que supone la división entre diferentes estados nacionales, enzarzados en una aguda competencia mutua, para establecer y cumplir objetivos comunes y vitales para toda la humanidad.

Por otro lado, aparte de que en la cumbre se renunció de hecho a la "descarbonización" de las economías, se continuó dando por válidas las prácticas de mercantilización de cuotas de emisión o contaminación, lo que permite maquillar los resultados de empresas y países a costa de otros menos contaminantes, no atacando, por tanto, las causas del fenómeno de la crisis ecológica global. En estas condiciones, el objetivo establecido de no superar un aumento de 1,5 o 2º C parece cada vez más inalcanzable, barajándose ya, de hecho, por parte de gobiernos y algunas empresas (como la multinacional Shell) y gobiernos,

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

aumentos de hasta de más de 3,5ºC, el doble de lo que el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático establece como climáticamente seguro. A ello se ha unido el abandono en 2017, por parte de Estados Unidos (el segundo país más contaminante después de China), de los mencionados acuerdos de la cumbre de París.

A nivel planetario tiene lugar otro problema de envergadura íntimamente asociado al del cambio climático: **la pérdida acelerada de biodiversidad** y la extinción masiva de especies. Aunque estos fenómenos se han producido ya anteriormente en la historia terrestre (de hecho, esta constituiría la sexta gran extinción masiva), nunca se habían desarrollado en tan corto espacio de tiempo, lo cual genera serias dudas a la hora de valorar la posible capacidad de recuperación de los ecosistemas terrestres. Según un informe de Naciones Unidas, *Perspectiva de la Biodiversidad*, 2020 sería «el plazo límite para que el deterioro de la naturaleza no llegue a un punto de *no retorno*. A partir de entonces, se considera que se producirá un deterioro profundo y drástico de los ecosistemas[2]». Una buena parte de esa pérdida de biodiversidad viene provocada por talas y/o incendios masivos, generados muchos de ellos por intereses de mercado (maderas, agroindustria, minería, construcción, turismo, etcétera).

Todo esto traza un panorama sombrío al que se añaden los efectos de la **explosión demográfica mundial**. Si actualmente la población mundial supera los 7.600 millones de habitantes, la ONU estima que podría llegarse a los 9.600 millones en 2050. Un crecimiento que viene liderado especialmente por los países subdesarrollados. A pesar de que los índices de fertilidad por mujer van en general descendiendo en la mayoría de los países, resulta patente la escasez de medidas eficaces de contención de ese crecimiento. Por otra parte, nuevamente, aunque se trata de un problema global, que afecta directamente a la sostenibilidad, el enfoque suele ser nacional. Así, en países afectados por la emigración (como el Este europeo) o el envejecimiento de la población (todo el continente), se establecen medidas de fomento de la natalidad, considerando, entre otras cosas, que una pirámide demográfica invertida (más estrecha por la base que por la cúspide) haría insostenible los sistemas públicos de pensiones. Ello se deriva, en parte, de las resistencias a obtener estos recursos del sistema general de impuestos, en lugar de, preferentemente, las cotizaciones, muy afectadas por la bajada de actividad y la precarización del empleo.

Algunos de los problemas que hoy nos vemos obligados a contemplar cada vez más de

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

frente, como el agotamiento de los principales recursos energéticos para el mantenimiento de la civilización industrial, la crisis ecológica o la explosión demográfica, fueron ya previstos hace décadas. Algunos de los pensadores más preclaros del pasado siglo los contemplaron como contradicciones, en el fondo, de raíz "espiritual". La apelación espiritual de autores como E. F. Schumacher, E. Fromm o L. Goldmann habría que entenderla, sobre todo, como superación del individualismo rampante de las sociedades capitalistas, debiendo profundizarse, según todos ellos, en nuestra sensibilidad comunitaria como la trama invisible que realmente constituye nuestro ser social.

De hecho, **los actuales parámetros de producción y consumo en los países desarrollados**, propios de las llamadas «sociedades de masas», no solo resultan insostenibles, sino que parece demostrado que **se encuentran ligados a la creación de necesidades subjetivas o artificiales**, permanentemente estimuladas por medio de la publicidad. Así, la pérdida de referentes claros en la propia existencia, el deterioro de los vínculos humanos (donde se ha introducido una competencia permanente) y de los fines comunes de carácter solidario (aun cuando se creyeran lejanos por alcanzar), pulverizados estos por la explosión de fines individuales que entran en conflicto entre sí, provocan una exteriorización excesiva, traducida en términos de insaciabilidad en muchos aspectos. De ahí la llamada del economista antes citado a recuperar la «metafísica», que pudiera entenderse como la necesidad de ir más allá de los datos positivos, esto es, de los "meros hechos", profundizando en la esfera de los valores más profundos[3].

Sin embargo, lo cierto es que **el patrón de la economía capitalista**, instaurado en Occidente aproximadamente desde finales del siglo XVIII, **es consustancial a esta dinámica de producción y consumo masivos**. Efectivamente, tal y como fue formulado por Adam Smith en dicha centuria, su motor inicial es exclusivamente el lucro individual y privado, y solo subsidiariamente (esto es, sin constituir el objetivo primario) se espera, con ello, producir prosperidad general (lo cual, por otra parte, se ha constatado ampliamente como falso). Este lucro individual, puesto que se coloca en la cúspide de las prioridades individuales y sociales, carece, en principio, de límites, pues constituye, en principio, lo que determina todo lo demás, permaneciendo, por tanto, él mismo indeterminado.

---

[2] López Colón, J.I.; García Cano, J.L., «Sexta gran extinción y pérdida de la biodiversidad», *Ecologista*, nº 83, invierno 2014/15, p. 33.
[3] Schumacher, E.F., *Lo pequeño es hermoso. Tratado de economía como si la persona importara*, Barcelona, Orbis, 1988, pp. 102-104. Un fragmento de estas páginas puede consultarse en http://aletheia-informa.blogspot.com.es/2011/12/las-preocupaciones-eticas-de-un.html

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Por otra parte, dado que el capitalismo se instaura sobre la dinámica de la competencia como pivote esencial, necesita de la innovación permanente para lograr el abaratamiento de los precios de producción (aparte de otros mecanismos, como la guerra, que se han empleado abundantemente con el mismo fin). Esto significa, pues, mayor eficiencia productiva: más productos a menor precio relativo cada uno. Pero, con ello, resulta fundamental la colocación en el mercado de tales productos, cuyo volumen es siempre creciente. Surgen, con ello, las dinámicas de «captación o conquista de mercados», que en las centurias recientes han traído consigo, a su vez, fenómenos derivados como el colonialismo, el imperialismo (con sus efectos asociados de rivalidad entre potencias) y la guerra, como fue el caso de las dos grandes conflagraciones mundiales del siglo XX. Por otra parte, cuando el nivel de mercancías en el mercado resulta inabsorbible se provocan crisis económicas de sobreproducción, siendo la última de ellas la que estalló en 2008.

De esta forma, **nos encontramos con una dinámica que pudiéramos llamar, paradójicamente, «antieconómica».** ¿Por qué? Si entendemos por economía la ciencia o los métodos que persiguen satisfacer y asegurar la satisfacción de las (verdaderas) necesidades humanas y la permanente regeneración de los ecosistemas, nos encontramos con que no es este el objetivo central (ni siquiera subsidiario) de la economía actual. El objetivo de esta última lo constituye, principalmente, la creación de capital ampliado a partir de una inversión de capital inicial menor (o reproducción ampliada del capital). Es por ello que se da la paradoja de que un bien esencial, como el pan, puede faltar, al tiempo que, de otros bienes que solo satisfacen necesidades subjetivas o de estatus (como coches de lujo o diamantes), puede existir abundancia relativa, ya que su producción depende del beneficio que produzca, no de las necesidades reales que puedan existir.

Esta dinámica de producción y consumo masivos solo ha podido sustentarse históricamente por la disponibilidad en abundancia y con relativa economía de combustibles fósiles. En primer lugar, fue el carbón, vital para el desarrollo de la máquina de vapor que sustentó la primera revolución industrial. Posteriormente le tomaría la delantera el petróleo, con una combustión más eficiente, reservas muy abundantes y fácil de transportar. Además, el desarrollo de economías altamente industrializadas ha requerido el consumo profuso de todo tipo de minerales (hierro, aluminio, cobre, zinc, níquel, estaño…), lo que ha supuesto el aumento y extensión de la actividad minera en todo el mundo. Últimamente, el despliegue de las tecnologías informáticas y electrónicas y de las energías renovables ha requerido de nuevos minerales superconductores (como el coltán, el indio o el galio), apenas explotados anteriormente,

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

cuya extracción o producción es muy difícil y costosa, requiriendo la movilización de grandes extensiones de terreno y el empleo de una sofisticada infraestructura. El desarrollo de la energía nuclear también ha exigido de la minería del uranio, asimismo escaso y poco concentrado, por lo que su extracción resulta gravosa.

Sin embargo, existen numerosos datos y estudios que apuntan a que **se está llegando al «pico de extracción» de muchos de estos recursos**, y que en lo que respecta a algunos de ellos es posible que se haya alcanzado ya. El 'pico' es el máximo posible de extracción de un recurso. A partir de ese nivel, la producción comienza a estabilizarse o declinar. Esta hipótesis cuenta con que resulta ya muy poco probable encontrar grandes yacimientos fácilmente accesibles (la mayoría de los de estas características están ya explotados), y que los restantes (conocidos y los que resulte probable conocer) se encontrarían en zonas cada vez más remotas e inaccesibles, como los fondos oceánicos de gran profundidad. Con ello, los costes de extracción resultarían cada vez más elevados.

Lo anterior está ocurriendo ya en el caso de muchos minerales. El caso del **petróleo** resulta controvertido, entre otras cosas porque la Asociación Internacional de la Energía (AIE), muchos estados y también las grandes compañías petroleras no se encuentran interesados en ofrecer datos y predicciones reales. A pesar de todo, la propia AIE, en su informe de 2018, admitía que, en condiciones de inversión estables, «de aquí a 2025 probablemente van a faltar al menos 13 millones de barriles diarios (Mb/d) de producción de petróleo para satisfacer la demanda prevista en el escenario de referencia», que calcula de unos 100 Mb/d[4]. Este previsible declive de este recurso aún esencial explica buena parte de las tensiones geopolíticas existentes, existiendo una auténtica carrera de potencias por hacerse con sus principales reductos.

Algo parecido ocurre con **el gas**, cuyas reservas se hallan, por otra parte, más localizadas en el mundo, y cuyo transporte resulta más complejo que el del petróleo, ya que solo resulta viable mediante gaseoductos que deben cubrir grandes distancias. Se calcula que el pico de extracción del gas se alcanzará hacia 2020-2030, aunque desde los años noventa se consume más gas del que se descubre. En cuanto al **uranio**, es posible que el cénit de su extracción, al menos el de mejor ley, se haya encontrado en 2015, aunque, con mayores inversiones, se podrán explotar otras minas de menor concentración. El **carbón** será, probablemente, uno de los recursos que más lentamente decaigan (se pronostica un techo máximo entre 2025-2040, probablemente más cercano a la primera fecha), si bien es

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

mucho menos eficiente y la concentración de GEI que provoca, mayor.

Los **intentos de sustituir el petróleo convencional por otros combustibles fósiles** con menos prestaciones energéticas (arenas petrolíferas, petróleos de rocas poco porosas, combustibles sintéticos derivados de la conversión de gas a líquidos y de carbón a líquidos, etc.) o por agrocarburantes, presenta importantes problemas. Algunos de ellos son su pésima TRE (tasa de retorno energética), sus requerimientos de grandes extensiones de tierra y agua (en el caso de los agrocombustibles) -que provoca la competencia con las tierras dedicadas a la alimentación humana, y problemas, entre otros, de desforestación-, o su dependencia de los recursos fósiles para su extracción y procesamiento.

En este escenario, el papel de las llamadas **energías limpias y alternativas** tampoco parece poder cubrir el que ha jugado hasta ahora el petróleo. En primer lugar, porque muchas de ellas, como la solar o la eólica, requieren de minerales cada vez más raros y con bajísimos índices de concentración, y porque se trata de instalaciones muy costosas, que tardan mucho tiempo en poder ser amortizadas, y cuya producción no resulta capaz de suplir los rendimientos que produce actualmente el petróleo. Además, las dificultades de extracción vinculadas en general con la progresiva menor concentración de los minerales sobre la corteza terrestre tras su intensiva explotación (en general poco concentrados de por sí) provocan renovadas demandas energéticas (especialmente de petróleo) en un escenario de escasez. Con ello se genera un nuevo aumento de las emisiones de CO_2 y SO_2 [dióxido de azufre] entre otros gases, una mayor demanda de uso de agua, y nuevos impactos sociales y paisajísticos.

Algo similar a lo expuesto ocurre con la **energía nuclear**. Aparte de las resistencias sociales que esta provoca, las cuales se han incrementado a raíz del desastre de Fukushima de 2011, lo cierto es que la producción de este tipo de energía posee unos costes cada vez más elevados. Por otra parte, las posibilidades de desarrollar las tecnologías de la fusión (en este caso, entre otros factores, por ser el uranio un recurso limitado) y la fisión nuclear (aún no lograda) resultan actualmente difíciles (o incluso remotas en el segundo extremo), y en todo caso, llegarían una vez que el declive del petróleo sea ya evidente.

Efectivamente, uno de los grandes problemas asociados a la sustitución de unas fuentes de energía por otras es el de la actual dependencia del petróleo de casi todas ellas para su

[4] Turiel, A. (2018). «El ocaso del petróleo: edición de 2018», *The Oil Crash*. Disponible en:

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

puesta en marcha y funcionamiento. La conversión de las mismas requeriría nuevas y costosas inversiones que ya no contarían, además, con una fuente de energía barata como ha sido hasta ahora el petróleo.

En cuanto a **la electricidad**, esta se plantea en muchos casos como un paradigma de energía limpia. No obstante, también conlleva importantes problemas, entre otras cosas porque la contaminación de las aguas y el descenso del caudal de muchos ríos ya está dificultando crecientemente la producción de energía hidroeléctrica. Por otra parte, la **construcción de presas** constituye, asimismo, un serio problema ambiental, amén de social. En lo que respecta al primero, nos encontramos con inconvenientes tales como la formación de grandes volúmenes de agua contaminada que pueden dañar de forma irreversible el medio, la pérdida y alteración de paisajes naturales por la brusca variación de los caudales naturales, la erosión y la retención de sedimentos, la pérdida de biodiversidad o la emisión de altísimos niveles de metano (un gas de efecto invernadero) por la descomposición de la vegetación que queda anegada. La inundación de amplias áreas geográficas supone también la pérdida de hábitats humanos pertenecientes a diferentes comunidades en todo el mundo. Por otra parte, **los fuertes intereses económicos asociados a la construcción y explotación de estas grandes represas han conllevado desposesión y violencia para muchas de estas comunidades**. Es lo que ha ocurrido, por citar un ejemplo, con los proyectos de construcción de estas infraestructuras en Centroamérica, donde numerosos activistas amerindios y ecologistas han sido asesinados por su labor de oposición. Así viene ocurriendo en el caso de Honduras, donde, después del golpe de Estado militar que, alentado por EEUU, derrocó al presidente Manuel Zelaya, cientos de hondureños han sido asesinados «por haberse posicionado en contra de distintos proyectos de presas hidroeléctricas, de explotación minera, forestal o agroindustrial[5]».

En definitiva, **urge considerar la viabilidad de la extensión de las llamadas energías "limpias" y "alternativas" en un contexto de mantenimiento de los niveles de consumo**. Por otro lado, parece haberse demostrado que **el aumento de los niveles de eficiencia energética de muchos bienes tampoco parece constituir una solución**, puesto que esta característica, por sí sola, dispara el consumo, y ello sin contar con los costes energéticos derivados de su puesta en marcha. Esto, además, nos hace plantearnos la cuestión del **aprovechamiento de las**

http://crashoil.blogspot.com/2018/12/el-ocaso-del-petroleo-edicion-de-2018.html

[5] Raimbeau, C. (2016). «¿Quién mató a Berta Cáceres?», *Le Monde diplomatique en español*, octubre, p. 22.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

circunstancias del cambio climático y la reducción relativa de ciertos recursos esenciales para la creación de nuevas oportunidades de negocio.

> «Ya que la crisis ambiental está produciendo escasez, una forma de rentabilizar la situación es avanzar en la privatización de lo que cada vez es menos abundante. En realidad, esto no es algo nuevo en la historia del capitalismo [...]. Actualmente se está especulando con distintos recursos naturales: tierra, en muchos casos como vehículo de inversión más que para ponerla a producir; combustibles fósiles, como el principal mercado [...]; minerales; el sol, mediante trabas en distintos lugares (España) a la autogeneración de electricidad de origen solar; agua; biodiversidad, por ejemplo, privatizando las reservas naturales o mediante el patentado de seres vivos; recursos pesqueros, bajo el eufemismo de concesiones; semillas, mediante la destrucción de los sistemas tradicionales de custodia, mejoramiento, goce, intercambio y producción; etc.[6]».

Nos encontramos, pues, en **una situación mundial en la cual la viabilidad de las economías actuales**, tal y como se encuentran actualmente configuradas, **depende de unos recursos cada vez más escasos**, a repartir además entre cada vez más población planetaria. A ello se une que, debido a los efectos del cambio climático, la disponibilidad de recursos básicos, como la **tierra fértil** o el **agua**, también se reduce. La disminución de los suelos fértiles viene provocada, entre otros factores, por el aumento de la erosión (generada, a su vez, por las desforestaciones masivas para la agricultura, las industrias madereras, las actividades mineras o las prospecciones). Asimismo, hay que contar con circunstancias como la pérdida de fertilidad de los suelos (por los efectos derivados de la explotación química o la extensión de la desertificación) y la mayor escasez de agua por la sobreexplotación de acuíferos o, nuevamente, los cambios climáticos y la contaminación.

Todo esto ha provocado que empresas y gobiernos de algunos países se hayan lanzado a una **carrera por el acaparamiento de recursos**, tanto hídricos como alimenticios o energéticos. Hay que decir que las evidencias de las limitaciones de la productividad ligada a la «revolución verde» o a la explotación de aguas subterráneas (como ha sido el caso de Arabia Saudí, que no ha podido lograr su autosuficiencia cerealera), ha conducido a la extensión del negocio llamado, en inglés, *landgrabbing*, o **acaparamiento de tierras**. De esta forma, muchos estados, como los del golfo Pérsico, pero también otros que temen por su seguridad alimentaria, como China, Japón, India, Corea del Sur y otros, se han lanzado al negocio de la compra masiva de tierras cultivables. Esto viene ocurriendo especialmente en el continente africano, pero también en Asia y en América Latina.

Se trata de un fenómeno que resulta posible, entre otros factores, por la corrupción de

[6] Fernández Durán, R.; González Reyes, L. (2014), *En la espiral de la energía...cit.*, p. 174.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

muchos gobiernos, favorables a la venta de tierras aun a costa de generar indefensión alimentaria en sus propias poblaciones y de forzar a la expulsión del pequeño campesino de sus explotaciones, que se ven sustituidas por latifundios cuyos productos se destinan a la exportación.

El **problema del agua** ha conducido al agravamiento de la situación. El abuso que se ha hecho de ella para el riego –especialmente con las nuevas exigencias de la «revolución verde» y la introducción de transgénicos-, las grandes cantidades destinadas a la industria y su contaminación, han provocado el agotamiento de recursos hídricos especialmente en el Tercer Mundo, a lo que se unen los riesgos de su privatización, que es, además, una de las vías más eficaces para la desposesión campesina. La construcción de grandes presas, como se ha comentado, es otro de los factores que está provocando grandes desplazamientos de población, que se quedan sin medios de subsistencia, y que afectan especialmente a los sectores más pobres.

Asimismo, como queda adelantado, la **extensión de las grandes explotaciones agroindustriales** está contribuyendo al desalojo de millones de campesinos y a la destrucción de las formas de producción campesinas, que son las que, según los censos de la FAO, producen hasta un 80% de los alimentos mundiales, además de ser ecológicamente sustentables. Efectivamente, la tierra se ha convertido asimismo en un recurso cada vez más escaso sobre todo desde el momento en que **está siendo acaparada por cada vez menos manos en todo el mundo**. Sin contar los desalojos campesinos forzosos, en la década anterior a 2012 habían «sido vendidas unos 203 millones de hectáreas, un tamaño cuatro veces mayor al territorio español y suficiente para cultivar alimentos para 1.000 millones de personas, precisamente el número de hambrientos que en la actualidad cobija el plantea». Más de la mitad de dichas operaciones habían sido llevadas a cabo por **inversores extranjeros en países pobres**, con graves problemas de inseguridad alimentaria, y su producción había sido destinada mayoritariamente a la exportación, fundamentalmente para la fabricación de biocombustibles[7].

Los acaparamientos de tierras, en los que «el sector financiero es un actor principal»,

[7] Rebossio, A. (05/10/2012). «La tierra del mundo, cada vez en menos manos», *El País*. Disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2012/10/05/actualidad/1349458202_501510.html

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

continúan hoy[8]. Esta situación conlleva una peligrosa tendencia: las fincas pequeñas (unas 2,2 hectáreas de promedio) son, con mucho, las más numerosas (podrían ser consideradas como tales más del 90% del total); sin embargo, la extensión de las mismas tiende a ser cada vez más reducida (de cada una de ellas y del total), de forma que la proporción de la superficie agrícola mundial ocupada por las fincas pequeñas es proporcionalmente muy inferior. De esta manera, resulta muy probable que la extensión ocupada por dicha modalidad de explotación sea incluso menor de un cuarto de la superficie agrícola mundial[9]. Naturalmente, ello conlleva el fenómeno opuesto: que las fincas grandes han ido haciéndose cada vez más grandes, expulsando a muchos pequeños y medianos campesinos de sus explotaciones.

Este fenómeno tiene como determinantes inmediatos la extensión de las ciudades -que se realiza a costa del agro-, de las infraestructuras, de las industrias extractivas o del turismo. Pero uno de los factores de mayor peso es la extensión de los ya mencionados **monocultivos industriales**, principalmente soja, palma aceitera, colza y caña de azúcar, cuya producción es mayoritariamente destinada a la consecución de materias primas industriales, y no directamente a la alimentación humana. Su producción se encuentra también en buena medida destinada a la alimentación de una cabaña ganadera cada vez mayor, producida a su vez industrialmente para satisfacer las demandas cárnicas de solo una parte de la población mundial, siendo este otro de los factores intervinientes en el incremento del efecto invernadero. Los grandes monocultivos son, además, grandes causantes de pérdida de biodiversidad (en parte por la introducción de cultivos transgénicos y por el acaparamiento de las semillas por corporaciones privadas, de las que se van viendo crecientemente privadas las comunidades campesinas). Por otro lado, su uso, a gran escala, de agroquímicos u agrotóxicos muy agresivos, como el glifosato o el paraquat, no siempre limitados ni prohibidos por la presión de multinacionales como Bayer o Monsanto, no solo resulta perjudicial para el equilibrio ecológico de las zonas afectadas, sino también para la salud humana[10]. Por el contrario, la pequeña propiedad campesina no solo sigue siendo la gran salvaguarda de la biodiversidad, sino que, además, es la productora de la mayor parte de los alimentos mundiales, siendo, paradójicamente,

[8] Grain (28/11/2016). «El acaparamiento global de tierras en el 2016: sigue creciendo y sigue siendo malo», *Grain*. Disponible en: https://www.grain.org/article/entries/5607-el-acaparamiento-global-de-tierras-en-el-2016-sigue-creciendo-y-sigue-siendo-malo

[9] Estos y otros datos que seguirán han sido extraídos de «Hambrientos de tierra: los pueblos indígenas y campesinos alimentan al mundo con menos de un cuarto de la tierra agrícola mundial», *Grain*, 10 de junio de 2014. Disponible en https://www.grain.org/es/article/entries/4956-hambrientos-de-tierra-los-pueblos-indigenas-y-campesinos-alimentan-al-mundo-con-menos-de-un-cuarto-de-la-tierra-agricola-mundial

[10]-Aubert, C. (2018), «Los fertilizantes nitrogenados, una bendición convertida en catástrofe», *Le Monde Diplomatique en español*, nº 271, diciembre, pp. 20-21.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

más productiva que la gran propiedad.

No cabe duda de que esta situación posee **raíces de carácter político**, pues son el fruto del impedimento o la frustración de diversos intentos o procesos de reforma agraria. En general, puede decirse que **han sido finalmente las oligarquías locales y nacionales, más las corporaciones extranjeras, las que han logrado imponerse en la mayor parte de los casos**. Un caso notable es el de **Paraguay**, donde después del golpe de estado parlamentario contra el presidente Lugo acaecido en 2012, «los monocultivos y los transgénicos se han apoderado de la vida política y económica del país con mayor concentración de tierras del mundo y con la tasa más alta de deforestación», a lo que se une la represión y el fuerte empobrecimiento de la población campesina[11]. En **Brasil**, la reforma agraria del gobierno del Partido de los Trabajadores resultó claramente insuficiente[12], mientras que el país continúa encabezando las estadísticas en asesinatos de campesinos, líderes sociales y ambientales. Hoy, en el mismo país, los llamados «ruralistas», grandes latifundistas, controlan palancas esenciales del poder, como ocurre también en otros países, como Argentina, aunque en general el acceso de los patronos y grandes empresarios al ejercicio directo del poder -con la salvaguarda correspondiente de sus intereses- es una tendencia en todo el mundo. Una situación de muertes y represión de campesinos que no es solo propia de Latinoamérica, sino, en general, de todo el Tercer Mundo, aunque los procesos de concentración de la propiedad de la tierra son también muy acusados en Europa Occidental y Oriental y Estados Unidos.

En general, nos encontramos, a finales ya de la segunda década del siglo XXI, **un panorama de la globalización capitalista que resulta muy poco halagüeño**. Las guerras continúan y se multiplican, así como todo tipo de fenómenos de desestabilización, y en ellas no cesan de aumentar las víctimas civiles. El número de desplazados y refugiados producto de esta proliferación de conflictos, a los que se unen los desplazados ambientales, se incrementa también continuamente, hasta alcanzar cifras inéditas (en 2018, el número de desplazados en el mundo alcanzó los 70,8 millones de personas). Al mismo tiempo, la industria del armamento, que succiona recursos multimillonarios, aumenta exponencialmente. Paralelamente, las situaciones de servidumbre y esclavitud

[11] Romero, V.; Romero, M., «La lucha por la tierra», *El Mundo*, 1 de septiembre de 2014. http://www.elmundo.es/solidaridad/2014/07/31/53d929dbca4741ac458b4584.html.
Marcos, J.; Fernández, Mª Á. «Paraguay, donde la tierra siembra desposesión y muerte», *Periodismohumano*, 8 de mayo de 2014. http://periodismohumano.com/temas-destacados/paraguay-donde-la-tierra-siembra-desposesion-y-muerte.html

[12] S.A. (5 de octubre de 2009). «Brutal concentración de la propiedad de la tierra en Brasil, los pasados 10 años», *La Jornada*, Disponible en http://www.jornada.unam.mx/2009/10/05/mundo/028n1mun

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

aumentan: sí, se calcula que aproximadamente 40,3 millones de personas en el mundo estaban sometidas a algún tipo de esclavitud moderna en 2018 (muchas de ellas niños y, sobre todo, niñas, así como mujeres), lo que incluye trabajos forzados, matrimonios forzosos o esclavitud sexual, o reclutamientos obligatorios.

El fenómeno de la globalización tampoco ha mejorado las perspectivas referidas a la marginación o la pobreza. Como queda dicho, mientras buena parte de los pueblos indígenas pierden o están en riesgo de perder sus tierras ancestrales, millones de agricultores pobres se ven obligados a desplazarse a las ciudades, donde no encuentran trabajo y pasan a engrosar los cinturones de miseria que las rodean. Las desigualdades en el mundo también se han profundizado muy considerablemente. Si a principios del siglo XIX «los niveles de renta entre los países que hoy llamamos desarrollados y de los que consideramos subdesarrollados eran prácticamente equiparables», en 1970 esa relación era de uno a siete, y en el año 2000 de más de sesenta veces[13]. En 2015, se alcanzó por primera vez el récord de que el uno por ciento de la población más rica acaparara tanto patrimonio como el resto del mundo junto, y la brecha no hace sino aumentar[14].

En cuanto al problema de la **subnutrición y el hambre**, estos vuelven a aumentar después de tímidas bajadas. Factores como el aumento de los conflictos armados (sustentados, la mayoría de las veces, por intereses externos), las derivas de desprotección social y desestructuración familiar y social en el mundo, provocadas por la incidencia de las políticas liberalizadoras-, las desiguales reglas de comercio- que favorecen a las potencias capitalistas centrales, frente a los países periféricos-, y los efectos de la degradación climática y ecológica, se encuentran en la base del problema. Naturalmente, también los ya mencionados procesos de despojo campesino, así como el hecho de que los recursos alimenticios constituyan un codiciado medio para la especulación financiera, lo que contribuye a subir artificialmente los precios. En todo caso, la cifra de hambrientos el mundo se encuentra entre los 800 y 1000 millones de personas, una cifra espeluznante si se tiene en cuenta que nos encontramos en un planeta que, supuestamente, aún podría producir alimentos para mucha más población que la actual, y donde el derroche más absoluto convive con la privación más extrema.

[13] Fontana, J. (2011). *Por el bien del imperio*, Barcelona: Pasado&Presente, pp. 970-1.
[14] S.A. (13 de octubre de 2016). «El 1% más rico tiene tanto patrimonio como todo el resto del mundo junto», *El País*. Disponible en http://economia.elpais.com/economia/2015/10/13/actualidad/1444760736_267255.html

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Se trata de unas **desigualdades inéditas en la historia humana**, y que nos enfrentan a la enorme paradoja de que el aumento exponencial de los recursos científicos, técnicos y tecnológicos, y por tanto de dominio de la naturaleza y de la capacidad de producción de bienes, no ha conllevado el logro de una mejor vida para todos (en innumerables casos, todo lo contrario), ni tampoco la liberación del ser humano del trabajo más alienante, pesado o desagradable. Se trata, pues, **de la destrucción del mito ilustrado de progreso** -que ya se había puesto de manifiesto durante las dos grandes guerras mundiales- que adoptaron tanto las sociedades capitalistas como las socialistas, y que necesita, pues, de una urgente redefinición. Pero también se ha puesto de relieve el carácter erróneo de creencias tales como la capacidad autorreguladora del mercado (una idea que procede del siglo XVIII) o la viabilidad de un mundo regido por valores preferentemente instrumentales.

 © Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)